

Biografías de Médicos

Juan Gondra Rezola

Artículos publicados en el periódico Bilbao entre los años 2000 y 2014

	Página
1. Academia de Ciencias Médicas de Bilbao	3
2. Centenario del homenaje al científico vasco José Arechavaleta	4
3. Iñaki Azkuna, el médico	5
4. Los médicos titulares de Begoña	6
5. Bengoa: el médico de Sanaré	7
6. Ángel Bidaurrezaga	8
7. José Carrasco	9
8. Jean d'Argain, un cirujano navarro en Bilbao	10
9. Los dentistas vizcaínos en la Academia	11
10. El último médico judío en Bilbao	12
11. Elecciones para nombrar un médico titular en Bilbao	13
12. La Facultad de Medicina de 1936	14
13. La Gaceta Médica del Norte	15
14. El profesor Gandarias	16
15. Ángel Garma	17
16. José María de Gorostiza y Onzoño	18
17. Médicos de Bilbao I	19
18. Jesús Llona Larrauri	20
19. Cómo se nacía en Bilbao	21
20. Médicos de Bilbao II	22
21. Los médicos del Bilbao medieval	23
22. Juan Tomás Negueruela	27
23. Los oftalmólogos municipales	28
24. Carlos Otaduy Larrea. Los inicios de la cirugía cardíaca	33
25. Pedro Bilbao Encera	34
26. La Real Academia de Medicina del País Vasco	35
27. Javier Sáenz de Buruaga	36
28. El último médico ambulante	40
29. Juan Antonio Usparitza	41
30. Antonio Villanueva I	42
31. Antonio Villanueva II	43
32. Antonio Villanueva III	44
33. Rodrigo González Pinto	45

La academia de ciencias médicas de Bilbao

Ciento diez años de nuestra historia



El Instituto Vizcaino fue la segunda sede de la Academia

Juan Gondra

EL pasado mes tuvo lugar la celebración de esta efeméride que vino a corroborar la fortaleza de una Academia de Ciencias Médicas a la que podemos considerar como la más genuina expresión del asociacionismo de los profesionales de la salud en Bilbao. Trataremos aquí de resaltar sus precedentes y sus actividades; tarea que resulta mucho más fácil gracias a la gran labor recopiladora de la historia de la Academia que ha realizado el médico bilbaíno Antonio Villanueva, quien une a su condición de galeno la de doctor en Historia y ha hecho confluir la formación adquirida en ambos doctorados para convertirse en un magnífico cronista de nuestra pequeña historia.

Precedentes

La cofradía de San Cosme y San Damián, constituida por médicos, cirujanos y boticarios, fue la primera agrupación de profesionales sanitarios con ejercicio en Bilbao de la que tenemos noticia. Los datos que poseemos sobre ella son pocos y no se refieren más que a la cuota de entrada de ocho reales que ingresaba cada nuevo cofrade y los cuatro reales que anualmente aportaba cada uno de los socios en el siglo XVIII; pobre cuota que no podía sostener ayudas económicas para viudas y huérfanos y solamente serviría para celebrar alguna modesta celebración religiosa. Por aquellos años, la cofradía del mismo nombre en el Reino de Navarra ejercía un poder muy superior: examinaba a los candidatos a ejercer la profesión y les concedía el permiso para ello, protegía a los socios necesitados o a sus familiares, e intervenía en asuntos referentes a la salud pública; en las ciudades castellanas fue menor su poder, pero en cualquier caso, superior al de la pobre cofradía bilbaína que sólo contaba en su haber con poco más que un pequeño altar en la iglesia de San Antonio Abad, del que sólo quedan las dos estatuas de los santos gemelos que todavía podemos contemplar en esa misma iglesia.

Esta Cofradía perduró hasta 1871 o 1872, fecha en que se extinguió, siendo su último mayordomo Agustín M^a Obieta, médico y alcalde de

Bilbao. Sin embargo, en el siglo XX la Cofradía volvió a aparecer, pues hasta los años sesenta, médicos y farmacéuticos celebraban la festividad de San Cosme y San Damián con una misa en la parroquia de San Antón.

Época de cambios y crecimiento

Las ciencias médicas avanzaron notablemente durante el siglo XIX, obligando a los galenos de la época a una puesta al día permanente, lo que exigía el acceso a libros y revistas científicas de otros países y un foro de discusión científica más formal que las tertulias de rebótica a la que tan aficionados eran nuestros predecesores desde antiguo; necesidades ambas que dieron lugar al nacimiento de la Academia de Ciencias Médicas y a su revista: la *Gaceta Médica del Norte*.



Agustín M^a Obieta (1814-1896)

Movidos por esta necesidad, un grupo de médicos municipales consiguieron que Isidoro León, ilustre veterinario y concejal encargado de elaborar el reglamento de la primera casa de socorro, incluyera en él la dotación de una sala para albergar reuniones científicas y una biblioteca. Iniciada la actividad de la Casa de Socorro del Ensanche el 7 de agosto de 1893, esta sala fue el punto de partida para el renacimiento del asociacionismo entre los profesionales sanitarios, pues en ella tuvieron su sede el Colegio de Farmacéuticos, el efímero Colegio Médico y la Academia de Ciencias Mé-

dicas.

El núcleo fundacional de esta última estuvo compuesto por miembros del cuerpo médico municipal, al que pertenecía su primer presidente, el doctor Carrasco, y el equipo redactor de la *Gaceta Médica*; junto a ellos se encontraban los más ilustres galenos de la Villa: Enrique de Areiz, Carmelo Gil, Filomeno Soltura, etc. El primer presidente de honor fue el mismo Agustín de Obieta que hemos citado como último mayordomo de la cofradía de San Cosme y San Damián; quien también se encargó de pronunciar el discurso inaugural en el acto de constitución de la Academia.

Primeros pasos

Durante los primeros años después de su fundación, la proyección de la Academia hacia la salud de la población de Bilbao se centró en las enfermedades infecciosas y en la higiene pública.

En efecto, durante las dos últimas décadas del siglo XIX, Bilbao había entrado de lleno en su revolución industrial y experimentó un crecimiento vertiginoso, los problemas sociales, higiénicos y sanitarios fueron adquiriendo una envergadura nunca antes conocida; las tasas de mortalidad se incrementaron hasta cifras que ahora nos parecen espeluznantes. Los higienistas de la época, ingenieros, médicos o farmacéuticos, eran conscientes de que sólo una respuesta global que afrontara los graves problemas de higiene, podría permitir acabar con aquella penosa situación.

Y la naciente Academia no pudo menos que vehicular esta preocupación, debatió acerca de las posibles medidas preventivas y trasladó sus conclusiones al Ayuntamiento para su ejecución.

Desde entonces, ha continuado prestando atención a los problemas de salud que a lo largo de los años han afectado a nuestro vecindario, sin olvidar nunca las dos motivaciones que confluieron en su creación: ser un foro de intercambios científicos y mantener una biblioteca que permita conocer los avances científicos a médicos, farmacéuticos, veterinarios y odontológicos.

La Academia y su Gaceta Médica del Norte

1894. En la reunión celebrada en la Sala de Juntas del Hospital de Achuri el 13 de septiembre de aquel año, el doctor Carmelo Gil propuso la creación de una asociación que desarrollara una función cultural y científica, además de velar por los intereses profesionales.

1895. Nace la Academia; unos días antes, el 15 de enero de 1895 lo hace la *Gaceta Médica del Norte* dirigida por los médicos municipales Valdés Larrondo, Aparicio y Quesada. Su primer presidente, Carrasco, terminó el acto fundacional con las palabras de Pasteur: "... que al hallarnos cercanos al fin, pueda cada cual estar en derecho de decirse: He hecho lo que he podido". Frase que, transcrita al latín, *Faciam ut potero*, se grabó en el escudo de la Academia.

1895-1918 Primera etapa. Aportaciones a la lucha contra la viruela, la tuberculosis, la fiebre tifoidea y la gripe. Medicina Social: colonias y comedores escolares.

1918-1936 Período de entreguerras. La Academia tiene una vida científica importante; su biblioteca cuenta con 459 volúmenes y 102 revistas en siete idiomas. Tiene 150 socios de número, figuran como Presidentes de Honor Santiago Ramón y Cajal, Jorge de Aguirrezabala, Julio de Urquía y Justo Diego de Somonte. Más tarde concedió este honor al Dr. Carrasco, su primer presidente. Aportaciones al proyecto de una Universidad Vasca y a la lucha antituberculosa. La revista cambia de nombre; ahora es la *Revista Clínica de Bilbao*.

1939-1975 Posguerra. Durante la guerra civil, la Academia interrumpe sus actividades y se suspende la publicación de su revista. Muchos académicos son movilizados, algunos fallecieron y otros se vieron abocados a la prisión o al destierro. El panorama de la medicina era desolador, se carecía de medios de diagnóstico y tratamiento y los hospitales no tenían ni siquiera una alimentación suficiente para sus enfermos.

La presidencia de Ramón Zumarraga entre 1945 y 1950 marcó un cierto renacimiento, se creó una librería que permitió a los socios adquirir libros y revistas cuando el panorama del mercado nacional editorial no era muy boyante y comprar obras extranjeras era casi imposible. La revista vuelve a publicarse en 1944 y recupera su nombre primitivo.



Santiago Ramón y Cajal, presidente de honor de la Academia

1975 hasta nuestros días

Las actividades se multiplican. Dejando a un lado las dirigidas a los propios socios, destacaremos tres de ellas más orientadas a la población:

La sección de Medicina Preventiva, creada por el Dr. Pedro Bilbao Encera, entre otras actuaciones, invitó en 1972 a León Schwarzenberg, del Instituto del Cáncer de París, Jussep Trueta, y Arcandio Sampaio Tavares, Catedrático de Patología General de la Universidad de Oporto.

Cuando hizo su aparición el grave problema de la adicción a las drogas en los años setenta, la Academia denunció esta lacra con una Mesa Redonda interdisciplinar sobre las drogadicciones y un número especial de *Gaceta Médica*.

Cuando arreciaba la polémica en torno a la central nuclear de Lemoiz, la Academia invitó al profesor Sir Edward Erich Pochin, del National Radiological Protection Board, del Reino Unido, y al profesor Henri-Paul Sonnet, Jefe del Departamento de Protección y Seguridad Nuclear de Francia quien hablaron sobre *La radiación procedente de las Centrales Nucleares y la estimación de las alteraciones biológicas y sobre Salud y Energía Nuclear*.

Juan Gondra

HACE cien años, el 27 de septiembre de 1913, viajaron a Urioste los más preclaros médicos, veterinarios y farmacéuticos bilbainos para rendir allí homenaje a uno de los más notables profesionales de la salud que Bizkaia ha visto nacer en su seno: el tercer hijo del *albeitar* Manuel de Arechabaleta, José Cosme Arechavaleta y Balparda, natural de aquel barrio de Ortuella, quien desarrolló su carrera científica muy lejos de su tierra natal, pero cuyo recuerdo no se ha borrado y ha dado lugar a nuevos actos en su memoria cuando se cumplieron cien años de su muerte, el año pasado de 2012, en el que una ofrenda floral realizada por el ayuntamiento de Ortuella y el consulado de Uruguay, conmemoraba su fallecimiento. También en su tierra de adopción se celebró un homenaje en su honor y se colocó una placa conmemorativa en el Museo y Jardín Botánico de Montevideo.

En aquel acto organizado por la Academia de Ciencias Médicas, leyeron su discurso necrológico los presidentes de los colegios de veterinarios, José de la Sota, y de farmacéuticos, Cándido de Zuazagoitia, los médicos Enrique de Areilza, Cesáreo Díaz Empanza y José Tierra, médico y diputado. Pero quizás fuera la más notable de las elegias la que leyó Jesús de Aristegui, director del Laboratorio Municipal de Bilbao, colega del fallecido y buen conocedor de su obra. Asistieron al acto numerosos médicos, veterinarios, farmacéuticos y autoridades vizcainas.

El niño en Santurtzi y Ortuella

Es muy poco lo que sabemos acerca de su infancia. Como hijo de *albeitar* es de suponer que estuviera familiarizado con la salud y la enfermedad de las bestias y con el control de la higiene de las carnes de consumo que en aquellos años comenzaban a realizar los veterinarios. Después de realizar los estudios primarios en las escuelas de Traparagan y Santurtzi, entró a trabajar como aprendiz en una farmacia de Portugalete, en la que permaneció durante tres años. En aquella época éste era el camino seguido por muchos de los farmacéuticos vizcainos para comenzar su preparación profesional, pero parece que no fue del agrado de Arechavaleta, quien con solo 17 años de edad decidió emigrar a América siguiendo lo que era una aspiración muy frecuente entre la juventud vizcaina de aquellos tiempos. Durante este período estudió por su cuenta latín y francés, idiomas que llegó a manejar con la destreza suficiente para traducir al castellano algunas obras científicas.

De haberse quedado en Portugalete quizás hubiera continuado toda su vida trabajando como mancebo de botica, tal como dijo en su discurso el Dr. Areilza, pero en la república de Uruguay encontró el más firme apoyo para desarrollar sus extraordinarias facultades, llegando a ser un científico enciclopédico con importantes aportaciones a la Salud Pública, a la Microbiología y a la botánica; pero, sobre todo, un magnífico fundador de nuevas instituciones al servicio del progreso de las ciencias.

El joven en Montevideo

Entre las figuras que en el pasado ha aportado el País Vasco a América —y a otros territorios de ultramar— abundan militares, religiosos, políticos y empresarios. Menos conocidos son, sin embargo, aquéllos que

Centenario del homenaje al científico vasco José Arechavaleta



Discurso de Cándido Zuazagoitia



Busto de Arechavaleta en el jardín botánico de Montevideo



José Arechavaleta y Balparda

El adulto farmacéutico, microbiólogo, entomólogo y botánico

En el campo de la microbiología y la salud pública, el sabio de Urioste fue el introductor del primer microscopio en Uruguay e inició con él una doble actividad como bacteriólogo y como botánico. Nombrado profesor de la Escuela de Medicina, creó en ella el Laboratorio de Bacteriología e Histología Patológica, pionero en América del Sur y que todavía perdura como Instituto de Higiene. Durante una epidemia cólera que afectaba a Montevideo, Brasil impuso la prohibición de importación de alimentos uruguayos, entre ellos el tasajo, principal exportación charrúa; Arechavaleta demostró en Brasil que el vibrion cólico era destruido por la sal del tasajo y salvó a la economía de su país al levantar Brasil su veto. Este y otros descubrimientos le valieron el título de "primer bacteriólogo de América del Sur" y el que sus conciudadanos organiza-

bases del Instituto de Higiene Experimental, organismo de alto valor científico. Fundó también una sociedad científica, "El Microscopio", para reunir a los profesionales de la bacteriología.

Arechavaleta se había iniciado en la entomología tras conocer a José Ernesto Gibert sabio francés muy versado en la flora uruguaya, quien frecuentaba la tertulia de la rebotica y le ayudó a iniciar contactos epistolares con célebres naturalistas europeos, a quienes envió muestras y descripciones de insectos y flora uruguayos. Primero se limitó a la descripción de nuevas especies y a su clasificación taxonómica, pero pronto pasó a investigar las aplicaciones prácticas de la entomología a la agricultura, sobre todo en lo que se refiere a la lucha contra las plagas. Cuando el gobierno le encomendó la dirección de su gran Museo Nacional de Historia Natural, llevó consigo la enorme colección botánica que había reunido durante sus veinte años como catedrático de Botánica Médica y contribuyó con ello a que este jardín botánico adquiriera una categoría muy superior. Formó parte de la delegación uruguaya que se desplazó a Madrid para participar en la gran Exposición Colombina del año 1892.

No hay espacio en estas breves líneas para detallar todas las actividades de este gran vizcaino, ni tampoco los numerosos honores y cargos por él recibidos; sirva, pues, lo dicho solamente como un botón de muestra de la enorme tarea realizada por uno de los últimos científicos de los siglos pasados dedicados a las ciencias naturales, de saber enciclopédico, que desaparecieron ante el empuje de la especialización y las modernas técnicas de trabajo en equipo.

se han dedicado a la ciencia. Arechavaleta viene a rellenar este hueco con sus múltiples actividades.

Comenzó su andadura como mancebo en la botica de Augusto Les Cazes, un francés emigrado por razones políticas. En aquel antiguo Montevideo, al igual que solía ocurrir en estos pagos, las reboticas eran centros de tertulia, en muchos casos con un alto nivel. Y éste parece que fue el caso del círculo al que tuvo acceso Arechavaleta, lo que le permitió escuchar a algunos de los mejores científicos de la capital de Uruguay. Completó su formación mediante el estudio y el trabajo personal, logrando el título de farmacéutico cinco años después de su arribada, en 1862, examinándose por libre. Pero no se dedicó a regentar una farmacia, sino que, imbuido

En el campo de la microbiología y la salud pública, Arechavaleta fue el introductor del primer microscopio en Uruguay

de espíritu positivista, se lanzó a la renovación de la ciencia uruguaya en múltiples aspectos que vamos a detallar sin seguir un orden cronológico. Mérito mayor el de esta dedicación si se considera que en aquellos años, tal como dijo su biógrafo y sucesor en cátedra de Historia Natural de Montevideo Matías Lóez, "el profesor Arechavaleta alcanzó los tiempos en que la oficina de farmacia ofrecía el acicate del oro al mercader menos experto".

ran una suscripción popular que reunió los fondos suficientes para regalarle la casa en que habitaba.

Creó entonces el Laboratorio Químico Municipal de Montevideo, a imagen de los que había visitado en Francia durante su primer viaje a Europa, enfocado al control de la higiene de los alimentos y las aguas, en el que pronto organizó un servicio de desinfecciones, otro de vacunación y un laboratorio de microbiología que sirvieron para sentar las

Juan Gondra

AUNQUE desde que fue nombrado Consejero de Sanidad en el año 1991, y mucho más a partir de su elección como Alcalde de Bilbao en 1999, ha sido mucho más conocido como político, Iñaki Azkuna había pasado con anterioridad más de veinte años de su vida ejerciendo como médico. Aspecto, éste, en el que vamos a adentrarnos hoy, con cierta dificultad por mi parte porque salvo un breve contacto en Procardiacos, nunca coincidimos en el mismo hospital y en el mismo tiempo.

Formación en Bilbao y París

Había estudiado en Salamanca, ciudad de la que siempre hablaba con cariño: "la mejor después de Bilbao". Su admiración por Unamuno juntaba a las dos ciudades que había compartido también don Miguel. Y este cariño fue mutuo, pues fue nombrado "socio de honor" de la ASUS (Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Salamanca) en un solemne acto presidido por el rector de la Universidad de Salamanca Daniel Hernández Ruipérez.

En el año 1970, trabajaba en la Clínica de Procardiacos, adonde acudíamos algunos médicos internos del Hospital de Basurto para aprender los rudimentos de la Cardiología. Iñaki Azkuna estaba finalizando allí su tesis doctoral y era un hombre que no pasaba desapercibido. Aunque todavía muy distante del alcalde directo y sin complejos que hemos conocido después, apuntaba ya una personalidad recia.

Completó su formación médica en París, donde, quizás por consejo de Miguel Iriarte, se especializó en las técnicas que estaban apareciendo en aquellos años para la exploración radiológica y hemodinámica del corazón; técnicas que en pocos años iban a revolucionar la Cardiología.

Fue director de Cruces, director de Osakidetza y consejero de Sanidad

A su regreso, en 1973, ingresó en el Hospital de Cruces como médico adjunto en el Servicio de Radiología del Hospital de Cruces. Eran los años convulsos del final de la dictadura y Cruces estaba dando un salto prodigioso para transformarse en un hospital moderno. Trabajó eficazmente y puso en marcha las técnicas de exploración hemodinámica y angiología aprendidas en su estancia en París. Organizó la Sección encargada de ello, de la que fue nombrado jefe.

El profesor Azkuna

Su llegada a Cruces coincidió con la creación de la Unidad Docente de Cruces en la Facultad de Medicina, de la que Azkuna fue nombrado profesor de Medicina Física y Radiología. Mantuvo su actividad docente hasta que su dedicación a cargos políticos le impidió cumplir con ellas. Sus alumnos le recuerdan como un buen profesor, sobre todo cuando explicaba su tema predilecto, donde confluían sus dos especialidades: la Cardiología y la Radiología.

Participó muy activamente en las juntas de gobierno de la Facultad y

Iñaki Azkuna, el médico



Azkuna fue director de Osakidetza y Consejero de Sanidad



Nunca perdió la relación con la Facultad de Medicina



Junto a Juan Tomás Negueruela, uno de sus amigos más queridos

Curriculum

Licenciado en Medicina y Cirugía (1966, Salamanca)
Doctorado 'cum laude' (1971, Salamanca)

'Assistant Etranger' en el Hospital Broussais, de la Universidad de París (1971-1972)

Especialista en Radiología y Cardiología.

Profesor de Medicina Física y Radiología de la UPV (desde 1973).

Médico Adjunto de Cruces desde 1973. Posteriormente, Jefe de Radiología.

En 1979, Presidente de la mesa de Hospitales del Colegio de Médicos de Bizkaia.

En 1981, director de Cruces.

En 1982, director de Hospitales del Gobierno vasco.

De 1983 a 1987, director General de Osakidetza.

De 1989 a 1991, consejero de Presidencia del Gobierno vasco.

De 1991 a 1999, consejero de Sanidad del Gobierno vasco.

director General del Servicio Vasco de Salud, la recién nacida Osakidetza, que dirigió hasta 1987.

¿Cómo era Azkuna "El Médico"?

Su especialidad era muy técnica y no exigía un contacto directo con el paciente; pero durante sus prácticas de estudiante, cuando acudía al Hospital de Basurto para realizarlas durante sus vacaciones escolares, y en sus años de formación en Procardiacos, si que tuvo contacto directo con ellos. Según refería Antonio Villanueva, quien fuera su "maestro" en Basurto y su compañero en Cruces, fue un buen médico, buen discípulo, buen compañero y buen director.

Aunque no faltarán algunos a quienes les parezca excesivamente elogiosa esta opinión, nadie puso en duda su gran capacidad de trabajo y buena práctica durante sus años de angio-cardio-radiólogo, tal como lo demuestran los numerosos artículos publicados por él en revistas científicas nacionales e internacionales, su colaboración en el *Tratado de Cardiología Pediátrica*, publicado por Salvat en 1983, y su libro *Angiografía de las cardiopatías congénitas*.

Cuando fue elegido miembro de la Real Academia de Medicina de Bilbao, en 1996, su discurso de ingreso no versó sobre su especialidad, sino sobre lo que era su centro de atención como político: "Sanidad y estado de bienestar".

No podemos terminar sin referirnos a algunos médicos con los que tuvo una especial relación, sobre todo a Juan Manuel Gandarías, que había sido catedrático de Fisiología en Salamanca y que dirigió su tesis doctoral; a Juan Tomás Negueruela, con quien compartió buenos momentos en París y con quien tuvo una continua relación hasta su fallecimiento cuando el siglo XX se acercaba a su fin; y al farmacéutico Javier Saenz de Buruga, amigo y sostén de Azkuna en el inicio de su carrera política. Su primo Juan Carlos completaba este cuarteto muy cercano a Iñaki Azkuna.

todavía puede leerse en sus actas alguna intervención suya que presagiaba su actuación posterior como político.

Azkuna el director de Cruces

Su buen quehacer en el Servicio de Radiología y su trayectoria participativa tanto en las cuestiones de gobierno interior del Hospital de Cruces como en la vida académica de la Facultad, le llevó a adquirir un renombre de hombre eficaz. Pero fue probablemente el trabajo que realizó durante dos años como presidente de la mesa de Hospitales del Colegio de Médicos de Bizkaia el que propulsó su nombramiento como director de Cruces en el año 1981.

Existía un cierto desconcierto en la sanidad pública tras la dictadura y los hospitales vizcainos no eran ajenos a ello e imperaba un cansancio que reclamaba orden y estabilidad para que Cruces completara su transformación en un hospital de primer orden, y Azkuna consiguió ambas cosas en menos de dos años.

Los resultados obtenidos en su dirección le catapultaron al puesto de director de Hospitales del Gobierno vasco y, al año siguiente, al cargo de

Los Médicos titulares de Begoña

Juan Gondra

DURANTE la mayor parte del tiempo en el que Begoña fue una anteiglesia independiente, hasta su anexión a Bilbao en el año 1925, no vio necesidad de contratar un médico asalariado para la atención a sus vecinos.

La verdad es que se trataba de un municipio cuya población no era muy importante y se encontraba, además, muy próximo a la Villa de Bilbao, cuyos médicos podían prestar servicio a los habitantes de la vecina Begoña. También el hospital bilbaíno estaba abierto a ellos, pues las especiales relaciones que tuvieron siempre Abando, Deusto y Begoña con la Villa propiciaban esta posibilidad.

No es de extrañar, pues, que la población begoñesa no considerara necesario el gasto que le hubiera supuesto la contratación de un médico. Le bastaba contar con uno o dos cirujanos romancistas (profesión similar a la de los practicantes del siglo XX) quienes garantizaban una primera asistencia eficaz y barata a las personas heridas y enfermas.

Creación de una plaza de médico

Pero esta situación iba a cambiar cuando, a mediados del siglo XIX, la población de Begoña inició un incremento importante. Bilbao también estaba creciendo, sus médicos se vieron más saturados de trabajo y su hospital tuvo algunos problemas para atender a quienes no eran vecinos de la Villa. Como, por otra parte, Begoña vio como sus ingresos económicos se incrementaban en mayor medida que la población, sus regidores se

Mediado el siglo XIX, la población de Begoña sufrió un incremento importante

plantearon la dotación de una plaza de médico que prestara asistencia gratuita a sus pobres. Pensaron, además, que esto les permitiría crear un pequeño hospital propio, atendido por este galeno, que les ahorraría el gasto ocasionado por los begoñeses pobres ingresados en el Hospital de Atxuri, cuya asistencia debían abonar a cargo del presupuesto begoñés.

Así fue como se creó una comisión que estudiara la forma de llevar a buen término esta idea y como el Ayuntamiento de Begoña aprobó sus recomendaciones a comienzos del año 1849. Una Orden del año 1846 limitaba la capacidad de los ayuntamientos para contratar médicos y les obligaba a solicitar permiso al jefe político de su provincia (antecesor del gobernador civil), lo cual obligó a iniciar el pesado trámite burocrático necesario para ello. Por fin, una vez obtenido el visto bueno de la Comisión Provincial y la autorización del Jefe Político de Vizcaya, pudo Begoña crear una plaza de médico, dotarla económicamente y publicar su oferta en el Boletín Oficial de la Provincia.



Panorámica de Bilbao desde Miribilla hacia 1874. Telesforo Errazquin



Procesión a Begoña, 1924



Hamaiketako en Begoña, 1900. Eulalia Abaitua

Primer médico titular

Ignoramos cuántos galenos se presentaron al concurso convocado y cómo se adjudicó la plaza. En cualquier caso, el primer médico titular de Begoña era natural de la propia anteiglesia, en cuya iglesia parroquial había recibido las aguas bautismales el 4 de agosto de 1826, se trataba de Domingo de Urquiola e Ybarra, Profesor en Medicina por la Universidad de Madrid, hijo de Leandro de Urquiola y Azcoaga, cirujano romancista que llevaba años ejerciendo en Begoña.

Antonio Eguiluz –con una calle en el barrio de Santutxu– fue médico titular de Begoña desde 1909 hasta su jubilación

Begoña continuó creciendo en población a pesar de las pérdidas de los barrios anexionados a Bilbao (Atxuri y Campo de Volantín fueron anexionados en el año 1870) y pronto tuvo necesidad de crear una segunda plaza de mé-

co. Los apenas mil quinientos vecinos de Begoña a comienzo del siglo XIX, pasaron a ser casi cinco mil cuando se creó la plaza de médico y más de once mil cuando tuvo lugar la anexión definitiva a Bilbao el 1 de enero de 1925. Pronto se vio obligada a crear una segunda plaza de médico e incluso a mantenerla cuando dos de sus titulares, el ya citado Urquiola y Pedro Zabala pasaron a ser médicos al servicio de Bilbao para atender a la población de los barrios anexionados.

Baile de médicos

Asistimos entonces a la llegada de varios médicos titulares que permanecen unos pocos años en Begoña y marchan a ejercer a Bilbao o a otros lugares: Cesareo Az-

carreta Uribarri, Elias Celaya Aldecoa, José María Unda, Fermín Elorriaga, Constantino Vargas, Galo Gallastegui Díaz, Manuel Mocoeroa (hijo del famoso maestro bilbaíno Tomás Mocoeroa), Mamerito Torres Ibarra, Anacleto

Gastaño, José Díaz Rabago y alguno más forman parte de este baile.

No es fácil imaginar cuáles pudieran ser las razones para que sus médicos permanecieran tan escaso tiempo en Begoña. Es probable que lo disperso del caserío les obligara a largos desplazamientos para realizar sus visitas, también que la proximidad de Bilbao y sus afamados galenos les privara de los clientes más pudientes y de los ingresos económicos que su asistencia les hubiera podido reportar. En cualquier caso, este baile iba a finalizar con la llegada de dos médicos que se radicaron en Begoña y permanecieron durante años al servicio de su población, en la que dejaron un magnífico recuerdo: Eguiluz y Guerricabeitia

Alejandro Guerricabeitia y Ugalde llevaba ya años como médico titular cuando tuvo lugar la anexión definitiva y total de Begoña a Bilbao. Continuó prestando servicio como médico del Ayuntamiento de Bilbao, atendiendo al distrito 2º de Begoña, hasta que estalló la guerra. En el año 1937, después de la toma de Bilbao por el ejército de Franco, fue destituido de su puesto y expulsado del Cuerpo Médico Municipal por causa de sus ideas políticas.

Antonio Eguiluz y Oyarzabal, era natural de Barakaldo, donde nació el 13 de junio de 1886, pero pasó su infancia y juventud en Begoña. Era hijo de Aquilino Eguiluz Torre, notario de Begoña, y de Martina Oyarzabal Gorozabal. Licenciado en Medicina por la Universidad de Zaragoza en 1908 y médico titular de Begoña desde el 31 de mayo de 1909. Cuando esta anteiglesia fue anexionada a Bilbao en 1925, continuó siendo médico de distrito para la 1ª zona de Begoña. A diferencia de Guerricabeitia, fue readmitido sin sanción en el expediente de depuración del año 1937 y continuó prestando servicio hasta su jubilación por edad. La Corporación bilbaína acordó poner su nombre a una calle; calle "Médico Antonio Eguiluz", que perpetúa en cierto modo el recuerdo de aquellos profesionales de la medicina que atendieron al vecindario begoñés en tiempos pasados.

Juan Gondra

AL finalizar el pasado siglo, un pequeño grupo de profesionales nos planteamos la pregunta siguiente: ¿cuáles fueron los médicos bilbainos más ilustres del siglo XX? Enseguida surgieron varios nombres:

Enrique de Areilza y Nicolás Achúcarro, los primeros en orden cronológico; fallecidos ambos antes de culminar su obra. El primero cuando todavía no había concluido la reforma del Hospital de Basurto y el segundo cuando apenas había iniciado una carrera profesional que prometía convertirle en el sucesor de Ramón y Cajal.

Llegaron después dos galenos que gozaron de una vida más larga, lo que les permitió completar sendas trayectorias profesionales plenas de creatividad: Julián de Ajuaguerra, pionero de la neurología y psiquiatría infantiles, que trabajó en Ginebra y en París, y Angel Garma, padre del psicoanálisis argentino.

Haciendo bueno el refrán "*Medi-kua ta abadía, zarrao ta obia*" es el quinto de este grupo quien, a mi juicio, merece ser coronado como el más ilustre bilbaino de entre los profesionales de la salud de aquel siglo: José María Bengoa Lecanda, quien nos ha abandonado hace apenas unos días, después de disfrutar durante 96 años de una vida fecunda. Quizás este juicio peque de parcial por haber trabajado este cronista en la misma rama de la Medicina que el profesor Bengoa, pero no cabe duda de que su trabajo durante años tuvo una proyección hacia el mundo muy superior a la que pudieron conseguir sus cuatro émulos.

Traeremos aquí algunos retazos de su biografía, resumida por él mismo de forma brillante en su libro *Tras la ruta del hambre*.

Infancia y juventud

Bengoa nació en el número 1 de Artekale el 20 de abril de 1913; era hijo de un tendero de las siete calles, Matias Bengoa Gandarias (Dima, 1877-Bilbao, 1948) y de Martina Lecanda Goicoechea (Arrigorriaga, 1876).

Inició sus estudios en la escuela de Música para pasar a los diez años al colegio de los Hnos. Maristas en la plaza Nueva, donde inició el bachillerato, que finalizó como alumno del nuevo Instituto de Enseñanza Media "Miguel de Unamuno", inaugurado en 1926. Durante aquellos años fue miembro de la congregación de los Kostkas, dirigida por el padre Bastera, de la cual han surgido otros varios ilustres bilbainos.

Completó los estudios de Medicina en la facultad de Valladolid, a pesar de la interrupción que le supuso una grave tuberculosis pulmonar que le mantuvo alejado de las aulas durante un año. Según él mismo decía, fue un estudiante del montón durante los primeros años, pero a raíz de su enfermedad pasó a ser uno de los alumnos más brillantes de su promoción. Fue además presidente de la Asociación de Estudiantes Vascos en aquella Universidad.

La Guerra Civil

El año 1936, nada más acabar los estudios de Medicina, se incorporó a la Sanidad Militar del Gobierno vasco, como secretario de Francisco Untzeta, su Inspector Jefe. Allí desde un pequeño despacho del Hotel Carlton, afrontó la difícil tarea de crear una organización hospitalaria capaz de satisfa-



El bilbaino José María Bengoa (1913-2010)



Bengoa utilizaba el caballo para atender a los enfermos de Sanare (Venezuela)

cer las necesidades de un ejército en combate. En pocos días procedió a elegir locales apropiados, buscar el personal sanitario necesario para su funcionamiento, y atender a su dotación de mobiliario, farmacia, quírofanos, material e instrumental.

Y en pocas semanas, entraba en servicio una red hospitalaria compuesta por hospitales de primera línea, hospitales generales (más a retaguardia), y hospitales para convalescentes. La publicación de una revista *Sanidad Militar de Euzkadi*, que recogía la composición de esta red, fue también obra de Bengoa.

El Médico de Sanare

José María Bengoa Lecanda. *In Memoriam*



Entre otros galardones, recibió el Premio Sabino Arana 2007

ra de tierra que quedaba cortada durante la estación de lluvias, dejándola aislada; pero que como contrapartida, gozaba de una rica y amable vida social. Al observar numerosos pacientes infantiles víctimas de la malnutrición, siendo imposible su traslado al hospital de Barquiseño, instaló en una tejavana anexa al consultorio médico lo que más adelante se denominaría un "Centro de recuperación nutricional".

Se trataba de suplir las carencias nutricionales de los niños enfermos utilizando alimentos producidos en el mismo Sanare, administrados por la propia madre, siguiendo las instrucciones del médico. Así consiguió resultados similares a los obtenidos en los niños que eran tratados en el hospital, pero a un coste que no llegaba a la décima parte. Además, se conseguía una educación de la madre que aprendía cómo alimentar adecuadamente, no sólo al hijo ingresado, sino a los que más adelante pudieran traer a este mundo, a sus futuros nietos y a otros familiares o amigos.

cesó su trabajo, sino que lo multiplicó, pues desarrolló distintas actividades, tanto en Venezuela, donde dirige la Fundación Cavendes, que más tarde llevaría su nombre: "Fundación Bengoa", como en otros países. Cuando tomó el poder el primer Gobierno vasco, presidido por Carlos Garaikoetxea, fue llamado para colaborar con él. Bengoa opuso sus reparos a abandonar su labor en Caracas y sólo aceptó un trabajo como asesor durante ocho meses al año que le permitiera continuar su labor en la Fundación.

Y fue a raíz de esta etapa (1980-1983), cuando su ejemplo y sus recomendaciones permitieron que los servicios médicos del Ayuntamiento de Bilbao, iniciaran una labor en el campo de la Nutrición Comunitaria, que hoy, 25 años después, continúa desarrollándose. Durante todo este tiempo, hasta hace pocos meses, Bengoa ha mantenido un contacto asiduo con esta "Unidad de Nutrición Comunitaria", interesándose por nuestras actividades y proporcionándonos atinados consejos.

A mi juicio, merece ser coronado como el más ilustre bilbaino de entre los profesionales de la salud del siglo XX

De Sanare al mundo

Tres años después de su llegada a Sanare, marchó a Caracas, donde inició una carrera en el campo de la Salud Pública y la Nutrición Comunitaria, que se desarrolló en Venezuela entre 1941 y 1955; le llevó a Ginebra al servicio de la OMS, donde ocupó distintos cargos que le obligaron a recorrer numerosos países africanos y asiáticos. Tras una etapa de dos años en Washington, trabajando para la Organización Panamericana de la Salud (1960-62), regresó a Ginebra como Jefe del Departamento de Nutrición de la OMS, puesto que desempeñó hasta su jubilación en el año 1974. A lo largo de estos años realizó una labor fructífera, sobre todo en los países del Tercer Mundo, que acababan de llegar a su independencia.

A partir de su retiro, no sólo no

La hora de los homenajes

Durante los últimos años de su vida tuvo la satisfacción de ver reconocido públicamente su trabajo y ser recompensado con numerosos homenajes: designado "Héroe de la Salud" por la Organización Panamericana de la Salud y el Gobierno de Venezuela; doctor *honoris causa* por la Universidad de Alacant, que organiza anualmente un seminario que lleva su nombre; declaración de "Vasco Universal" por la Gran Enciclopedia Vasca y "Vasco Mundial" por el diario *Deia*, premio de la Fundación Sabino Arana, premio de la SENC a su trayectoria profesional, etc. Únase a ellos este otro mucho más modesto:

Desde el respeto, la admiración y el cariño: *eskerrik asko Bengoa Jauna*.

Ángel Bidaurrazaga, médico autor de varios libros sobre Iridiología

El Iris, el espejo del cuerpo

Juan Gondra

FUE uno de los médicos más interesantes en el Bilbao del pasado siglo; sin embargo, es mal conocido entre nuestro vecindario, pues muchos de sus antiguos pacientes recuerdan más su faceta de "curandero" o el sobrenombre de "Brujo de Artxanda" por el que era conocido, que su sólida formación médica o sus interesantes publicaciones en euskera y castellano.

Trataremos aquí de dar a conocer estos aspectos, siguiendo el hilo del trabajo publicado en el año 2008, en la revista *Ekaia*, por su nieto, el doctor Anjel Bidaurrazaga, profesor de la Facultad de Medicina de la EHU-UPV.

Infancia y juventud

Nació el 1 de marzo de 1882, en el caserío Mitxelena de Erandio donde se iba a desarrollar su infancia en medio de las labores agrícolas propias de un caserío; infancia ensombrecida por el fallecimiento de su madre, cuando Ángel apenas contaba con tres años de edad. Completó sus estudios de bachiller interno en el colegio de los Jesuitas de Orduña y los de Náutica en Bilbao. Una venta de terrenos realizada por su padre permitió reunir los fondos necesarios para que marchara a cumplir su ilusión de estudiar Medicina y consiguiera graduarse como médico en la Universidad de Valladolid.

Primeras experiencias como médico

Los primeros años de su ejercicio profesional revelan un hombre inquieto: prestó servicio en las anteiglesias de Gatika y Lutxana, planeó acudir a la guerra Ruso-Japonesa y se embarcó como médico en el barco "Duen-des", en el que viajó hasta Chile



Ángel Bidaurrazaga (Bilbao, 1882-1971)



La Iridiología intenta diagnosticar mediante el examen del iris

Todavía hoy en día, la Iridiología sigue situada en un terreno dudoso entre la ciencia y el empirismo

junto a un nutrido grupo de emigrantes españoles. A su regreso, ejerció algunos años como médico en dos pueblos de la vecina Alava: Marquinez y Respaldiza. Insatisfecho quizás con el papel de médico rural, completó en Madrid su formación como especialista en Oftalmología en el Instituto Oftálmico Nacional, con el doctor Castresana, y abrió una consulta de esta especialidad en la calle Ledesma de Bilbao.

Su vocación naturista

Su interés por otras formas de entender la Medicina nació como fruto de sus experiencias profesionales durante dos epidemias. La primera, un brote de fiebre tifoidea en Respaldiza, le permitió comprobar que el único enfermo que perdió la vida fue también el único que había recibido el trata-

miento preconizado por la Ciencia Médica de aquellos años; el resto de pacientes, a los que se había visto obligado a tratar con medidas simples por la carencia de medicamentos al uso, salió adelante sin problemas. La segunda experiencia fue durante la terrible pandemia gripal del año 1918, durante la que fue llamado para acudir a Respaldiza; durante tres semanas atendió a sus habitantes enfermos y pudo comprobar de nuevo que unas sencillas medidas de higiene obtenían los mejores resultados terapéuticos. En esta ocasión no hacía sino cumplir con las recomendaciones que había efectuado la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, cosa que otros galenos bilbainos se resistían a poner en práctica.

Por este camino llegó nuestro buen galeno a descubrir los pos-

tulados de los movimientos naturistas neo-hipocráticos extendidos por Europa durante el siglo XIX, que defendían los principios clásicos de Hipócrates, el padre de la medicina, en los que se prestaba una gran atención a la alimentación y el régimen de vida.

Su encuentro con el "Diagnóstico por el iris"

Estando ya establecido en Bilbao, tuvo trato frecuente con el médico de Erandio Manuel Etxebarria, pionero de la Iridiología o "Diagnóstico por el iris", ciencia que trataba de diagnosticar las enfermedades mediante el examen del iris. Y en ella encontró Bidaurrazaga su vocación definitiva, llegando en poco tiempo a ser una figura reconocida. Junto con Etxebarria desarrolló una doble labor, utilizando sus conocimientos para la curación de sus pacientes por un lado, y divulgando sus ideas en conferencias y escritos, por otro.

En 1923 dio en el teatro Novedades de San Sebastián su primera conferencia en euskera sobre la Iridiología, acompañada de proyecciones luminosas, y publicó el

folleto *Argija Kirijotz-Alija*, que fue reproducido en el número 21 de la revista *Ekaia*, en el año 2008.

Destierro

Una inmensa mayoría de los seguidores de las escuelas neo-hipocráticas eran de ideas muy poco afines a las del bando vencedor en la Guerra Civil. Quizás por ello, si esta guerra supuso un duro golpe para la Medicina, causando un retroceso y cortando de raíz lo que prometía ser una renovación de la Sanidad, fue mucho mayor el perjuicio causado a las escuelas y revistas de Medicina Naturista, pues todas ellas desaparecieron. Incluso las pequeñas empresas farmacéuticas que atendían a sus necesidades fueron incautadas.

No se libró de esta persecución el doctor Bidaurrazaga, amenazado con siete condenas de muerte, y se vio obligado a abandonar Bilbao, con su familia. Tras llegar a París y sufrir diversas incidencias, se estableció en México, donde reanudó el ejercicio de la profesión. En 1939 publicó allí *El diagnóstico por el Iris* y en 1940 *Fundamentos científicos de la Medicina a través del Iris*; también dio una serie de conferencias en La Habana.

Regreso a Bilbao

En el año 1945, una vez enfriado el afán ajusticiador de los vencedores de la guerra, pudo regresar a su caserío de Artxanda. Allí abrió de nuevo su consulta y allí escribió sus tres últimos libros enlazando con las ideas y publicaciones naturistas de los años anteriores a 1936: *La dieta natural*, *Regeneración humana con las frutas*, *Ayunterapia* y *el matrimonio* y *No busques lo que tú tienes*.

Durante casi treinta años atendió a los numerosos pacientes que acudían a él y adquirió una fama notable. Aunque entre la población bilbaína esta fama era más de "brujo" o curandero que como médico, debemos reseñar que consiguió mantener el prestigio que tenía desde antiguo entre la clase médica de la Villa; cosa más que difícil en aquellos años para los médicos naturistas. Falleció en 1971 en el mismo caserío de Artxanda en el que había vivido tantos años. Pero su muerte no supuso la desaparición de sus ideas pues su hijo, el doctor Joseba Bidaurrazaga Larrabeiti, continuó desarrollándolas y manteniendo su consulta. Además, fueron varios los médicos formados en esta disciplina que extendieron su labor en otros ámbitos.

Hoy en día, cuando han transcurrido más de 40 años de su fallecimiento, la Iridiología sigue situada en un terreno dudoso entre la ciencia y el empirismo; pero los principios y hábitos de vida naturistas recomendados por Bidaurrazaga han señalado el mejor camino para la prevención de las enfermedades. Que estas líneas sirvan de homenaje a él y a todos los médicos que los sustentaron en tiempos tan difíciles.

José Carrasco

El último director del Hospital de Achuri y el primero de Basurto

Juan Gondra Rezola

ALLA por la década de los sesenta, cuando el que esto escribe finalizaba sus estudios de Medicina, se había producido un cierto relajamiento en las rígidas normas de asepsia que habían caracterizado a los quirófanos de la era anterior a los antibióticos. Todavía no habían comenzado a aparecer los temibles gérmenes hospitalarios que han forzado el regreso a aquellas antiguas prácticas y era frecuente observar a cirujanos que no cumplían con las prácticas que habían conseguido acabar con las temibles infecciones del postoperatorio, tan graves antes de la era de los antibióticos. (Cosa curiosa, fueron los mismos antibióticos los que empujaron hacia aquel relajamiento, al contribuir con su éxito a que se fuera perdiendo el miedo a la infección).

Por eso llamaba la atención Pascual Ipiens, profesor de Urología, que mantenía en su quirófano una asepsia exquisita, siguiendo las normas que, según decía, había aprendido durante su internado en el Hospital de Basurto de los años treinta, hospital del que hablaba con admiración al igual que otros antiguos médicos de Basurto con los que tuve oportunidad de hablar. Aunque todos ellos atribuían la buena organización de sus quirófanos a la mano rectora de don Enrique de Areilza, años después, al tener acceso a los documentos que reflejan la intervención del cirujano que fue director del hospital inmediatamente antes de que fuera nombrado Areilza, surgieron algunas dudas y, sin restar mérito a don Enrique, uno se pregunta hasta dónde llegó la influencia de Carrasco.

¿Quién era este cirujano?

José Carrasco y Pérez-Plaza había nacido en Santa Olalla (Toledo) el 3 de octubre de 1849 y realizado sus estudios en Madrid; llegó a Bilbao el año 1884, después de obtener la plaza de Médico Cirujano Mayor de la Sección de Cirugía del Hospital Civil. Con anterioridad había conseguido el premio extraordinario de licenciatura (1874) y el de doctorado, después de presentar su tesis *De la Anestesia en Cirugía* en la Facultad de Medicina de Madrid (30 de junio de 1877) e iniciado allí su actividad profesional como cirujano, obteniendo por oposición las plazas de profesor de entrada de las clínicas y profesor ayudante de clase prácticas.

Pero su carrera universitaria se quebró cuando, después de haber dirigido como interino la cátedra de Anatomía de aquella Facultad, quedó en segundo lugar en la oposición convocada para su provisión definitiva; es posible que fuera este fracaso el que le llevara a optar por la plaza que el Ayuntamiento bilbaíno sacaba a concurso con el fin de cubrir la vacante surgida en el Hospital Civil al jubilarse Juan Gil y Fresno. Allí, en el viejo caserón de Achuri, desarrolló una importante labor como cirujano, parte de la cual se puede

conocer a través de sus propias notas de quirófano, de las que reproducimos un fragmento:

"Robert M. Johmeson, de 19 años de edad, inglés y de profesión marinero, ocupó el día 14 de febrero la cama nº 7. Fuerte y robusto y lleno de vida, tres días antes y estando en alta mar, fue cogido por la rueda del timón, que le cerceó por la muñeca la mano derecha.

Ingresó con la herida infectada, el antebrazo hinchado, de color rojo azulado, con ampollas llenas de serosidad sanguinolenta y con chapas de gangrena en toda la cara anterior. El brazo hinchado también hasta el hombro, edematoso, con crepitación gaseosa que se extendía hasta la axila y parte próxima del tórax y del cuello.

El estado general era extremadamente grave. Tinte terroso de la piel; pulso pequeño, apenas perceptible y ni aún en las carótidas, y frecuente; hipotermia.

Trasladado a la sala de operaciones, hice en el antebrazo y en el brazo extensas y profundas incisiones, por las que salieron gases fétidos y serosidad sanguinolenta; lavé abundantemente con solución de sublimado al 1 por 1.000 y dispuse irrigación de cloruro de zinc al 1 por 100.

Reinstalado en su cama, se le puso una inyección intersticial de suero de Hayen en cantidad de 300 gramos, y le dispuse la poción de Jodd para tomar a cucharadas.

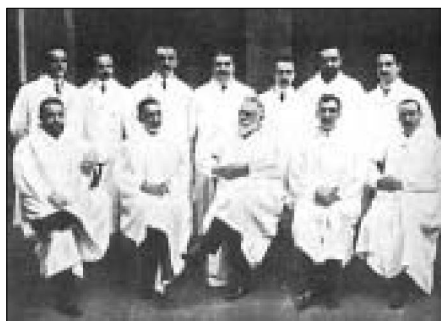
Pasó la noche muy intranquilo y con algunos vómitos, pero a la mañana siguiente era el pulso más perceptible y el termómetro marcaba 37,2.

[...]
Como era joven y robusto, se repuso rápidamente, y el día 5 de abril pidió el alta..."

En unos pocos años Carrasco se integró por completo en el mundo médico bilbaíno y demostró una inquietud científica que le llevó a participar en la creación de la



El Hospital de Basurto fue inaugurado en 1908



El doctor Carrasco es el tercero sentado

Foto cedida por J.M. Urkia

Fue el primer presidente de la Academia de Ciencias Médicas

ca y Alemania, al final del cual escribieron sendos informes que perfilaron cómo iba a ser el nuevo centro.

Con esto entramos ya en el siglo XX; y entramos mucho, porque Carrasco falleció en Bilbao a avanzada edad, el año 1942. La brillantez de su sucesor en la dirección del Hospital, Enrique de Areilza, hizo que la memoria de los bilbaínos dejase un poco de lado el papel pudo tener José Carrasco en la etapa de esplendor del Hospital de Basurto, pero no debemos de olvidar que durante los años previos a su construcción se nos manifiesta como un hombre inquieto, atento a los últimos descubrimientos de la microbiología, introductor del microscopio en la práctica clínica de Bilbao y muy interesado en todos los avances hospitalarios. Parece justo que pueda compartir con Epalza y Areilza la paternidad del nuevo hospital.

Academia de Ciencias Médicas, de la que fue su primer presidente y Presidente de Honor a partir del año 1927. Pero lo que más nos interesa de su historial es su actuación como director facultativo del Santo Hospital Civil de los Santos Juanes, puesto que desempeñó durante una etapa de cambios en los que su participación fue importante o decisiva. Nombrado director del mismo el 22 de enero de 1892, tomó posesión el 12 de febrero. En 1897, con motivo de la segregación del cuadro médico del hospital, presentó su dimisión como médico municipal y eligió incorporarse al cuadro hospitalario,

continuó como director en los años siguientes hasta el 31 de diciembre de 1917, fecha en que fue jubilado por acuerdo de la Junta de Caridad del Hospital Civil de Basurto, siendo sustituido por Enrique de Areilza.

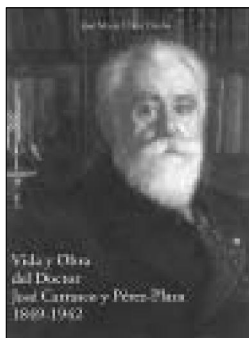
Durante la etapa en que fue director tuvieron lugar los graves problemas por la insuficiencia del Hospital de Achuri y la construcción del nuevo hospital de Basurto. Carrasco acompañado por el arquitecto Epalza, autor del proyecto del nuevo hospital, realizó un viaje de visita a los principales hospitales de Madrid, Barcelona, Francia, Bélgi-

Vida y obra del doctor José Carrasco y Pérez Plaza, 1849-1942

CON este título acaba de editar la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País la biografía de un ilustre pero poco conocido cirujano bilbaíno. Escrita por el profesor José María Urkia Etxabe, fue presentada en acto celebrado en la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao el pasado 15 de noviembre, después de un sencillo homenaje celebrado en el Hospital de Basurto.

El profesor Urkia, autor de notables obras acerca de la Historia de la Medicina en el País Vasco y, sobre todo, en Gipuzkoa, sus hospitales, balnearios y médicos, ha venido a presentarnos no sólo la historia personal del primer director del Hospital de Basurto, sino que a través de ella nos permite contemplar un cuadro de la vida en aquel Bilbao del 1900; Bilbao que reaccionaba con vigor para superar una situación higiénica lamentable y unas cifras alarmantes de enfermedad y muerte.

La trayectoria profesional del doctor Carrasco, tanto al frente del viejo hospital de



los Santos Juanes, cuyos defectos y carencias denunció desde que fue nombrado director del mismo, como en la elaboración del proyecto y la puesta en marcha del de

Basurto, así como en algunas intervenciones en el terreno de la Salud Pública y su destacado papel como motor del asociacionismo médico en Bilbao, confluyen en esta obra con los aspectos más personales de su vida familiar y forman un conjunto que se lee con gusto y con facilidad, rebasando su interés el campo de la Medicina pues será de utilidad a cualquier persona interesada en conocer la problemática de aquel Bilbao en plena revolución industrial.

Merecen una mención especial las fotografías, alguna de las cuales aparecen en esta página, los dos prólogos, escrito uno por el médico bilbaíno Antonio Villanueva Edo y el otro por el doctor Martínez Peñuela, hijo de Carrasco, hombre entrañable para quienes le conocimos en el Hospital de Pamplona. También los apéndices, donde además de algunas opiniones de Carrasco tenemos la oportunidad de leer sus notas clínicas a las que nombró "Galería de bocetos clínicos", reflejo de la cirugía de comienzos del siglo pasado.

Un cirujano navarro en Bilbao

Juan Gondra Rezola

LA Cirugía, que durante siglos había sido en la Europa medieval y moderna una especie de pariente pobre de la Medicina, consiguió un ascenso en la escala social que tuvo su inicio en Francia a partir del siglo XVII, llegando a alcanzar durante el siglo XVIII un prestigioso lugar entre las artes médicas. En España tuvo una gran relevancia el hecho de que en el año 1713 fuera llamado a Madrid el cirujano francés Clement para asistir al parto de la Reina Luisa Gabriela de Saboya, esposa de Felipe V.

Tal vez fuera por ello por lo que la Corporación bilbaína tomó en el año 1730 una decisión que en principio podía parecer un tanto sorprendente: habiendo fallecido uno de los cuatro médicos asalariados por la Villa y considerando que los tres restantes, jóvenes y sanos, eran capaces de atender las necesidades del vecindario, decidió contratar un "cirujano latino y comachón" cuya pericia sirviera no sólo para la asistencia a los partos complicados y para la práctica de "operaciones mayores y menores", sino como medio de enseñanza para la juventud de la Villa deseosa de instruirse en esa profesión.

Bilbao busca un cirujano latino

Una vez aprobada la idea de contratar un cirujano, la Corporación acometió la difícil tarea de buscar un profesional acreditado y de conseguir la dotación económica suficiente para lograr que se instalara en Bilbao. Para ello, no vaciló en doblar el salario que tenían asignados los médicos, trescientos ducados al año, y ofertar al futuro cirujano la nada despreciable cantidad de seiscientos ducados anuales (unos seis mil seiscientos reales de vellón).

Y hubo de acudir hasta la corte francesa para encontrarlo, teniendo de esta forma un puente por el que los avances logrados en materia de cirugía en la nación vecina pudieran incorporarse al acervo terapéutico de la comunidad bilbaína.

Jean Dargain

Resultó escogido un médico natural de la sexta merindad del Reino de Navarra, Jean Dargain hijo de Pierre Dargain y Graciana de Haran y Luengain, nacido el 30 de marzo de 1698 en la "Ancienne maison Elicabelar", en el lugar de Ahierre (Ahyerre, o Ahierra) en la alcaldía de Harberone del obispado de Bayona. Localidad natal también de sus abuelos y donde residía su hermano Arnaud Pierre Dargain, médico como él.

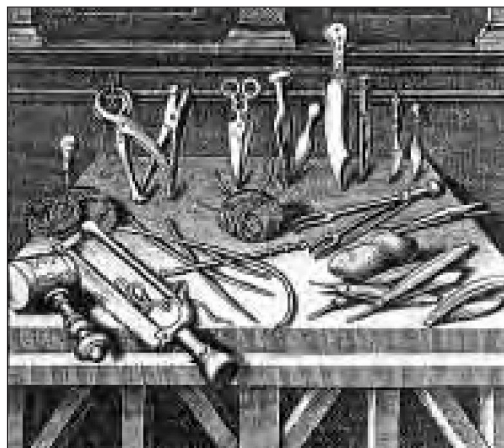
No sabemos dónde realizó sus estudios de Medicina; pero sí podemos apuntar que no figura entre los escolares vascofranceses en París durante los siglos XVII y XVIII; aunque en ella aparece un Jacobo de Haran, cirujano destacado por su pericia al utilizar el litotomo (instrumento para romper los cálculos de las vías urinarias),

que bien pudiera ser familiar directo de la madre de Dargain y tener alguna relación con su vocación quirúrgica. Una información recibida de Xipri Arbelbide, párroco de Ahierre, orienta a pensar que pudo realizar algunos estudios en Madrid, cosa no tan extraña si tenemos en cuenta que su familia tenía una fuerte vinculación con los reinos peninsulares de Navarra y de Aragón: sus tíos abuelos habían realizado sus estudios de Derecho en el colegio de San Juan de Zaragoza, utilizando el privilegio de la familia Coubino; familia que por su parentesco con uno de los fundadores del citado colegio, Juan de Huarte, gozaba del derecho de enviar allí a



Vista del caserío donde nació Jean Dargain. Foto Juan Gondra

Este médico natural de la sexta merindad del Reino de Navarra, completó 43 años de trabajo como cirujano de la Villa



Instrumental de un cirujano francés del siglo XVII

sus hijos. (Tal vez este pariente fuera el afamado médico navarro Huarte de San Juan, autor del "Examen de Ingenios").

43 años de servicio

Y no debió de ser tan mala la elección, porque después de un

contrato por cinco años vinieron otros más, hasta que, ya viejo y enfermo, asumió en 1769 un último contrato por tres años, completando al final 43 años de trabajo ininterrumpido como Cirujano de la Villa y Cirujano Mayor del Hospital de los Santos Juanes.



Intervención quirúrgica en el siglo XVI

Podemos suponer que por sus manos pasarían generaciones de bilbaínos recién nacidos y que atendería a cientos de brazos y piernas fracturadas; que prestaría asistencia a ahogados, accidentados y heridos; que toda una generación de jóvenes médicos y cirujanos aprendería a su lado las técnicas que habían llevado a la cirugía a tan alta estima.

Contrajo matrimonio con una compatriota, María Margarita Loyol, quien trajo a este mundo, que sepamos, a un hijo, Juan Carlos Dargain, quien abandonó Bilbao para emigrar a América, al servicio de la Compañía de La Habana.

El anciano desamparado

En el año 1773, nuestro cirujano

se dirige al Ayuntamiento en tono lastimero en demanda de una ayuda económica que le permita atender a su sustento:

Digo que después de haber tenido el honor de servir durante cuarenta y tres años con toda la aplicación que me ha sido posible... mi avanzada edad y ajes me han constituido en la imposibilidad de continuar como deseaba en tan honroso servicio... mi edad tan decrepita tan maltratada de ajes y sin bienes ni fondos en que afianzar mi alimento.

La Corporación duda; de un lado el agradecimiento a una labor por espacio de tiempo tan dilatado, por otro, el temor a crear un precedente oneroso para las arcas públicas; por fin decide buscar una opinión más autorizada y eleva consulta a... ¡dos teólogos! un franciscano que informará favorablemente y un dominico que lo hará en sentido contrario.

El recuerdo y el olvido

Con el paso de los años se fue perdiendo el recuerdo de Dargain; pero la pronta llegada de otro colega nacido también en la sexta merindad del viejo reino de Navarra, Arnaldo Dabadie, médico y cirujano de Saint Jean Pied de Port, contribuirá a dejar durante años en la memoria de la Villa la excelencia de los cirujanos "vasco-franceses".

Memoria reforzada por la fama de hechos similares en Gi-puzkoa, Vitoria y Pamplona, donde ejercieron por aquellas fechas varios cirujanos franceses que alcanzaron justa fama.

Extracto de la Escritura de obligaciones de Jean Dargain, 1769

1. Duración del contrato por tres años.
2. Deberá asistir gratuitamente a los pobres del hospital y de la cárcel, en las mismas condiciones que los médicos.
3. Deberá asistir a los vecinos de la Villa en las operaciones mayores y menores. Podrá cobrar hasta dos reales de vellón por visita a los que no sean pobres (a estos últimos de balde).
4. Sueldo de 800 ducados anuales a pagar cada cuatri-

5. Deberá residir en la Villa y en lugar céntrico.
6. Deber de mantener a su costa un practicante hábil y examinado que, en su presencia y bajo su dirección, realice las operaciones que por sí no pueda efectuar.
7. Tendrá la facultad de ajustar las tarifas con los forasteros libremente.
8. Deber de asistir personalmente a los partos de las vecinas, a cualquier hora.

9. Obligaciones de enseñanza: *Todas las ocasiones en que se ofreciesen anatomías las ha de hacer él, permitiendo que acudan los cirujanos de esta Villa que quieran concurrir y lo mismo a cualquier otra operación, para que la juventud de la Villa aspirante a esta profesión se baya instruyendo.*
10. No se le puede obligar a que acuda a consulta de sugeridos (cirujanos) no examinados y aprobados por el Real Protocolo.

Participación de la Odontología en la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao

Los dentistas vizcainos en la Academia

Salvador Landa Llona (*)

LA Academia de Ciencias Médicas de Bilbao fue fundada en 1895, el mismo año que fundara Sabino Arana el PNV, Unamuno publicara *Paz en la guerra* y Freud *Estudios sobre la histeria*. En Francia se funda la CGT (Confederación General de Trabajadores), organización que con el tiempo se convertirá en la organización sindical más fuerte de Europa y fallece Pasteur.

Como programa de su actuación, la Academia se propuso en su ideario de intenciones: "*Hacer ciencia humanitaria, la sola y verdadera ciencia, y ser eco de los intereses morales y materiales de la clase médica a la que se dedica*".

Este mismo 1895, el 15 de enero, publicó el primer número de la *Gaceta Médica del Norte*, revista quincenal de Medicina, Cirugía y Farmacia, "dedicada a la defensa de los intereses profesionales", según rezaba su primera página. Su artículo inaugural llevó la firma de Agustín M^o de Obieta y se titulaba *Un caso de epilepsia de origen sífilítico*.

En los número dieciséis y diecisiete, Juan Otaola, dentista bilbaíno de gran prestigio, local, nacional e internacional, publicó las dos partes de su trabajo *Sobre el valor del agua fría en la higiene de la boca*. Cinco años después, en 1900, Otaola fue nombrado miembro de la Academia y desde entonces trabajó incansablemente en las sesiones científicas que la Academia preparaba.

Por esas fechas se recibe en la biblioteca de la institución la primera revista con contenido odontológico: *El eco de las matronas, dentistas, callistas y practicantes en cirugía*. Se trataba de una revista profesional -primera y única en España- cuya sede se encontraba en Barcelona.

En 1902, de nuevo Otaola, pronuncia dos conferencias tan disparas como fueron *La boca y los labios. Sus afecciones ulcerosas y Una estiorraña por el método de Brophy*. Este mismo año solicita de la Academia un local para que pueda reunirse la llamada Sociedad Odontológica de Vizcaya, sociedad que vería su fundación oficial el año 1903. La Academia les cede sus locales, siempre que: "Paguén los gastos generales y sus sesiones se celebren cuando no lo haga la Academia".

Dos años más tarde, la Sociedad Odontológica de Vizcaya, programó una conferencia que pronunció Florestán Aguilar, máximo exponente de la Odontología en España, bajo el título *La enseñanza de la Odontología en Estados Unidos*. Entre otras consideraciones, Aguilar, decía que allí se trabajaba más y había menos vacaciones. Podemos leer en la *Gaceta Médica del Norte* que a la conferencia asistieron: Otaola, Blasco, Laburu, Larrazabal, Edwards, Gorostiaga, García Oronoz, Niño, Ariño, García Orive, Lilliot, Arregui y Palacios, prácticamente la totalidad de los dentistas de aquellos años.

Juan Otaola en la "Gaceta Médica del Norte"

A lo largo de 1905, Don Juan,



Juan de Otaola fue nombrado miembro de la Academia en 1900



publicó en la revista varios trabajos: en marzo fueron *La higiene bucal del niño en la escuela y en la familia* y *El arte dental en el Japón*; en abril, *Sobre la oportunidad de extracción de los dientes en caso de flemón* y *La lucha contra la caries dental en las escuelas y en los cuarteles*; y, en julio, ve la luz *Higiene dental pública*. En último este trabajo el autor reflexiona y dice que es mejor, "lavarse los dientes y la boca, que la cara". Decía el autor: "*El que no se lava la boca más que por la mañana se parece aquel que cierra la puerta del establo cuando la cabra ha salido. No abusar de dulces y alimentación demasiado blanda. El mejor medio natural para proteger los dientes es masticar pan negro con corteza dura*".

En 1906 publicó en febrero *Cuidar mucho los dientes* en el que afirmaba que "cuidando los dientes se ahorra, dinero, dolores y tiempo". Un consejo en plena vigencia.

El segundo artículo que Otaola publicó ese año fue *Algo sobre el mal olor del aliento*. "Un proceso desagradable y hay que buscarle la causa. En general por: descomposición de partículas alimentarias que se estacionan en la cavi-

men parte de las Juntas de Sanidad al lado de médicos, farmacéuticos, veterinarios, ingenieros, arquitectos y directores de fábricas".

1908, un año clave

En una sesión celebrada en la Academia en el mes de mayo de 1908 con asistencia de Entrecanales, Carrasco, Gil, Gorroño, Unibaso y Saralegui, entre otros, Otaola pronunció la conferencia *Utilidad e importancia higiénica de las colonias escolares*. En ella, hace una serie de consideraciones de cómo deben ser las colonias; quiénes no deben ir, incluyendo en este grupo a los tuberculosos, cardíacos, portadores de parásitos en piel y cuero cabelludo, etcétera.

1908 es un año clave en las relaciones de la Odontología y del propio Juan de Otaola con la Academia. En la sesión extraordinaria del 6 de noviembre se procedió a la elección de la mitad de la Junta de la Academia, para el bienio 1908-1909. La elección recayó en los siguientes: Adrián Unibaso, presidente; Juan de Otaola, vicepresidente; Carmelo Gil Ibarguenoi, secretario; y, como vocales, Ángel Lopez y Pérez, Alfredo Delgado y Félix Landín.

Carrasco tomó la palabra y expuso la idea de que no le parecía correcto que Otaola ocupara la Vicepresidencia Primera, ya que al fallar el Presidente, el mencionado, debería ocupar su cargo, y dado que era dentista, no le parecía adecuado que esto ocurriera. Pidió, por tanto, a la Academia que viera la forma de solucionar lo que él consideraba "un verdadero conflicto". Vamos, que no le hacía ninguna gracia esta situación. ¡Un dentista posible Presidente de la Academia de las Ciencias Médicas! ¡Hasta aquí podíamos llegar!

A propuesta de Unibaso, recién nombrado Presidente, se acordó que no había lugar a deliberar,

comunicación explicaba la utilización de una prótesis diseñada por el Dr. Disbury, para corregir la manía de algunos niños, y no tan niños, de comerse las uñas.

En febrero de 1910, dio una charla sobre *La anestesia raquídiana general*. En esta comunicación se refiere Otaola a los trabajos de Jonnesco en la Universidad de Bucarest sobre la ventaja de este tipo de anestesia en Odontología.

Por aquellos años la Academia venía convocando anualmente unos galardones que se denominaban Premios Camiruaga, en honor a un antiguo vicepresidente. En 1915, el tema sobre el que debían versar los trabajos fue: *Papel que representa en la vigorización física e intelectual de los niños la higiene bucal*. Indudablemente la mano de Otaola se puede apreciar perfectamente.

Al premio podían concurrir médicos, farmacéuticos, veterinarios y profesores dentistas. Estaba dotado con 250 pesetas y el título de académico corresponsal.

Otras participaciones

En el año 1935, con motivo de la fiesta patronal de Santa Apolonia, los dentistas vizcainos realizaron una excursión a Bermeo y Gernika, donde comieron en la Taberna Vasca. Posteriormente, regresaron a Bilbao con destino a la Academia de Ciencias Médicas, donde los profesores Mayor y Landete, catedráticos de la Facultad de Odontología de la Complutense disertaron sobre el tema *Estudio clínico de los tumores dentarios*. Para finalizar la fiesta lúdico-científica y gastronómica se trasladaron a cenar por supuesto, al bilbaíno Chaoli de Zollo. Era Presidente del Colegio Ángel Ibarreche.

Señalar, por último, que el año 1975, Juan Aróstegui Barbier, ex Presidente del Colegio de Dentistas, fue nombrado Académico de Honor de la Academia. Ese mismo año pronunció una conferencia sobre un tema muy unido a su gran afición, la pintura *Académicos pintores de Vizcaya*.

A lo largo de los años por la Vicepresidencia Odontológica han pasado -además de Otaola-: Artaza, Cirarda, Silva, Martínez Irigoien, Allende, Unzurrunzaga, Infante, Mendizábal, Landa, Santamaría, Simón, Urizar, Aguirre, Zamacona y Aguirrezabal, Vicepresidente en la actualidad. Seguro que alguno se me olvida en esta relación. Ruego me disculpe.

Seguir desgranando la participación de los dentistas en el quehacer científico de la Academia, hasta hoy, no es motivo de este trabajo. Sería además interminable. Los más curiosos lo pueden consultar en las actas de la Academia en la biblioteca de la misma.

Lo que hemos querido aquí es dejar constancia escrita de la integración y participación de los dentistas vizcainos en las labores científicas de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, desde su fundación hasta nuestros días.

* Presidente del Colegio de Dentistas de Bizkaia

Hemos querido señalar la integración y participación de los dentistas vizcainos en las labores científicas de la Academia

dad bucal. Cuando esto no se elimina por la limpieza, hay que pensar en procesos gástricos, ulceraciones, cáncer, bronquitis fétida, tuberculosis, etc". Y en diciembre apareció *Cuadro vulgarizador de la higiene de la boca*.

En 1907 publicó *Una de las manifestaciones de la neurastenia en la boca, Manifestaciones orales de la gripe, Tratamiento de los accidentes de erupción por el nitrato de plata e Inspección y tratamiento bucal de los niños en las escuelas públicas*. En este último trabajo llega a una serie de conclusiones de entre las que entresacamos las siguientes:

La "creación de un servicio gratuito y la realización de las inspecciones dentales una vez al año; dar posibilidad a los padres para la elección de dentista; la creación de una clínica odontológica en el Hospital y en los Cuartos de Socorro; y que los dentistas for-

manteniéndose el resultado de la votación.

Sin embargo, en la sesión del día 13 de noviembre de ese mismo año, se aprobó la dimisión presentada por Juan de Otaola "por motivos de salud". Su salud era excelente, pero él era un señor y no quería provocar fricciones dentro del seno académico.

Es de justicia señalar que Carrasco el año 1916 -año en el que se celebró el Congreso Nacional de Odontología en Bilbao- prestó, como director del Hospital de Bar-surto, una total colaboración con los dentistas bilbaínos, cediendo salas y quirófanos del centro hospitalario para la celebración de las reuniones y trabajos científicos.

A pesar del disgusto, Otaola, no dejó de colaborar con la Academia. En la sesión del 15 de enero de 1909, presentó el tema, *Un caso de onicofagia tratado por un aparato de prótesis dental*. En la

El último médico judío en Bilbao

Juan Gondra Rezola

DURANTE los siglos XV y XVI fueron varios los médicos que ejercieron en Bilbao cuyo nombre sugiere un origen judío y, según parece, lo hicieron sin sufrir ninguna traba por parte del vecindario ni de la temida Inquisición; sin embargo, el que probablemente fuera el último de ellos, sí se vio obligado a defender sus intereses ante los tribunales de justicia, no por cuestiones de religión, sino por causa de ce- los profesionales.

Antecedentes

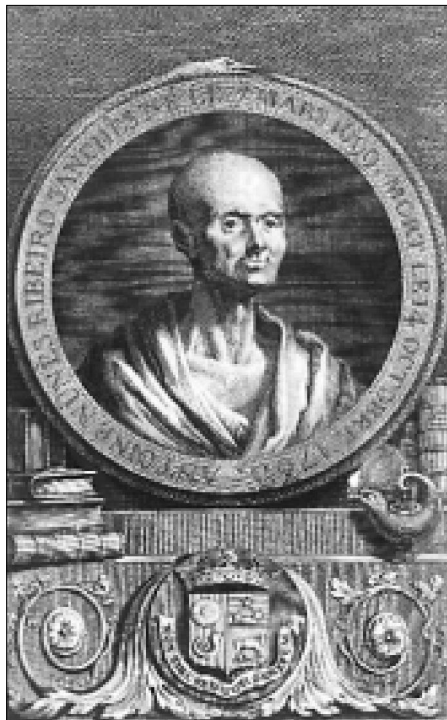
De entre los 35 médicos o cirujanos que ejercieron en Bilbao durante los dos primeros siglos tras su fundación y cuyo nombre conocemos, 10 llevaban nombres que hacen suponer un origen judío, cosa que no es de extrañar pues según el Fuero, Bizkaia tenía por uso y costumbre que no pudieran avecindarse moros o judíos, salvo de pasada o Físicos o Médicos a voluntad e consentimiento de los pueblos.

Este fenómeno era habitual en ciudades castellanas y en la vecina Vitoria, que firmó en 1428 un contrato con el cirujano judío David. En Bilbao, aunque no encontramos ninguno que aparezca como judío, parece evidente este origen en muchos de sus médicos y cirujanos, en especial en aquellos que aparecen con la sola mención del nombre, sin apellido, los maese Juan, Antonio, etc., o los que llevan como apellido el nombre de una ciudad como Córdoba o Cartagena. Hay que tener en cuenta que las autoridades municipales trataban en aquellos años de ocultar en lo posible el origen judeoconverso de sus vecinos y eludían hacer constar datos que lo revelaran.

Los médicos de Bilbao en el año 1620

El ejercicio de la medicina en Bilbao a comienzos del siglo XVII estaba regulado por la Ordenanza del año 1515, que obligaba a los médicos con ejercicio en ella, pero no establecía ninguna retribución para ellos; tampoco decía nada acerca del número de médicos que debían o podían ejercer en la Villa. La municipalidad sólo intervenía en asuntos sanitarios cuando se acercaban tiempos de epidemia; momentos en los que trataba de asegurar la presencia de médicos y cirujanos en número suficiente para garantizar una asistencia adecuada a las necesidades del vecindario. Para ello solían establecer contratos temporales señalando un salario a cambio del cual los galenos se comprometían a permanecer al servicio de la población bilbaína durante el tiempo que durase la alarma de epidemia.

Pero fuera de aquellos tiempos de excepción, los médicos y cirujanos que ejercían en Bilbao no percibían ningún estipendio de las arcas municipales a cambio de sus obligaciones de aten-



Antonio Ribeiro Sánchez (1699-1783)

der gratuitamente a los pobres y a los asilados en los hospitales o encerrados en la cárcel. Su única fuente de ingresos se encontraba en el ejercicio libre de su profesión, cuyas tarifas estaban reguladas por la citada ordenanza.

A pesar de esta falta de regulación parece ser que durante muchos años no hubo ningún problema con el número de médicos, ni por carencia ni por exceso.

El pleito

En el año 1622 eran tres los médicos que ejercían en Bilbao: Juan Ochoa de Dudagoitia, Martín de Anitua, vizcainos ambos y un portugués, el licenciado Martín Rivero, que llevaba ya doce años ejerciendo su profesión en la Villa. Pa-

Según el Fuero, Bizkaia tenía por uso y costumbre que no pudieran avecindarse moros o judíos

der se les exigiera "limpieza de sangre". Alegaba también la falta de capacidad jurídica de los denunciados para alegar que se cumpliera el fuero.

que se les exigiera "limpieza de sangre". Alegaba también la falta de capacidad jurídica de los denunciados para alegar que se cumpliera el fuero.

Sentencia del Corregidor

Oidas ambas partes, Juan González de Salazar, Corregidor del Señorío, pidió información al Ayuntamiento bilbaíno acerca del médico luso y no pudo recibir mejores informes, tanto acerca de su



Isabel 'La Católica', reina que expulsó a los judíos de Castilla

dor diciendo que su colega debía de ser expulsado de Bilbao porque era extranjero y no había probado su hidalguía, cosa que exigía el fuero vizcaíno. Contestó Rivero diciendo que efectivamente era nacido en Portugal y llevaba más de doce años viviendo en Bilbao, pero que no pretendía avecindarse, sino solamente ejercer la medicina; que muchos otros extranjeros como él, residían en la Villa dedicados al comercio y la navegación sin ser molestados y sin

pericia profesional, aspecto éste en el que quedaban peor parados sus competidores, como en su calidad como persona de bien. A la vista de todo esto falló que no se debía aceptar la demanda de Dudagoitia y Anitua, dando por válido el razonamiento de que la exigencia del fuero se refería sólo a quienes quisieran avecindarse en Bizkaia y no a quienes como Rivero, no pretendía gozar los derechos y deberes que otorgaba esta condición de "vecino", sino sólo ejercer su profesión al servicio de los vizcainos.

Esta sentencia no fue del gusto de los demandantes, quienes recurrieron al tribunal de apelación de Valladolid, instancia superior para Bizkaia, repitiendo los mismos argumentos, pero de forma infructuosa, pues el juez competente confirmó la sentencia del Corregidor y desestimó la demanda de extrañamiento.

Regreso a Bilbao

Pero no fue tan sencilla la vuelta de Martín Rivero, quien se había desplazado a Valladolid con motivo de la apelación presentada por sus colegas, porque algunos regidores comenzaron a poner trabas a su regreso y se vio obligado a volver a Valladolid y solicitar que se le dieran cartas ejecutorias de la sentencia para evitar ser molestado.

Ignoramos qué fue de Anitua y cómo finalizó sus días Rivero. El tercero de los médicos, Ochoa de Dudagoitia, siguió ejerciendo en Bilbao y fue uno de los primeros médicos contratados por la Villa de forma estable, pues en el año 1643, firmó un contrato con un salario anual de 150 ducados; contrato que no completó, pues obtuvo la plaza de médico de su Durango natal y pidió su rescisión.

Y eso es lo que sabemos acerca de este Rivero, al que hemos calificado como el último médico judío porque, aunque no conste expresamente que esa fuera su condición, a lo largo de todo el proceso flota como algo que los acusadores sugieren y que la defensa elude mencionar.

Antonio Ribeiro, un gran médico judeo-portugués

ANTONIO Ribeiro Sánchez, nacido en Portugal el 7 de marzo de 1699 y fallecido en París en 1783, realizó los estudios de medicina en Salamanca y después de un corto periodo de ejercicio en su país natal, hubo de exilarse por miedo a la Inquisición y nunca regresó a tierras lusas. Después de pasar por Italia, Inglaterra y Francia, realizó estudios en la entonces pujante Universidad de Leyden (Holanda), donde tuvo oportuni-

dad de trabajar con el célebre Boerhaave, quien le recomendó a la zarina rusa. Así fue como esta monarca le llevó a su reino, en el que Ribeiro ejerció su profesión durante 16 años y ocupó importantes cargos. Los avatares políticos le obligaron a un nuevo exilio y Ribeiro tuvo que trasladarse a París, donde trabajó durante los últimos 36 años de su vida.

Fue un gran humanista, médico famoso por sus trabajos acerca de la sífilis, pionero en

el estudio de la medicina china y reformador de los estudios de medicina.

El apellido Ribeiro (castellanizado en Ribero o Rivero), es común en Portugal y no sabemos si hubo alguna relación entre Antonio y Martín, pero podemos dejar la pregunta en el aire pensando en la tendencia a que distintos miembros de una misma familia se dedicasen a la misma profesión podría dar verosimilitud a esta hipótesis.

Juan Gondra

EN el año 1745 Bilbao vivió unas elecciones muy distintas de todas las celebradas hasta entonces y de las que vendrían después, en los años posteriores, hasta nuestros días.

Los hechos ocurridos fueron un reflejo de la vida local en lo que se refiere a la contratación de médicos. Veamos cómo se desarrolló este episodio tan curioso de nuestra pequeña historia.

Antecedentes: debate en torno a los "médicos sueltos"

Todo comenzó en el año 1744, a raíz de las protestas de los tres médicos titulares asalariados por Bilbao, Everard, Irigoiti y Esquerri, quienes exigían al Ayuntamiento que prohibiera el ejercicio en la Villa a los "médicos sueltos", nombre dado a los galenos que ejercían libremente y no estaban contratados por la Villa. Esta cuestión venía de muy antiguo y no quedaría resuelta hasta que el crecimiento experimentado por la Villa durante el último tercio del siglo XIX la volvió obsoleta.

Cuando Bilbao contrató a sus primeros médicos, a mediados del siglo XVII, se encontró con que el salario que podía ofrecer no era muy elevado y no podía atraer a profesionales de categoría acreditada, por lo que decidió hacer más atractivas sus plazas de médico titular y para ello añadió a su contrato una cláusula que les garantizase la exclusividad, es decir, que no podrían ejercer en la Villa otros médicos que no fueran los titulares. De esta forma se garantizaban unos ingresos elevados provenientes de los honorarios que los vecinos pudientes debían pagar a los médicos según establecía la Ordenanza.

Pero no incluyó esta condición en todos los contratos ni tampoco en sus Ordenanzas, donde sólo se establecía que los médicos precisaban de licencia municipal para ejercer su profesión en Bilbao, por lo que hubo etapas de ambigüedad y ocurrió que fueron numerosos los médicos "suelos" que establecieron sus consultorios en Bilbao.

Las autoridades y el vecindario no les miraban con malos ojos pues veían que su presencia les acarrecaba algunos beneficios: por una parte, permitía la competencia entre varios médicos, lo que evitaba la subida de sus tarifas, al mismo tiempo que ofrecía un mayor abanico a la hora de elegir; por otra parte, la presencia de médicos sueltos garantizaba las suplencias a los titulares enfermos y una mejor cobertura sanitaria ante posibles epidemias.

Sin embargo, los titulares veían lesionados sus intereses porque "los médicos intrusos les robaban los enfermos" y causaban una merma de sus ganancias; así fue que, a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, protestaron en varias ocasiones y solicitaron a las autoridades municipales su expulsión.

Deliberaciones y resolución

Volviendo al año 1744, en la sesión municipal que trató de este asunto, el regidor Bruno Ignacio del Villar expuso las razones a favor de que los no asalariados pudieran ejercer y trajo a colación otro aspecto de este conflicto: la autoridad superior del Protomedicato sobre la Ordenanza Municipal. El Protomedicato era una ins-



Caricatura burlesca de una consulta entre médicos



Representación burlesca de un médico examinando a la orina

titución del Reino de Castilla, fundada por los Reyes Católicos, que gobernaba tanto el ejercicio de la profesión como la concesión de los títulos de médico. Durante años mantuvo una pugna con los municipios celosos de sus prerrogativas, tratando de conseguir que se aplicara la normativa que establecía para sus títulos la facultad de ejercer la Medicina en todo el Reino.

Este regidor, aducía además las ventajas que suponían para los vecinos estos médicos al permitirles disfrutar de más posibilidades de elección y afirmaba que la Villa siempre había tenido médicos supernumerarios. También argüía que los *médicos sueltos* eran dos médicos muy conocidos por ser bilbaino el uno, Urquia, y haber sido titular más de diez años el otro, Valero. Estos presentaron una Orden del Supremo Consejo, dada a petición del Protomedicato, para que no se les molestase y puedan ejercer libremente.

A pesar de ello fueron desautorizados por el Ayuntamiento, que

Los hechos ocurridos fueron un reflejo de la vida local en lo que se refiere a la contratación de médicos

les prohibió ejercer. Valero recibió un castigo adicional pues fue multado y desterrado a más de cuatro leguas fuera de Bilbao.

Vacante

Pero pocos meses después falleció uno de los titulares, Irigoiti, y el Ayuntamiento se vio obligado a cubrir la plaza, tomando el acuerdo de convocar su provisión el 4 de octubre de 1745.

El desterrado Valero presentó una oferta tentadora para las arcas municipales: se ofreció a trabajar gratis los tres primeros años del contrato, que era por seis años, y a no exigir la cláusula de exclusividad, permitiendo médicos de ejercicio libre. El alcalde, sin embar-



Laboratorio de un alquimista y su ayudante. Pieter Bruegel el Viejo

go, no era partidario de aceptar la oferta y propuso contratar a Manuel José Sobrón y Quintanilla, médico titular de Valladolid del que le habían dado muy buenos informes.

Intervención de los Corregidores

Como el asunto se iba enconando, el corregidor de Vizcaya, Manuel Navarrete, decidió presidir la reunión del Ayuntamiento del 8 de octubre y mandó que se tomaran los votos de los vecinos por calles para ver a quién elegían como médico, a Valero o a Sobrón. La elección se celebró en pocos días, resultando Valero elegido por amplia mayoría.

Pero en el interin había cesado

Pleito y bronca

Algunos regidores no estaban conformes con lo decretado y decidieron dirigirse al Consejo de Castilla, consiguiendo que este Supremo Tribunal expidiera una Provisión ordenando que se nombrara a Valero.

Nada más ser conocida esta Provisión, el 29 de diciembre, tuvo lugar una sesión del Ayuntamiento que resultó tumultuosa. Los partidarios del alcalde decidieron recurrir en contra de la Provisión del Consejo y expulsaron de la sala a los regidores que habían dado apoyo a Valero.

Decisión salomónica

A la vista de que el conflicto estaba adquiriendo tintes peligrosos y con intención de no favorecer a ninguno de los dos bandos, el Corregidor ordenó que el Ayuntamiento se reuniera formado siguiendo las pautas del acuerdo de 28 de mayo de 1725 que regulaba el asesoramiento por caballeros patricios y que nombrara un médico que no fuera ni Valero ni Sobrón.

Así fue que el concejo celebrado el 28 de marzo de 1846, acordó nombrar como médico titular a José Mateo Castel Ruiz, médico de la ciudad de San Sebastián.

Conclario

Este pleito le costó a la Villa 12.535 reales, tanto que el presupuesto de gastos del Hospital durante 15 meses o el salario de los tres médicos durante un año, pero el alcalde y sus partidarios los dieron por bien empleados porque, aparte de defender su independencia frente al Protomedicato, consiguieron que se reconociera la ilegalidad de los concejos abiertos, que no debían de ser muy de su agrado.

75 aniversario de la Universidad de Bilbao

La Facultad de Medicina de 1936

Juan Gondra

CUMPLIDOS en estas fechas 75 años desde que viera la luz la primera universidad pública vasca, durante los azarosos años de la Guerra Civil, merece dedicar un recuerdo a su Facultad de Medicina que, a pesar de su corta vida, dejó una huella profunda en el mundo sanitario bilbaíno.

La Universidad del primer Gobierno vasco

Tras varios años de negativas, la II República aprobó el Estatuto Vasco después de iniciada la Guerra Civil, el 4 de octubre de 1936, cuando ya el territorio controlado en Euskadi por el ejército de la República se había quedado reducido a poco más de la provincia de Bizkaia. El Artículo 4º de aquel Estatuto reconocía al Gobierno vasco la facultad de crear centros docentes universitarios de acuerdo con lo indicado en la Constitución.

Los pasos necesarios para el inicio de la actividad docente se desarrollaron con una gran celeridad; cinco días más tarde de la aprobación del Estatuto, el 9 de octubre de 1936, el Departamento de Cultura en su primera decisión creó una comisión dividida en dos secciones; una central, encargada del proyecto genérico de Universidad Vasca, a la que se denominó "Universidad Vitoria" en homenaje al célebre jurista dominico Francisco Vitoria; la otra quedó encargada de crear la Facultad de Medicina. Esta estaba compuesta por el Presidente del Colegio Médico, el director del Hospital Civil de Basurto y los médicos Jon de Arrospe, Justo de Gárate, Ignacio de Arteche, Julián Guimón, José de Zincunegui, Wenceslao López Albó, Rufino Castañón, Gonzalo de Aranguren, Luis de Bilbao y Manuel de Usandizaga. En este Decreto se citaba la "... preparación de larga fecha existente en la villa de Bilbao para la Facultad de Medicina" también se hacía especial mención al idioma vasco en su aplicación especial al ejercicio de la profesión sanitaria.

Entregado el informe de esta Comisión antes de transcurrido un mes, el *Diario Oficial del País Vasco* del 18 de noviembre publicaba ya sus conclusiones transformadas en decreto. En la exposición de motivos, redactada por Jesús María de Leizaola, consejero de Justicia y Cultura, se citaban los precedentes históricos y a dos entidades que habían trabajado por la Universidad Vasca: la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y la Sociedad de Estudios Vascos; también a algunos de los hombres de ciencia del pasado. Se hacía mención a las difíciles circunstancias motivadas por la guerra y se decía que no se trataba de crear una universidad perfecta, sino el germen de lo que en el futuro debería ser una magnífica Universidad Vasca. Se establecía como fecha de inicio de los estudios de Medicina en todos sus cursos el 1 de diciembre de 1936.

Pocos días más tarde, el 22 de noviembre, se publicaba la convocatoria de un concurso para la adjudicación de las plazas de profes-



La Facultad, a pesar de su corta vida, dejó una profunda huella en el mundo sanitario bilbaíno



Médicos de Basurto, entre ellos, varios profesores de la Facultad



Alumnos en clase. Foto cedida por Danielle Labajos de Bertolin

sores. Dada la situación de guerra, las plazas serían exclusivamente para un periodo que iba desde el 1 de diciembre de 1936 hasta el 30 de septiembre de 1937 y su adjudicación no generaría derechos para los cursos posteriores. Se establecía un salario anual de siete mil quinientas pesetas para quienes no ocuparan cargo oficial remunerado en Bilbao y de cinco mil para quienes sí lo ocuparan. Se contemplaba también la presencia de profesores "libres" sin sueldo, y de ayudantes temporales. El plazo para la presentación de solicitudes resultó demasiado corto y fue prorrogado hasta las seis de la tarde del 28 de noviembre. El decreto nombraba un tribunal calificador del concurso que había sido propuesto por la Comisión: Cesáreo Díaz Empananza, José María Bel-

trán, Jesús de Arrese, Eusebio García Alonso, Juan Viar, Ramón Rodríguez de la Mata, Juan de Arrospe, Manuel Martín, y José Zincunegui. Este tribunal debería descomponerse en subcomisiones, cada una de ellas formada por un número impar de miembros. Por último, se nombraba una Junta presidida por el Consejero de Justicia y Cultura, con una amplia representación de las autoridades locales y de la sociedad, que estaría encargada del gobierno de la Universidad.

Nombramiento de profesores

Anatomía, primero: José Luis Obregón Icaza. Anatomía, segundo: José Gutiérrez Alonso. Histología: Ángel López Pérez. Fisiología, primero: Luis Bilbao Libano. Fisiología, segundo: Santiago

alumnado, pues la situación de guerra dificultaba la obtención de certificados académicos de los estudios realizados con anterioridad. Algunos estudiantes eran residentes en Bilbao o en pueblos vecinos y les resultaba más fácil aportar documentación, pero otros habían llegado como refugiados, obligados a abandonar sus hogares, y lo tenían más difícil. Muchos de los alumnos se encontraban en edad militar y fueron movilizados; los que se encontraban en cursos avanzados de la carrera obtuvieron destinos como practicantes y los de los primeros cursos como sanitarios o como simples soldados. Aquellos que fueron destinados al frente se vieron impedidos para acudir a clase, pero un buen número fue destinado a los hospitales de guerra habilitados en Bilbao y en sus cercanías, donde la dirección y sus compañeros procuraron darles facilidades para que pudieran atender a sus obligaciones académicas.

El curso se inauguró el 1 de diciembre de 1936 con la solemnidad que le permitía las circunstancias de la Guerra Civil. Fue presidida por el Presidente del Gobierno Vasco, José Antonio de Aguirre, al que acompañaban los Consejeros de Justicia y Cultura, Sanidad y Comercio y Abastecimientos y diversas autoridades. El primero de ellos, Jesús María de Leizaola, en sus palabras de presentación de los trabajos que habían dado lugar a la creación de la Uni-

El curso se inauguró el 1 de diciembre de 1936 con la solemnidad que le permitía las circunstancias de la guerra civil

Ibargüen Beitia. Patología general: Justo de Gárate. Anatomía Patológica: Pedro Toledo. Patología y Clínica quirúrgica 1º: Julián Guimón. Patología y Clínica quirúrgica 2º: Abilio Saldaña. Patología y Clínica quirúrgica, 3º: Francisco Pérez Andrés. Patología y Clínica médica 1º: Juan Viar. Patología y Clínica médica 2º: Ramón Rodríguez de la Mata. Patología y Clínica médica 3º: Cesáreo Díaz Empananza. Obstetricia: Carlos Mendaiza Thomas. Pediatría: Julio Laguna. Ginecología: Cesáreo Rey Baltar. Otorrino-laringología: Daniel García Hormaeche. Dermatología y Sifilografía: José Salaverri y Aranguren. Psicología médica y psiquiatría: Rodrigo González Pinto. Euskera médico: José Zincunegui.

No fueron nombrados profesores de Higiene, Farmacología ni Microbiología. En la misma fecha se nombraron profesores para el curso preparatorio de Medicina a Félix Ara (Física), Luis Mellado (Análisis químico), Ramiro Canivell (Química orgánica), Enrique Belda (Matemáticas aplicadas a la Biología) y Físico-química, Julio Uruñuela y Florencio Bustinza (Biología).

Mayor dificultad hubo para proceder a las matriculaciones del

versidad Vasca y a la normativa por la que se iba a regir, indicó que la Universidad Vasca llevaría el nombre del Padre Vitoria como homenaje a este ilustre maestro del Derecho Internacional.

Pero la vida académica, apenas duró unos meses. La ofensiva iniciada sobre Bizkaia por el ejército del General Mola en marzo de 1937, la entrada de sus tropas en Bilbao y la subsiguiente conquista de Bizkaia a finales del mes de junio, dieron lugar a la abolición del Estatuto y con él, a la desaparición de la apenas nacida Universidad Vasca. Acto seguido, tuvo lugar un rápido proceso de depuración en el que fueron examinados los antecedentes políticos de todos los médicos de Bilbao. Los que habían ejercido como profesores en la efímera Facultad cargaban con un pesado sambenito que les obligaba a demostrar una adhesión clara al nuevo régimen o, en caso contrario, a verse sancionados, encarcelados o desterrados.

Finalizó aquí la vida útil de la efímera facultad, pero quedó en el sentir de la Medicina Bilbaína el convencimiento de que tenía capacidad sobrada para mantenerla y la firme decisión de volver a lograrla, cosa que ocurrió en el año 1969.

Juan Gondra

LA grave situación económica que atraviesa nuestro país es la causa de lamentables cierres de empresas o comercios centenarios, pero también amenaza a otros hitos de nuestra sociedad de menor entidad; entre ellos la *Revista Médica* que sostiene la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao desde el año 1895, lo que le permite presumir de ser la más antigua de entre las revistas médicas españolas que se publican en la actualidad y cuya trayectoria bien merece ser recordada.

Prólogo. 'Gaceta Médica del Norte'

Con este nombre salió a la luz en Bilbao el día 15 de enero de 1895 el número primero de una revista quincenal que pretendía servir a la ciencia humanitaria y ser eco de los intereses morales y materiales de la clase a que se dedica. En sus ocho páginas recogía artículos científicos, una crónica de los asuntos locales y también de los acontecimientos médicos ocurridos en el mundo. Daba también cuenta de las novedades editoriales en el mundo de la Medicina, con una breve reseña o crítica de las más notables. Terminaba con un pequeño resumen de los datos demográficos y meteorológicos registrados en la Villa. Era el fruto de la inquietud de una joven generación de médicos que buscaba un órgano de expresión capaz de mejorar su nivel de conocimientos y de sacar a la luz sus opiniones y reivindicaciones profesionales. A ellos se unía el magisterio de tres médicos de reconocido prestigio: Enrique de Areilza, Carmelo Gil Gorroño y José Carrasco. Pocos días después, este mismo grupo aprobaba los estatutos y creaba la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, cuyos tres primeros presidentes fueron los tres maestros citados. La nueva Academia decidió en su primera reunión apadrinar a la revista y adoptarla como su órgano oficial de expresión. Apenas duró año y medio la presencia de esta revista quincenal, porque las dificultades económicas le obligaron a suspender durante más de un año su publicación. Pero la generosidad de Carmelo Gil, quien sufragó los gastos de su impresión, le permitió arrancar de nuevo en 1898, ahora con una periodicidad bimensual y mayor empaque.

Primera etapa

Durante los primeros años de su andadura la revista centró su interés en la lucha contra la elevadísima mortalidad que sufría la población bilbaína, sobre todo la infantil. Le preocupaban la tuberculosis, la viruela, el sarampión, las fiebres tifoideas y otras enfermedades infecciosas, pero, sobre todo, la influencia nefasta que sobre ellas tenían las malas condiciones de vida del vecindario, en especial las derivadas del pésimo sistema de suministro de agua y el hacinamiento de personas asociado a la infravivienda habitual entre las clases trabajadoras.

Pero las duras denuncias contra las condiciones de higiene en la Villa, responsabilidad en aquellos años del Ayuntamiento, llevó aparejadas consecuencias desagradables para los redactores. La mayor parte de aquellos primeros galenos eran miembros del Cuerpo Médico Municipal de Bilbao y el primer Consejo de Redacción estuvo compuesto por tres de ellos: Teodoro Aparicio Arjona, Martín Valdés Larrondo y Domingo Quiroga. Este último se vio obligado a presentar su dimisión en el año 1896 y se la concedieron

La Gaceta Médica del Norte

La decana de la prensa médica en peligro



Médicos del Hospital de Basurto en los años 30



con mención desfavorable (primer y único caso en la historia del Cuerpo Médico Municipal). Valdés sufrió una fuerte sanción por haber escrito unos artículos que la Corporación consideró ofensivos; hubo de recurrir a los tribunales de justicia para conseguir que fuera anulada, pero quedó malparado y sus agudas crónicas firmadas con el pseudónimo de Dr. Lesmes, perdieron su agudeza inicial. Quizás por ello, el papel de "fiscal de la higiene" fue asumido en los años que siguieron por médicos que no estaban ligados al Ayuntamiento, como el titular de Leioa que denunciaba el sistema bilbaíno de recogida de basuras, o bien otros cuyo reconocido prestigio hacía muy difícil que sufrieran represalias. Así fue como los Drs. Areilza y Ledo elevaron sus críticas, llegando a llamar "suministro de tifus a domicilio" al de aguas. Otras veces, denunciaban casos ocurridos en municipios lejanos, pero cuyo paralelismo con lo ocurrido en la Villa era evidente, o bien añadían etiquetas laudatorias para Bilbao, como esta frase de un discurso del Dr. Hermosa, médico de escuelas:

"La cara se me llena de vergüenza

y el corazón lanza gritos de dolor, cuando por los deberes de mi cargo y profesión visito ciertas viviendas en las que las gentes viven hacinadas, faltas de luz, de aire y de agua; y esto pasa en una población como la nuestra tan celosa de su higiene y salubridad pública".

Segunda etapa: 'Revista Clínica de Bilbao'

El brioso impulso inicial fue decayendo; resultaba muy difícil conseguir artículos originales y se veían obligados a incluir traducciones o extractos de artículos publicados en otras revistas. La *Gaceta* adelgazó, pasó a ser semestral, y su prestigio iba también descendiendo; pero llegó el momento de la renovación, gracias a una generación de médicos a los que Antonio Villanueva, histo-

riador de la Medicina en Bilbao, ha llamado "generación del 27" o, en un lenguaje más coloquial, los cachorros de Areilza, pues la mayor parte de ellos completó su formación en el hospital de Basurto dirigido por D. Enrique de Areilza.

En 1926 se cambió su nombre por el de *Revista Clínica de Bilbao* que salió a la luz cada mes con un nivel científico renovado. Desaparecieron las castizas crónicas del mundo sanitario local, pero se ganó en seriedad y prestigio entre las clases sanitarias y nuestra revista vivió la que podemos considerar como su edad de oro. La lista de médicos, farmacéuticos y veterinarios que colaboraron en ella es larga, por lo que solamente destacaremos a los más asiduos colaboradores, comenzando por Wenceslao López Albó, gran médico bilbaíno natural de Colindres, que publicó durante estos años la friolera de 64 artículos, casi 6 por año y siguiendo por Ramón Zumarraga, Juan de Dios Ugarte, Juan Viar Bayo, Julio Atucha, Ángel Corcóstequi, César y Alvaro Figuerido, Rodrigo González Pinto, Abilio Saldaña, José y Manuel Salaverri, Daniel García Hormacche, Cesáreo Rey Baltar, Julián Guimón, Carlos Mendaza, Miguel Iriarte Iriarte, Jaime Anduiza, José M^o López de Argumedo, Silvano Izquierdo, Manuel Usandizaga, etc.

La guerra cortó la brillante trayec-

toria y, a partir del número de julio de 1936, no volvió a publicarse. Muchos de sus colaboradores sufrieron exilio, destierro o fueron despuestos de sus plazas de médico, y los que quedaron, incluso aquellos cuya ideología no era hostil a la del estado dictatorial, sufrían el miedo a significarse que supuso, en cierto modo, otro tipo de exilio.

Tercera etapa: de nuevo 'Gaceta Médica del Norte'

En el año 1944, siendo presidente de la Academia César Figuerido, se consiguió volver a editar la revista que, tras unos humildes comienzos, fue poco a poco mejorando su presentación y su contenido, hasta llegar a una dignidad más que respetable si consideramos la penuria con la que se trabajaba en la sanidad de aquellos años. Continuaron presentando sus artículos algunos pocos supervivientes de la etapa anterior, a los que se fueron uniendo las nuevas generaciones de médicos de los hospitales de Basurto, Santa Marina y Gorliz, además de los que trabajaban en la clínica de la Fundación Vizcaya Pro Cardiacos o en otros centros. A ellos se unían los artículos firmados por los numerosos profesores españoles o extranjeros que acudían como conferenciantes invitados a las sesiones de la Academia de Ciencias Médicas.

Con todo ello, se alcanzó un nivel muy digno, pero a costa de un gran esfuerzo de los responsables; cuando este esfuerzo decayó, también lo hizo la revista, dando paso a otra época de adelgazamiento, pérdida de la periodicidad y dificultades para lograr artículos originales.

Cuarta etapa: 'Gaceta Médica de Bilbao'

En el año 1970 se reforma de nuevo la revista; toma el nombre de *Gaceta Médica de Bilbao* y comienza el año con una periodicidad mensual y alcanzando pronto las 100 páginas por número y una tirada de 5.000 ejemplares mensuales. La creación de la Facultad de Medicina y la transformación de la Residencia de Cruces en un moderno hospital le proporcionan savia nueva y le proveen de numerosos artículos originales; si bien hay que decir que la calidad no siempre acompañaba a la cantidad.

Desde entonces, ha continuado en una trayectoria con altibajos hasta el momento actual, en que las dificultades económicas le van a obligar a iniciar una quinta etapa, en la que solamente se prevé publicar en papel un número por año, y el resto aparecerá solamente en edición digital. Confiamos en que esto le dé un nuevo impulso y los bilbainos podamos seguir estando orgullosos de nuestra decana.

En 1970 se reforma de nuevo la revista; toma el nombre de 'Gaceta Médica de Bilbao' y periodicidad mensual



Ramón Zumarraga, Manuel Usandizaga, Ángel Corcóstequi, Wenceslao López Albó, Adrián de Unibaso y Juan Viar

Juan Gondra

EL pasado once de mayo falleció en Bilbao Juan Manuel de Gandarias Bajón, quien fuera decano-comisario fundador de la Facultad de Medicina de Bilbao; a quien, hasta esta fecha se podía ver paseando por las calles de Bilbao; alto, erguido, conservando a sus casi 88 años la buena planta que tuvo en su juventud. Desconocido para el vecindario que lo rodeaba, pero querido entrañablemente por todos aquellos que tuvimos ocasión de asistir como espectadores o como actores secundarios a su actuación cuando consiguió, allá por los últimos años sesenta del siglo pasado, culminar un viejo anhelo bilbaino: la creación de la Facultad de Medicina de Bilbao.

Fue Gandarias, uno de los más ilustres médicos de nuestra Villa y una leyenda viva para la Medicina Bilbaina, por lo que parece inexcusable traer a la memoria su figura, así como los antecedentes y primeros avatares de la Facultad por él creada.

El viejo anhelo de una facultad de medicina en Bilbao

Aunque ya en el siglo XIX hubo algunos intentos conjuntos de las Diputaciones para conseguir estudios universitarios de Medicina en su territorio, no es sino hasta el siglo XX que aparece expresada con rotundidad la petición de una facultad en Bilbao, cuando, al comienzo de este siglo, en el artículo editorial del primer número de *Gaceta Médica del Norte* que salió en 1901, los médicos de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao expresaron el deseo de disponer en Bilbao de una Facultad de Medicina. Deseo reiterado con ocasión de la inauguración del Hospital de Basurto en el año 1908 en los discursos del ministro de Estado Allende-Salazar y del alcalde Ibarreche. Durante los años siguientes, hasta el inicio de la Guerra Civil, fue la Sociedad de Estudios Vascos, Eusko Ikaskuntza quien tomó el relevo y desarrolló diversas iniciativas en pro de una Universidad Vasca, que nunca llegaron a fructificar. Poco después del inicio de la Guerra Civil y de la aprobación del Estatuto Vasco, el nuevo marco legislativo permitió la creación de una facultad en el Hospital de Basurto; pero estos precedentes escapan de nuestro tema de hoy y serán tratados en artículos posteriores, así como la intencionalidad de crear una facultad de Medicina en la Universidad de Deusto, cuyo hospital clínico iba a estar ubicado en las laderas de Artxanda, y que, en cierto modo, precipitó la petición de una facultad pública que fue firmada por un nutrido grupo de catedráticos y de políticos del franquismo tardío.

La Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Bilbao

Fruto quizás de aquella petición, iba a verse por fin satisfecho el viejo anhelo bilbaino cuando el BOE del 7 de junio de 1968 publicó el decreto que fundaba la Universidad Autónoma de Bilbao, en la que se incluía una nueva facultad de medicina. Juan Echevarría Gangotiti su primer rector, propuso como decano comisario encargado de la puesta en marcha de esta facultad al catedrático de Fisiología de la Facultad de Medicina de Salamanca Juan Manuel Gandarias Bajón, sobre quien recayó la ardua tarea de buscar locales, pro-



Gandarias recibió la medalla de oro de la UPV/EHU en 1993



El profesor junto a Severo Ochoa

fesores y financiación para ello; cosa que consiguió, según sus palabras, gracias a la magnífica acogida que tuvo el nuevo centro de enseñanza por parte de la sociedad bilbaina, las autoridades locales y la clase médica de la Villa.

En cuatro años, hasta su cese como decano en el año 1972, Gandarias realizó un trabajo impropio y fue capaz de dejar una facultad organizada y llena de ilusión. No faltaron momentos agrios durante aquel tiempo, pero el cómputo final resulta claramente positivo. Al llegar aquí, surge una pregunta: ¿quién fue este hombre? A modo de respuesta traemos aquí una breve reseña biográfica suya.

El profesor Gandarias

Decano comisario fundador de la Facultad de Medicina de Bilbao



Abril 2011: Junto a Iriarte, Aranceta y Gondra en el Hospital de Basurto

Durante su infancia y juventud vivió a caballo entre las tierras del Duero y la anteiglesia de Arrazua, donde nació su padre. Siempre se sintió muy ligado al caserío Urtubei (escrito a veces Urtubai o Urtubi), en el que habían vivido varias generaciones de Gandarias, desde que llegó a vivir allí su séptimo abuelo, Domingo de Gandarias y Aguirre, natural de Muxika, quien figura como residente en este caserío en el año 1704. La figura paterna ausente fue suplida por sus tíos Gandarias y por su abuelo materno, del que guardaba un magnífico recuerdo. Era herrero en el valle del Esgueva y poseía varias viñas y bodegas; él fue quien le enseñó los secretos de la elaboración del vino y quien trató de orientar por ese camino su vida profesional, pero, afortunadamente para Bilbao, pudo más su interés por las ciencias de la salud.

Realizó los estudios de bachiller durante los años difíciles de la II República, la Guerra Civil y la posguerra. Guardaba un buen recuerdo del colegio "La Providencia", de Valladolid, donde estudió como alumno interno, y del colegio "San José", de los Jesuitas en aquella misma ciudad donde se preparó para el examen de estado. Agradecía la calidad de la enseñanza de física y química, así como la del idioma alemán, que tan útil le iba a resultar en su vida profesional. Pero lo más destacado de sus recuerdos correspondía a sus

estudios y se dedicó a dar clases particulares a otros alumnos, lo cual le reportó un doble beneficio. Por un lado, obtenía unos ingresos económicos que le permitían mejorar su calidad de vida; por otro lado, se vio obligado a repasar año tras años todo el programa de la asignatura, lo cual le fue de gran utilidad a la hora de preparar sus oposiciones a profesor adjunto y a catedrático.

Finalizados los estudios de licenciatura, trabajó como profesor auxiliar primero y adjunto después en la misma cátedra de Fisiología de la Facultad de Valladolid, donde completaba su magro salario de 180 pesetas mensuales con lo obtenido con las clases particulares que continuaba impartiendo. Presentó su tesis doctoral con un brillante estudio sobre la vitamina C; tras perfeccionar su formación en Oxford, preparó oposiciones a cátedra, cosa que logró en el año 1960, ocupando la de Fisiología de la Facultad de Medicina de Salamanca hasta su llegada a Bilbao.

Años en Bilbao

En el año 1972 cesó su gestión como decano y tuvo oportunidad de participar activamente en numerosas facetas de la vida sanitaria de la Villa. En el ámbito universitario destacaremos su gestión como vicerrector de investigación de la Universidad de Bilbao a partir de 1975, su nueva actividad creadora plasmada en la apertura de la Escuela de Enfermería, de la que fue primer director y a la que continuó estando muy vinculado hasta sus últimos días. Fue fundador de la Real Academia de Medicina de Bilbao, de la que era presidente. Su fallecimiento inesperado ha hecho imposible el homenaje que estaba previsto para este mes de mayo, en el que iba a ser nombrado presidente de Honor de esta Real Academia.

Pero, por encima de todo ello, debemos destacar su interés por mantenerse al día de los avances científicos, su disposición para ayudar a sus discípulos y la máxima que le inspiró desde sus primeros tiempos de profesor: "Enseña y aprenderás".

Gandarias realizó un trabajo impropio y fue capaz de dejar una Facultad de Medicina organizada y llena de ilusión

Juan Manuel Gandarias

Nació en Piña de Esgueva, un pequeño pueblo donde su madre ejercía como maestra. Fue hijo póstumo, pues en febrero de 1923, tres meses antes de nacer, su padre, que era capitán de la marina mercante, desapareció en el Mar del Norte junto con el barco de la naviera Sota "Mar del Plata" y toda la tripulación bajo su mando.

estancias en Arrazua y a la libertad que allí gozaba.

Realizó los estudios de licenciatura en la Universidad de Valladolid, donde, al igual que durante su bachiller, demostró ser un alumno brillante. Obtuvo la plaza de alumno interno en la cátedra de Fisiología y aquello marcó su vida, porque allí encontró su verdadera vocación. Permaneció en aquella cá-

Angel Garma

Centenario del nacimiento de un bilbaino,
padre del psicoanálisis argentino

El pasado día 24 de junio se cumplieron cien años desde el nacimiento de este médico bilbaino; uno de los más ilustres entre los galenos que vieron la luz en la Villa, aunque su nombre sea poco conocido entre nosotros porque su carrera profesional tuvo lugar lejos de estas tierras, en la República Argentina. Trataremos aquí de recordar algunos pasajes de su vida

Juan Gondra Rezola

ANGEL Manuel Garma y Setién se estableció en Bilbao como comerciante a finales del siglo XIX. Era natural de Guriezo (Cantabria), hijo de Felipe de la Garma, natural del mismo lugar, ebanista de profesión y de Celestina Setién Ruiz, moradores en el barrio de Balbacia en el Valle de Guriezo. Su abuelo paterno, oriundo de Trucíos, era así mismo natural de Guriezo, mientras que sus abuelos maternos, Domingo Setién y Angela Ruiz, eran naturales del Valle de Soba, primer valle de Cantabria, lindando con Carranza y Lanestosa.

Contrajo matrimonio con una bilbaina, Cirila de Zubizarreta y Aguirre, hija de Cirilo de Zubizarreta, pintor de profesión, y de Ildelfonsa Marcelina de Aguirre, naturales él de Barambio (Alava) y ella de Gordejuela, quienes se avocindaron en Bilbao y contrajeron matrimonio en la parroquia de Santiago Apóstol de esa Villa el 30 de diciembre de 1871.

Angel y Cirila aparecen en el censo de Bilbao del año 1904 como residentes en la Gran Vía, letras AE, 2º piso; Angel Juan Garma Zubizarreta, su hijo primogénito, vino al mundo en esa misma casa a las once de la noche del 24 de junio de 1904 y recibió el bautismo en la iglesia parroquial de San Vicente de Abando el 14 de julio siguiente, apadrinado por José Margenat, comerciante natural de Reus, y por su abuela materna; residió gran parte de su infancia y juventud en Bilbao, hasta que inició sus estudios de Medicina en Madrid.

Infancia y juventud

Siendo muy niño, sus padres emigraron a Buenos Aires, Argentina, donde establecieron un negocio de porcelanas, por lo que Angel Garma se vio obligado a vivir temporalmente en casa de sus abuelos. Pero un fatal accidente hizo que quedara huérfano cuando su padre fue asesinado en Buenos Aires teniendo Garma sólo cuatro años, por lo que lo que iba a ser una estancia temporal se prolongó durante toda su infancia y adolescencia.

Más tarde su madre contrajo un segundo matrimonio, con un cuñado, y se trasladó a Viena donde residió algunos años; poco después Garma comenzaba sus estudios de Medicina y se trasladó a Madrid, iniciando una nueva fase de su vida.

Tal vez el aspecto más desta-



Anna y Sigmund Freud

cable de esta época fuera su estancia en la "Residencia de Estudiantes", donde vivió durante los años de sus estudios de licenciatura junto a su hermano menor José María y donde tuvo oportunidad de convivir con personas como su coetáneo Salvador Dalí, cuyo centenario se celebra también este año, Federico García Lorca, Rafael Alberti o Luis Buñuel. Allí pudo escuchar las conferencias impartidas

por genios como Marie Curie, Albert Einstein y otros; también comenzó en aquella residencia su relación con Severo Ochoa, profesor y futuro premio Nobel, quien dirigía el magnífico laboratorio instalado en sus sótanos; relación que ambos reanudarían en Estados Unidos allá por los años cincuenta.

En el año 1927 finalizó su carrera en la Facultad de Medicina de Madrid y marchó a formarse a

Obras

ANGEL Garma fue autor de numerosas obras psicoanalíticas, siendo la primera en ver la luz *El Psicoanálisis, la neurosis y la sociedad*, editada en Madrid en 1936. Más tarde, *El Psicoanálisis de los sueños* que presentó en Buenos Aires como tesis doctoral y publicó como libro en 1940 y conoció varias reediciones. Siguió otras muchas obras, como *El psicoanálisis, presente y perspectivas* (1942); *Psicoanálisis de las*

guerras (1942); *Sadismo y masoquismo en la conducta* (1945); *La realidad exterior y los instintos en la esquizofrenia*; *Génesis psicopatológica y tratamiento de úlceras gástricas y duodenales* (Buenos Aires, 1975), *El psicoanálisis: teoría, clínica y técnica* (1976); *Génesis y contenido primario de la alucinación onírica*; y *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*, editada en 1970, entre otras.



Angel Garma en 1956

Berlín, donde se orientó hacia la neurología y la psiquiatría, obteniendo el diploma de Psiquiatra en la Universidad de Tubingen, en 1929.

Poco antes, en 1928, había descubierto el Psicoanálisis por medio de Micaela Fabian, joven psicoanalista que le inició en la rama de la ciencia a la que iba a dedicar su vida. En 1931 presentó el trabajo que le valió para ser admitido en la asociación psicoanalista alemana y obtener el diploma de estudios de grado; inmediatamente regresó a España.

Angel Garma psiquiatra y psicoanalista

Después de su retorno se estableció en Madrid, donde ejerció como psiquiatra del Tribunal Tutelar de Menores, pronunció diversas conferencias acerca del psicoanálisis y fue el primer psicoanalista entrenado que, como tal, ejerció en España. El comienzo de la Guerra Civil le sorprendió en Francia, de vacaciones, y ya no regresó a España. Emigró a Argentina, donde tenía contactos profesionales, vivían sus hermanas y donde estaba enterrado su padre. Para entonces ya se había afiliado a la Asociación Psicoanalítica Internacional después de haber roto toda relación con la Asociación Alemana a causa de su absorción por el Instituto de Psicoterapia del Reich, que dirigía el Dr. M. H. Goering, primo del mariscal nazi Hermann Goering.

Y en Argentina alcanzó la plenitud de su actuación como psicoanalista; revalidó su título de Medicina en la Universidad de La Plata, se doctoró con una tesis denominada *Psicoanálisis de los sueños* y pasó a residir en Buenos Aires, donde junto a otros psiquiatras argentinos, como Rancovsky, Pichón Riviere y Ernesto Cárcamo, fundó la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Garma fue el primer presidente de esta institución. Garma y Rancovsky organizaron en 1956 un Congreso de Medicina Psicosomática que revolucionó el ambiente médico argentino.

La familia de Angel Garma

BETTY Goode de Garma, su viuda, nació en la ciudad de Paysandú en el año 1918, hija de Alfred Goode, ingeniero asesor de una compañía inglesa y de Ana Rasmussen, argentina descendiente de daneses. Es una psicoanalista afamada que ha destacado por sus trabajos sobre la infancia.

Carmen Garma, hija de ambos, ha seguido también los pasos de sus progenitores y es una médica psicoanalista destacada.

Sus parientes en Bilbao han mantenido durante más de cien años la tradición del abuelo Zubizarreta y varios de ellos han sido pintores como él.

Su afán de enseñar y difundir sus conocimientos le empujó a hacerse cargo de la Cátedra de Psicología General de la Universidad de La Plata a partir del año 1957 y, más tarde, fue profesor visitante de la Escuela de Psiquiatría Menninger, de Kansas (Estados Unidos).

En 1989, su trayectoria fue premiada con la Gran Cruz de la Orden del Mérito de Isabel la Católica, otorgada por el Rey, lo que motivó su último viaje a España que tuvo lugar al año siguiente. En esta ocasión, y a pesar de la enfermedad de Parkinson que le afectó durante sus últimos años de vida, ofreció un coloquio en la Asociación Psicoanalítica de Madrid.

Murió en Buenos Aires en 1993, siendo Vicepresidente de honor de la Asociación Psicoanalítica Internacional, cargo en el que había sucedido a Anna Freud, hija de Sigmund Freud.

José María de Gorostiza y Onzoño

Y el Boletín Municipal de Estadística Sanitaria

Juan Gondra

JOSÉ M^a nació en Bilbao el 25 de septiembre de 1854 y recibió el bautismo al día siguiente en la bilbaina parroquial de San Antonio Abad; fue el segundo de los cinco hijos que trajo a este mundo el matrimonio compuesto por Jerónimo Gorostiza Zalbidea y Concepción Onzoño Larraondo; los Gorostiza eran una familia begoñesa oriunda de Orozko.

Cursó sus estudios de bachiller, probablemente, en el mismo Instituto Vizcaino en el que se formaron Unamuno y muchos otros bilbainos destacados de aquellos años. Obligado a ausentarse de la Villa para realizar los estudios universitarios, regresó como doctor en Medicina en el año 1879 para desempeñar su primer trabajo conocido como médico del asilo de las Hermanitas de los Pobres, donde prestó asistencia a los 75 ancianos allí asilados. Tres años más tarde, en 1882, consiguió la plaza de médico de entradas del Hospital Civil de Atxuri, dotada con un salario anual de 1.500 pesetas. Se trataba de un puesto de trabajo muy duro pues entre los dos médicos de puertas con que contaba el Hospital debían atender todas las urgencias ocurridas durante las 24 horas del día y los 365 días del año, lo cual suponía que nuestro galeno debía de estar de



En 1882 consiguió plaza de médico de entradas del Hospital Civil de Atxuri. Foto Telesforo de Errazquin

Cercano ya el centenario de su fallecimiento, parece necesario traer a la memoria uno de los médicos bilbainos más interesantes del periodo de la transición del siglo XIX al XX; médico que pronto pasó al olvido, a pesar de que desarrolló una importante labor tanto en el terreno de su profesión como en su papel de vecino y ciudadano



pequeña historia, pues tuvo una larga continuidad y, tras una reforma que le llevó a ser trimestral, llegó hasta los años 70 del siglo XX.

Volviendo a su creador, Gorostiza había contraído matrimonio siendo ya mayor, con más de 40 años, y no dejó descendencia. Durante sus últimos años de vida residió durante largas etapas en San Juan de Luz, de donde era natural su mujer, apellidada Labatut Cardeilhac; y allí falleció el 28 de junio de 1910.

En la nota necrológica publicada en el diario *La Unión Vasco-Navarra* del 29 de junio de 1910 se le describe como un conocido y apreciado médico bilbaino, hermano vocal de la Junta de la Santa Casa de Misericordia y Jefe de los Servicios de Sanidad del Ayuntamiento de Bilbao. Presidente de la sociedad Euskal Erria y Centro Vasco, que había militado siempre en el campo vasco. También había sido secretario de la primera junta de la Academia de Ciencias Médicas, en el año 1895.

Dicen sus familiares que era de pequeña estatura, lo que fue motivo para una canción bilbaina que todavía se cantaba allá por los años cincuenta del pasado siglo:

*Don José,
médico chiquito,
Cabezota grande,
tripas de guaté.*

Canción que, al igual que su protagonista, yace olvidada en el baúl de los recuerdos perdidos de nuestra Villa.

El Boletín contenía datos referentes a los movimientos de población, causas de mortalidad y demografía

guardia un día sí y otro no. Sin embargo resultaba atractivo para los jóvenes porque les permitía adquirir una formación clínica al lado de los mejores profesores de la Villa y les facilitaba el ingreso en la plantilla de médicos municipales de la beneficencia y del Hospital.

En 1887, era ya médico titular debiendo de atender en su consulta y a domicilio a las familias pobres de su distrito, además de realizar la inspección sanitaria de las escuelas, establecimientos y viviendas de la zona que tuviera adjudicada. Disfrutaba de un sueldo de 2.000 pesetas anuales y también hubo de prestar servicios extraordinarios durante la epidemia de Viruela del año 1890, durante la que se hizo cargo del hospital habilitado en los pabellones de Mena, y durante el cólera de 1893 en que formó parte del cuadro de médicos del puesto de socorro instalado en los bajos del Ayuntamiento.

Con ocasión de su gestión a cargo de la asistencia en los pabellones de Mena presentó una memoria muy detallada en la que seguía un método expositivo diferente al que había sido habitual hasta entonces. Método que imponía la ciencia estadística de la época y que anunciaba las formas que iban a ser desarrolladas por él en su siguiente destino.

Boletín de estadística municipal

Esta carrera como médico municipal, tan similar a la de otros compañeros suyos de finales del siglo XIX, iba a cambiar notablemente en el año 1897, cuando una disposición del gobierno de su Majestad la Reina Regente M^a Cristina de Habsburgo obligó a las mayores ciudades del Reino a recoger y publicar sus estadísticas sanitarias. Las autoridades bilbainas decidie-

ron crear una plaza especial de médico que se hiciera cargo de esta labor y de la vigilancia general de la higiene pública, además de otras funciones como la inspección de las nodrizas. La situaron en lo más alto del escalafón al adjudicarle el título honorario de "Decano Jefe del Cuerpo Médico Municipal".

Gorostiza ocupó esta plaza desde su creación y la desarrolló con entusiasmo y eficacia en su triple vertiente. Consiguió publicar mes a mes un boletín de estadística sanitaria de un rigor hasta entonces no conocido, impulsó la creación de la llamada "Gota de Leche" a partir de la antigua inspección de nodrizas y presentó al Ayunta-

miento en el año 1901 un extenso informe en el que recogía los principales problemas sanitarios de la Villa y las vías de solución contempladas por las ciencias de la salud.

El Boletín de Estadística Sanitaria contenía datos referentes a los movimientos de población (nacimientos, matrimonios, defunciones, emigración, etc.), también las causas de mortalidad, así como su distribución por edades y entre los distintos barrios de la Villa. Recogía además una gran cantidad de datos referentes a los ingresos hospitalarios, otras instituciones benéficas, cementerios, desinfecciones, climatología, etc. En fin, un tesoro para los curiosos por nuestra pe-

Estadística y salud pública: su desarrollo en el siglo XX

AUNQUE existen algunos precedentes de estudios demográficos basados en los libros de registros sacramentales de las parroquias (John Graunt publicó en el año 1662 el primer trabajo al respecto y en el siglo XVIII fueron varios los estudios demográficos publicados en Gran Bretaña y Francia), la estadística sanitaria nace en el siglo XIX y tiene sus raíces en los registros de defunciones que se crearon con motivo de las grandes epidemias. Gran Bretaña fue la pionera en este terreno y su principal protagonista Edwin Chadwick, cabeza del movimiento de reforma de la Salud Pública

cuyo núcleo central era destacar la importancia de los factores sociales en la génesis de las enfermedades. La estadística sanitaria británica sirvió de modelo en el resto de Europa y pronto se convirtió en uno de los principales sostenedores de la salud pública.

En Bilbao hubo un digno precedente protagonizado por Gabino Epalza, maestro y matemático, quien publicó en 1858 un lúcido análisis de las estadísticas demográficas de la Villa: *La mortalidad de Bilbao y cálculos relativos a la duración de la vida en dicha Villa*.

Durante los últimos años del siglo XIX

se fue extendiendo entre las clases ilustradas de la Villa la opinión en pro de la estadística sanitaria y se realizaron varios análisis puntuales como los de Hoffmeyer (*Estimación de la evolución de la mortalidad, natalidad e inmigración*) y Alzola (*Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao*), ingenieros ambos, o el del médico municipal Enrique García de Ancos (*Análisis de la mortalidad infantil en Bilbao*); también el análisis realizado por Gumersindo Gómez, Jefe de Estadística Municipal, publicado bajo el título *Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao*.

Juan Gondra recoge la historia de los médicos que trabajaron en Bilbao entre los siglos XV y XIX

Cuando el cólera asolaba la Villa

Idoia Arnabat

EXISTIÓ un tiempo en Bilbao en el que el agua potable era un privilegio de unos pocos, las casas no contaban con retretes y un tercio de los recién nacidos no llegaban a cumplir un año. La salubridad y la calidad de la profesión médica en nuestra ciudad han evolucionado a pasos agigantados hasta nuestros días en los que las palabras viruela o sarampión no son forzosamente sinónimos de epidemia ni de muerte.

Con el claro objetivo de recuperar este interesante y desconocido apartado de la historia de la Villa, el Ayuntamiento ha publicado, junto con el Museo Vasco de Historia de la Medicina José Luis Goñi de la UPV, *Los médicos de Bilbao. Siglos XV al XIX*, un diccionario biográfico en el que el doctor Juan Manuel Gondra, jefe de la Subárea de Salud Pública del Ayuntamiento, ha recogido la vida y labores de los profesionales de la medicina que trabajaron para la Villa desde el Medioevo hasta la Revolución Industrial. "Salvando los nombres de doctores más reconocidos como Areilza, Achúcarro o Carmelo Gil, desconocemos a grandes médicos que trabajaron en la ciudad antes de 1900. Eso, entre otras razones, me llevó a seguir investigando entre los archivos municipales", explica el autor.

A lo largo de la primera parte de la obra, Gondra realiza un repaso por la actividad médica a partir del Bilbao medieval del siglo XV. "Los pocos datos con los que contamos nos invitan a pensar que durante los primeros años de la Villa convivían curanderos locales sin titulación que atendían esguinces y fracturas, médicos aprobados por el protomedicato y cirujanos, que equivalen a los practicantes de hoy en día". Durante el siglo XVI, una gran epidemia de peste sirvió como estímulo para que Bilbao mejorara su control sanitario avanzando notablemente el proceso de regulación del ejercicio médico. "El Ayuntamiento contrataba los servicios de los sanitarios e incluso los 'fichaba' en el extranjero, como a los futbolistas, aunque no llegó a pagarles regularmente hasta el siglo XVII".

Es entonces cuando aparece la figura de los médicos municipales. El primer profesional contratado de forma continua por el Consistorio recibía, curiosamente, el mismo nombre que el autor; Juan Martínez de Gondra. Aquellos años, los médicos vivían principalmente de la medicina asistencial a la clientela burguesa.

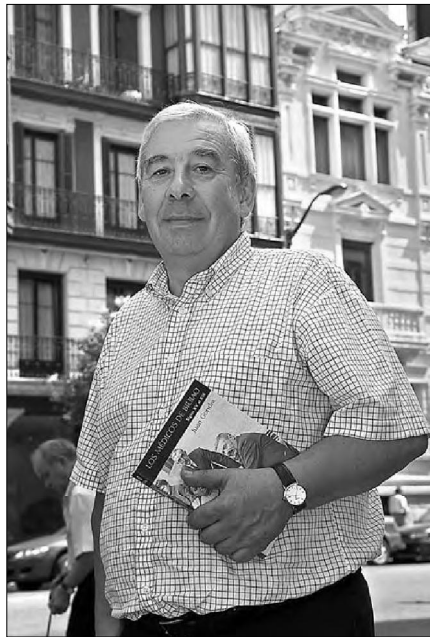
El paso hacia la prevención

La altísima tasa de mortalidad por tuberculosis y una terrible epidemia de cólera en plena Revolución Industrial del siglo XIX supuso el motor de la transformación de Bilbao. "Los 300 muertos que provocó

aquella epidemia supusieron un golpe al orgullo bilbaino. A partir de entonces, todos los esfuerzos de la ciudad fueron dirigidos a conseguir suministros de agua potable, construir alcantarillas, controlar la higiene de los mercados alimentarios, hacer un nuevo matadero en Matiko, etc."

Una segunda parte de la obra de Gondra recoge una interesante colección de biografías que nos acercan a los médicos y cirujanos que ejercieron su profesión en Bilbao y trabajaron por mejorar las condiciones de vida de sus ciudadanos, como José Santiago Ruiz de Luzuriaga, que trató de extender los primeros conocimientos de socorrismo y primeros auxilios entre la población; el francés Jean Darrien,

La figura de los médicos municipales no apareció hasta el siglo XVII



"El Ayuntamiento llegó a 'fichar' médicos extranjeros"

que realizó las primeras autopsias públicas para estudiantes; Adrián Unibaso, que consiguió en un año vacunar contra la viruela a casi todos los ciudadanos de la Villa, o José Feliciano Hermosa Elizondo, creador del Servicio de Salud Escolar que perdura hoy en día. "Impulsó las colonias escolares, los comedores, el servicio de duchas y otros programas como la subvención de gafas graduadas para niños miopes, marginados en la época, y el control sobre las anginas de repetición. Fue un pionero en medicina preventiva municipal".

Los médicos de Bilbao, nos presenta de esta forma un completo recopilatorio de valiosos testimonios procedentes de este difícil periodo repleto de infecciones y epidemias.

Juan Gondra

EL pasado 3 de agosto falleció en Bilbao Jesús Llona Larrauri, doctor en Veterinaria y pionero de la divulgación científica de la nutrición saludable, materia en la que era un gran experto. La prensa local dio cuenta de su fallecimiento en varias necrológicas, entre las que destacan las escritas por Jon Mayora, Mariano Gómez y Ricardo Franco. En ellas se detallaba ampliamente su trayectoria personal y científica, por lo que nos centraremos aquí en su trabajo como Inspector Jefe del Cuerpo de Veterinarios del Ayuntamiento de Bilbao.

Veterinario municipal

El Dr. Llona finalizó sus estudios de Veterinaria en la Facultad de León y tras unas breves experiencias en Francia y Estados Unidos, superó las oposiciones de ingreso como veterinario del Ayuntamiento bilbaíno. A comienzos de la década de 1960 fue destinado al control sanitario de las dos centrales lecheras establecidas en Bilbao en la década anterior: Ona y Beyena. Organizó un pequeño laboratorio para el análisis de las leches y sus derivados y se formó en los tres aspectos que iban a marcar su trayectoria posterior: la inspección sanitaria alimentaria, el laboratorio de salud pública y los distintos aspectos de la nutrición humana. Fue destacable de esta etapa su trabajo sobre la presencia de antibióticos en la leche de vaca.

En 1973 obtuvo por concurso la plaza de Inspector Jefe del Servicio Municipal de Veterinaria, servicio que cumplió cien años bajo su mandato y que desapareció como tal al quedar englobado en una de las áreas municipales. Fue, pues, el último Jefe del Cuerpo Veterinario Municipal, cargo que en aquellos años conllevaba la dirección del Matadero de Zorroza.



Leche Ona, en el alto de Kastrexana



Antiguo Matadero de Zorroza, inaugurado en 1945

Jesús Llona Larrauri

In memoriam

Jesús Llona no faltó nunca a su cita mensual con el *Periódico Bilbao*

“Le recordaremos siempre porque era un tipo excelente, nos enseñó a alimentarnos bien. Bilbao está en deuda con él”

Reforma de la Inspección Veterinaria

Bajo su dirección, la Inspección alimentaria alcanzó pronto un nivel de calidad importante, sobre todo a partir del escándalo del aceite de colza, que propició un interés social ante el que las Administraciones Públicas se vieron obligadas a dar respuesta. Coincidiendo con el primer Ayuntamiento democrático, se incorporaron al Servicio varios jóvenes veterinarios que colaboraron con Llona en la mejora del control sanitario de los alimentos, tanto en Mercabizka y el Mercado de la Ribera, como en las industrias alimentarias y en los establecimientos de hostelería.

Otro de los grandes méritos de Llona fue el de crear la figura del “Ayudante de Veterinario” para que colaborasen en la inspección alimentaria. Consiguió que el Ayuntamiento convocara varias plazas de esta categoría, a las que se incorporaron un grupo de jóvenes que más adelante iban a desarrollar una magnífica labor.

Laboratorio de Salud Pública

A partir de los pequeños laboratorios de las centrales lecheras y del matadero, creó un verdadero labo-

torio de salud pública que acabó englobando al caduco Laboratorio Municipal, cuya decadencia había reducido su actividad al análisis de las aguas de consumo. En un pequeño y destartado local del Matadero trabajando en unas condiciones más que incómodas, se fue desarrollando poco a poco hasta que pudo ser trasladado a Garellano, donde ocupó unos locales dignos de su categoría.

Se vio aquí otra vez la mano maestra de Llona al conseguir que el Ayuntamiento creara seis becas para que los posgraduados pudieran formarse durante dos años en el laboratorio y en otras unidades del Servi-

cio de Veterinaria. La verdad es que debemos citar aquí el apoyo que recibió su propuesta en la Comisión de Gobernación presidida por Santi Brouard. Durante años fueron muchos los licenciados en Veterinaria, Farmacia, Ciencias o Medicina que se formaron por esta vía y desarrollaron después una carrera profesional destacada.

Tiempo de zozobra

En el año 1986 el Ayuntamiento cambió su estructura e hizo desaparecer algunos servicios peculiares regidos por reglamentos propios, entre ellos el de Veterinaria, que quedó englobado como una subárea en el Área de Bienestar Social y Sanidad. Un año más tarde, al estimarse incompatible la dirección del Matadero con la jefatura de una subárea municipal, Llona fue conminado para que eligiera una de ambas. Bueno, más que elegir, se le presionó para que se dedicara al

Matadero.

Así fue como. A pesar de que su corazón estaba con sus compañeros veterinarios, Llona tuvo que lidiar sus últimos años con los graves e insolubles problemas que suponía la dirección del nuevo Matadero de Zorroza, asunto éste del que no hablamos porque su complejidad exigiría un espacio muy superior al disponible aquí.

Últimos años

Pero no hay mal que por bien no venga pues este cambio tuvo unos frutos muy positivos. Por una parte, Llona pudo contemplar con satisfacción cómo la calidad del equipo que él formó hizo que la eficacia de su trabajo no sólo no retrocediera por su ausencia, sino que fue año tras año mejorando. Por otro lado, al disponer de más tiempo libre, pudo prestar mayor dedicación a sus publicaciones sobre nutrición y salud. Venía ya publicando regu-

larmente artículos de divulgación en el diario *El Correo*, a los que se añadieron los que cada mes publicaba desde sus inicios en este periódico municipal hasta nuestros días. ¡Todo un compendio de nutrición!

Jubilado en el año 1996, pudo dedicarse en exclusiva a sus publicaciones y a sus numerosas actividades académicas y gastronómicas, cuya extensión nos obliga a resumirlas en el recuadro anexo.

Ahora, al recordar el pasado, me viene a la memoria un viaje que realizamos juntos a Lérica para asistir a un congreso sobre sanidad municipal, allá por el año 1983, en el que tuve oportunidad de conocer su afición a la música y a la gastronomía, en la que era ya en aquellos años un experto, así como su magnífica voz cuando acompañaba en el coche las canciones que reproducían las cintas magnetofónicas.

Sólo queda lamentar el vacío creado por su ausencia, vacío que será muy difícil de rellenar, enviar un abrazo a su familia, en especial a Garbiñe, su mujer, y decir adiós al maestro, al compañero y al amigo con las mismas palabras con las que él despedía en este periódico a otro funcionario municipal fallecido: “Le recordaremos siempre porque era un tipo excelente, amigo de todos, nos enseñó a alimentarnos bien también en este *Periódico Bilbao*, que era suyo, y tuvo coraje para vivir y marcharse con gran dignidad. El pueblo de Bilbao está en deuda con Jesús”.

Trayectoria del Dr. Llona

RICARDO Franco decía en su nota necrológica sobre Jesús Llona que “...en las paredes del pasillo y del salón no hay cuadros, sino que están literalmente forradas de medallas, diplomas, pergaminos de reconocimiento, títulos honoríficos, etc”. Trataremos aquí de abreviar aún más el resumen de su currículo extra municipal redactado por el profesor Franco: Llona fue presidente del Label Vasco de Calidad Alimentaria (Euskolabel), miembro de la Real Academia de Medicina del País Vasco, de la Academia

Vasca de Gastronomía, de la Fundación de Amigos del Chocolate, Premio Nacional de Gastronomía, Premio Nutrizio Elkarte 2007 Javier Sáenz de Buruaga, Premio Goummands Books, Distinción de Honor de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, Premio Sanitas a la mejor ejecutoria profesional y nombrado junto a su cónyuge Ilustre de la Villa de Bilbao. Fue autor y coautor de 37 libros y promovió la creación de la Fundación Llona-Badiola, ligada a la Escuela de Hostelería de Artxanda.

Juan Gondra

EL pasado 17 de enero de 2009 falleció en Bilbao Fernando Muñoz López, quien fuera el último tocólogo municipal, plaza que ocupó desde el año 1960 hasta su jubilación en 1989. Con ella se había cerrado una actividad iniciada en el siglo XVII, mediante la cual el Ayuntamiento se ocupaba de conseguir una asistencia sanitaria a los partos de las bilbainas.

Evolución de la obstetricia europea

Las enfermedades llamadas "de la mujer" en general, y el parto en particular fueron terreno reservado a las propias médicas o comadronas durante siglos. En palabras de un médico suizo de comienzos del siglo XVII:

"...en todas las edades del mundo, a lo largo y ancho de todos los países, la ayuda de graves y modestas mujeres (llamadas por nosotros comadronas) ha sido siempre útil para alivio y socorro de todas las hijas de Eva, a quienes Dios ha designado para traer niños al mundo".

Pero a comienzos del siglo XVIII, muchos médicos y cirujanos comenzaron a interesarse en el parto y en su asistencia, introduciendo nuevas técnicas, entre las que cabe destacar una mejor utilización del fórceps. En un principio su labor quedaba restringida a las mujeres de la realeza y la aristocracia, pero no tardó en llegar a las clases populares. En España tuvo un amplio eco la llegada del cirujano francés Clement para atender a la Reina María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, en el nacimiento de su hijo.

A partir de entonces la palabra comadrón se extiende al género masculino, pero las matronas no desaparecieron de Europa; y a lo largo de los siglos XIX y XX, encontraremos una doble atención al parto: mujeres más o menos formadas prestan asistencia a los partos normales en las mujeres de todas las clases, aunque deben so-



Clinica maternal de la Caja de Ahorros, conocida como la "Gota de Leche"



Palacio de Bidarte, donde estuvo instalada la clínica maternal del "18 de Julio"

fueran atendidos por médicos; pero, atendiendo a que su número era muy escaso y no pasaban de 25 los que atendían a todo el territorio de Bizkaia, consideraba necesario que se estableciera un sistema de formación de todas las parteras, para que conociesen cómo debía de atenderse al parto normal, cómo reconocer los complicados y cuáles de las prácticas habituales en el parto eran peligrosas y causaban daño a la madre o al niño. También sostenía que debía de hacerse un esfuerzo para mejorar los conocimientos de los practicantes comachones en materia de partos complicados.

El siglo XX

Durante el siglo XIX no se introdujeron novedades en este cuadro descrito, en el que la asistencia municipal se limitaba a los partos complicados de las mujeres pobres, debiendo buscar por su cuenta quien les atendiera en sus partos fisiológicos. Pero el incremento de población que vivió Bilbao a finales de este siglo y las malas condiciones de vida de la población proletaria, lo desbordaron por completo. A finales del siglo XIX y comienzos del siguiente, la mortalidad perinatal era muy elevada y la sociedad bilbaina clamaba en pro de reformas que disminuyesen el riesgo de las parturientas.

Surgió así, primero la Casa de Maternidad auspiciada por la Diputación Foral, donde ya en sus primeros años de actividad, entre 1897 y 1906, se consiguieron cifras de mortalidad perinatal en torno al 6%; además de una drástica disminución de la mortalidad entre las parturientas.

Pero los partos a domicilio continuaban en manos de las comadronas y, cuando había complicaciones, éstas llamaban a los médicos municipales de la beneficencia. En el año 1914 el Ayuntamiento creó una plaza de tocólogo municipal para mejorar aquella situación y nombró para cubrirla a José María Beltrán de la Cueva, quien continuó desempeñando esta labor hasta que fue cesado de su cargo en el año 1937, como consecuencia del expediente de depuración de los médicos municipales instruido por el primer ayuntamiento franquista. El 25 de abril de 1928 fueron nombradas matronas municipales Juliana Madrazo Arrien y Patricia Laiseca Larramendi. Con lo cual quedaba completado un Servicio Municipal de Tocología, al que pronto hubo necesidad de añadir un segundo y un tercer tocólogos, porque los nacimientos en Bilbao iban aumentando. Pero a partir de los años cuarenta surgen las clínicas del "18 de Julio" y de la Caja de Ahorros, el número de partos asistido fue descendiendo y más aún cuando fue construida la residencia de Cruces, llegando a ser nulo en los años setenta; momento en el cual, el último tocólogo y las dos comadronas que quedaban en activo, fueron destinados a otras labores. Desapareció con ello un servicio que apenas rebasó el medio siglo de existencia.

En los siglos XIX y XX surgen las casas de maternidad, donde van a dar a luz las mujeres de las clases más desfavorecidas

licitar ayuda a los médico o cirujanos en los casos complicados. Compiten con ellas los cirujanos romancistas que ejercen como comadrones. Entre las mujeres de clase alta la asistencia suele ser siempre supervisada por el médico o cirujano latino.

Aparecen en estos siglos también las casas de maternidad, donde acuden a dar a luz las mujeres de las clases más desfavorecidas, atendidas por matronas, pero bajo la vigilancia de un médico o cirujano. Sin embargo son todavía mayoría las mujeres que dan a luz en su propio domicilio atendidas por comadronas. En el siglo XX esta proporción se invierte y pasa a ser habitual el parto en clínica u hospital.

Primeras comadronas en Bilbao

Sabemos que en la Villa recién fundada, allá por los siglos XIV y XV, las parteras estaban exentas

de algunos tributos. Así, en la *fo-gueración* del año 1514 consta que, en Bilbao, estaban excluidas del impuesto las *fogueras de clérigos, carceleros, e pregonero e partera e otras personas privadas*.

Años después, el 26 de febrero de 1691, encontramos que la corporación contrata a una mujer para que ejerza de partera durante cuatro años. La escritura es firmada por Gracia Ramírez. En 1723, la que firma un contrato de obligación es Juana María Romero, matrona, acompañada por Francisco de Lorena, su marido, respondiendo ambos con sus bienes del cumplimiento por parte de ella. Se le asigna un salario de 50 ducados anuales pagaderos por tercios, cada cuatro meses y su duración es de dos años. Tiene por obligación "acudir con diligencia cuando fuera llamada para atender partos sin cobrar otra cosa que el "voluntario estipendio que se acostumbra a dar". El contrato estipula que Jua-



El doctor Fernando Muñoz López

na no puede abandonar la Villa sin permiso del alcalde o de los señores del Ayuntamiento. Pero esta figura de la comadróna contratada no fue constante y la corporación decidió suprimirla cuando la asistencia a los partos complicados quedó encomendada al cirujano latino.

Cambios en la asistencia al parto durante el siglo XVIII

La corporación bilbaina tomó en el año 1730 una decisión acorde con la costumbre de encargar la asistencia al parto a los médicos o cirujanos, que se estaba extendien-

do por Europa: habiendo fallecido uno de los cuatro médicos asalariados por la Villa y considerando que los tres restantes, jóvenes y sanos, eran capaces de atender las necesidades del vecindario, decidió contratar un "cirujano latino y comachón" cuya pericia sirviera no sólo para la asistencia a los partos complicados, sino como medio de enseñanza para la juventud de la Villa deseosa de instruirse en esa profesión. El elegido, Jean d'Argain, que fue traído desde París, permaneció ejerciendo en la Villa durante 45 años y fue el encargado de traer a Bilbao los avances que la obstetricia estaba realizando en la capital francesa.

Sin embargo la calidad del trabajo realizado por las comadronas no debió de avanzar demasiado, pues en el año 1775, Josef Santiago de Luzuriaga, uno de los médicos titulares de Bilbao, presentó en las Juntas de la RSBAP una propuesta de formación muy interesante, que venía motivada por la constatación realizada por él mismo del alto número de complicaciones de los partos atendidos por las comadronas. No debió de obtener los resultados esperados, pues volvió a plantear el mismo tema en las del año 1778. Sus propuestas comenzaban por exponer la conveniencia de que todos los partos

Diccionario de médicos bilbainos

N. B.

CON el título *Los médicos de Bilbao. Siglos XV al XIX* el Museo de Historia de la Medicina y de la Ciencia "José Luis Goti" (Medikuntza eta Zientzia Historiaren Euskal Museoa) acaba de editar un diccionario biográfico de todos los médicos que ejercieron en Bilbao hasta el año 1900. Escrita por Juan Gondra, colaborador habitual de este periódico, fue presentada en la última Feria de Durango.

Juan Gondra, veterano médico municipal, es un estudioso de los orígenes de los distintos servicios sanitarios municipales. Sus resultados han ido apareciendo en forma de artículos mensuales en este periódico a lo largo de los últimos siete años. Con anterioridad había sido coautor de varios libros publicados por el Ayuntamiento bilbaino, pero se trataba de obras referentes a la Salud Pública, muy alejadas de esta otra nueva publicación.



El libro comienza con una descripción de la forma de trabajar de los médicos bilbainos desde la Edad Media hasta el siglo XIX, pasa después a presentar unas breves reseñas biográficas de los más destacados y algunos episodios anecdóticos que sirven para conocer mejor a nuestros antiguos galenos. Finaliza con tres apéndices en los que figuran por orden cronológico y alfabético todos los médicos con ejercicio en Bilbao en aquellos años, así como las condiciones de trabajo que regulaban su quehacer: contratos, ordenanzas y reglamentos varios promulgados por el consistorio bilbaino. Alguno de los capítulos del libro ya había sido publicado en estas páginas, al igual que alguna de las imágenes que les acompañan.

El prólogo y la presentación han sido escritos por el Iñaki Azkuna, también médico, y Anton Erkoreka director del Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia.

Juan Gondra

SI no es una exageración el decir que la pequeña historia de nuestro Bilbao se asienta sobre quienes fueron construyendo el día a día de la Villa, una serie de ciudadanos sin nombre, más que sobre personajes ilustres, menos aún lo sería en el caso de los médicos que atendieron a su población en el pasado; conjunto de profesionales poco conocidos de los que apenas tenemos noticia.

La verdad es que sería difícil para un bilbaino de hoy citar el nombre de un solo médico anterior a la brillante generación que encabezada por el doctor Areilza dio lustre a nuestra medicina hace cien años. Es fácil que nos suenen otros que, al igual que Areilza, también ejercieron en el primer tercio del siglo XX, como Nicolás Achucarro, Carmelo Gil, Vicente San Sebastián, Francisco Ledo, Francisco Entrecanales, etc., cuya memoria viene también representada en algunos nombres de calles y plazas; pero no encontraremos ni uno solo dedicado a los galenos que durante 600 años atrás atendieron a tantas generaciones de vecinos.

Después de años de búsqueda de su rastro en los archivos, creo que se puede diseñar el boceto que sigue como representante del tipo más frecuente de galeno con ejercicio en Bilbao durante los siglos pasados.

El médico "tipo" de Bilbao

Era un varón natural de las provincias limítrofes o de los vecinos

Los médicos de la Villa tenían como costumbre la de festejar el día de San Cosme y San Damián

reinos de Castilla y Navarra. Había realizado sus estudios en las universidades de Valladolid, Madrid o Zaragoza y, después de superar el examen de aptitud realizado por el Tribunal del Protomedicato, se había establecido como médico en alguna localidad de Bizkaia, Gipuzkoa, o, en ocasiones, en Vitoria u otras ciudades más alejadas. Cuanto más atrás en el tiempo nos desplazamos tantas más probabilidades tendremos de encontrarnos con un origen judeoconverso y un aprendizaje no universitario, realizado como aprendiz al lado de un maestro.

Ya casado, con una experiencia de varios años de ejercicio profesional y un cierto prestigio, acudía a establecerse en Bilbao contratado por nuestro Ayuntamiento para un periodo de cuatro o cinco años. Aunque el sueldo a recibir era poco atractivo y, probablemente, inferior al que percibía en la localidad en que venía trabajando hasta entonces, llegaba con la esperanza de hacerse con una clientela privada que compensara lo magro del salario y la carestía de la vida en la Villa.

Lo estipulado en su contrato le obligaba a no abandonar la Villa sin permiso del alcalde, a estable-

cer un horario de consulta y atender al vecindario cobrando unos honorarios prefijados por el Ayuntamiento. Debía de atender a los pacientes ingresados en el Hospital de Achuri sin cobrar salario añadido por ello, turnándose con los otros dos médicos titulares de tal forma que cada trimestre turnaba uno de ellos para realizar aquella asistencia, también debía de atender gratuitamente a los pobres y a los ingresados en la Misericordia o en la cárcel.

Renovaba su contrato con el municipio por nueve años más y luego por otros nueve y otros nueve, hasta que la mala salud o la muerte le impedía seguir ejerciendo en la Villa. Sólo en muy raras ocasiones abandonaba Bilbao, bien por su propio interés en trasladarse a otra localidad o bien expulsado por el municipio o el vecindario. Hasta bien entrado el siglo XIX no podía esperar pensión de jubilación alguna de las arcas municipales.

Otros rasgos de nuestros galenos

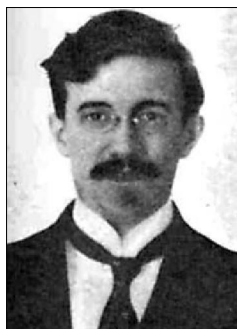
Era bastante individualista y poco dado a realizar actividades conjuntas con sus colegas. Acudía a los actos de culto de la cofradía

Los Médicos de Bilbao

Desde el siglo XV hasta 1900



Grupo de médicos bilbainos en el Hospital de Basurto hacia 1926



Nicolás de Achucarro



José Gil y Fresno



José Hermosa Elizondo

de San Cosme y San Damián, de la que formaba parte junto a los cirujanos y boticarios; también cuidaba del ornato del altar dedicado a ellos en la bilbaina iglesia de San Antón, en la cual aún podemos contemplar las estatuas de estos dos santos. Según refiere el doctor Villanueva, gran conocedor de la historia de la medicina bilbaina, los médicos de la Villa conservaron hasta hace muy pocos años la costumbre de festejar con una misa el día de San Cosme y San Damián.

Con el paso de los años solía ir incrementando su clientela privada y entonces le molestaban las otras obligaciones. Por ello trataba de buscar la manera de poder dedicarse en exclusiva a ella y librarse de la carga que suponía para él la asistencia hospitalaria; co-

sa que en pocas ocasiones llegaba a conseguir.

Antes que a seguir la profesión médica, sus hijos preferían dedicarse al comercio, a la carrera de las armas o a buscar la fortuna en las "Indias", por lo que no encontraremos a médicos bilbainos hijos de médicos de Bilbao, hasta que en el siglo XIX nos aparezcan varias excepciones notables que dieron lugar a sagas de médicos, alguna de las cuales aún perdura.

La actitud del vecindario y del Regimiento

Los habitantes de la Villa querían tener asegurada una pronta respuesta a sus demandas de asistencia médica, que los médicos fueran competentes, y que sus tarifas no fueran exageradas. Por ello, solían presionar para que, además de los médicos contratados por el Ayuntamiento, hubiera otros, a los que se solía llamar "médicos sueltos" que les diesen la garantía de unas tarifas comedidas.

El regimiento, por su parte, trataba de garantizar la presencia de médicos competentes y de alejar a los que consideraba malos profesionales. Sin embargo, no faltaron ocasiones en que se guió más por criterios poco claros. En general era muy reacio a incluir en los contratos con sus médicos la cláusula de exclusividad que les permitía ejercer en la Villa de forma que ningún médico no contratado, médico "suelto", pudiera establecerse en ella y hacerles la competencia.

El siglo XIX

Pero este cuadro cambió mucho en el siglo XIX y mucho más en el XX; cuando se multiplicó el número de médicos y aparecieron figuras destacadas de la Medicina. Desapareció el viejo profesional que sabía de todo y aparecieron jóvenes especialistas, quienes pronto dieron paso a otros más especializados todavía hasta llegar a la situación actual en que la ciudad no cuenta ya con cientos, sino con un par de miles de médicos de características muy diferentes y mucho más difíciles de interpretar con un solo arquetipo, tal como hemos hecho para los médicos del Bilbao de la antigüedad.

Los Médicos del Bilbao Medieval

Juan Gondra, periódico Bilbao, número 159, abril de 2002, pág. 34

Es muy poco lo que sabemos acerca de los médicos que atendieron a la población bilbaína de los siglos XIV y XV; y los escasos documentos escritos nos van a dar solamente una información fragmentaria que deberemos completar mediante comparaciones con ciudades vecinas o con suposiciones.

Hipótesis

Uno piensa que ya desde su fundación sería Bilbao el centro de trabajo de algún físico o médico, ya que se trataba de una plaza comercial importante, con flujo continuo de viajeros o marinos y con una población que pronto llegaría a ser la mayor de entre las villas de Vizcaya.

Podemos suponer que, al igual que en algunas ciudades castellanas y en la vecina Vitoria, que firmó en 1428 un contrato con el cirujano judío David, este médico bilbaíno fuera algún judío o converso; se puede considerar menos probable, aunque no imposible, que algún médico mudéjar llegara a Bilbao procedente de cualquiera de las ciudades que contaba con “morería” en los reinos de Navarra, Aragón o Castilla. No olvidemos que Vizcaya tenía por uso y costumbre que no pudieran avecindarse moros o judíos, salvo de pasada o *Físicos o Médicos a voluntad e consentimiento de los pueblos*. De hecho, parece evidente el origen judío de muchos de los médicos y cirujanos que veremos a continuación, en especial aquellos que aparecen con la mención de nombre, sin apellido, los maese Juan, Antonio, etc., o los que llevan como apellido el nombre de una ciudad como Córdoba o Cartagena. Hay que tener en cuenta que las autoridades municipales trataban en aquellos años de ocultar en lo posible el origen judeoconverso de sus vecinos y eludían hacer constar apellidos que lo revelaren.

También contaría la Villa con cirujanos y maestros sangradores, quienes, junto a los boticarios y algún que otro curandero o curandera, los barberos y las parteras, completaría el cuadro de profesionales al servicio de la salud de nuestros antecesores.

No podemos descartar, aunque resulte poco probable, que ejerciera en la Villa alguna mujer, tal como lo hizo en otras tierras una vizcaína, María Ortiz de Guecho, quien ejerció su profesión en Mallorca y en Murcia; ciudad, esta última, que le concedió licencia para que *cure de fistolas, e lamparones e tiña en esta ciudad* en el año 1480.

Peritajes

El contenido de los primeros escritos conservados en el Archivo Municipal no nos aporta datos sobre la práctica médica. Se limita a reflejar alguna peritación realizada con motivo de muerte violenta o heridas y a recoger entre los censos de población la presencia de profesionales sanitarios.

El 3 de julio de 1432 el alcalde Juan Saes de Medina llama a Juan Rodríguez, *Sergano* (cirujano) vecino de la Villa, para que informe sobre el pronóstico de la herida infringida por *Sancho de Gorieso*, morador en Uribarri, a Fernando de Laber, vecino de Bilbao, a quien golpeó en la cabeza con una *azcona*. Realizado el oportuno examen pudo el buen cirujano emitir su pronóstico: *E luego, el dicho Juan Rodriguez dixo que segund lo que alcançava e entendia en el ofiçio de la medeçina e çurijia quel dicho Ferrnando non avia peligro alguno por rason de la dicha ferida ...*

El 9 de agosto de 1446 el alcalde de la Villa llama a dos *çuriganos* (cirujanos) vecinos de Bilbao como peritos forenses para dictaminar si la muerte de *Furtunno de Bedia* era debida a una herida recibida en la cabeza veinte días atrás o se debía a otra causa. Los dos peritos llamados son el *Maestre Pedro de Villalobos* y el *Maestre Alfon de Çaragoça*, *moradores al presente en la Villa de Viluao*.

Relaciones de vecinos

En el repartimiento del año 1464 y en los de años posteriores, hasta la fogueración realizada el año 1492, vamos a encontrar más información acerca de los primeros galenos bilbaínos; lo que nos permite saber, por una parte, que el puesto de médico no se encuentra en la lista de empleos municipales retribuidos que figura en las cuentas del primer “presupuesto” bilbaíno del que tenemos noticia, el correspondiente al año 1464. Parece consecuente deducir de ello que la Villa no tenía todavía médicos contratados a su servicio.

Por otra parte, se nos informa que eran vecinos de la Villa el *fisygo* Sant Juan d'Egurpyde (1464), con domicilio en la *Cal Santiago*, hoy Tendería; también lo era en ese mismo año la viuda del Maestre Juan, *fisyco* junto con las de otros dos maestros Juanes, *Curijano* el uno y boticario el otro.

En la fogueración del año 1492 encontramos a un *Maestre Antonio*, *fisyco* residente en la *Cal Palacio*, actual Artecalle; a quien no se menciona en la del año 1511,

fogueración-vecindario esta última por la que sabemos que el médico Pablo de Cartajena vivía en la calle de la Tendería y el Dr. Sangroniz en Artecalle.

Merece ser destacado que, en contraste con la escasez de médicos, el número de barberos que aparecen en estas relaciones es muy elevado; así, en el repartimiento de 1464 aparecen 10 barberos para una población total de la Villa que rondaría los 5.000 habitantes. Es muy probable que, además del arreglo de barbas y cabelleras, recayera sobre estos profesionales un peso importante de la asistencia sanitaria al vecindario; más aún si se tiene en cuenta el elevado monto de los honorarios que acostumbraban a cobrar los médicos en aquellos años, fuera del alcance de una parte importante de la población.

Otros documentos

Entre los miembros de la comisión de cuatro personas que el año 1446, el día 7 del mes de octubre, realiza el padrón de las sepulturas de la iglesia de San Antón, figura Juan Peres de Cordoua, Cirujano.

El día 5 de enero del año 1462 se forma un concejo abierto para aprobar las ordenanzas de Bilbao. Entre los firmantes del acuerdo aparecen Juan Martínez de Enderica, albeytar; Martín Ibannes de Nobia, cirujano y Juan de Otannes, boticario.

Normativa reguladora local

Aunque es posible que ya desde el siglo XIV existiera una regulación municipal de la actividad médica en la Villa, carecemos de noticias escritas hasta finales del siglo XV o comienzos del XVI en que aparecen las dos primeras referencias al respecto: un examen de las boticas bilbaínas en 1463 y otro realizado a los médicos en 1509. Pocos años después nos encontramos la ordenanza de 13 de julio de 1515 que va a regular con detalle las obligaciones y derechos de los médicos de la Villa; con ella entramos en la Edad Moderna, en la que la documentación escrita acerca de la asistencia médica en Bilbao es algo más abundante y en la que se alcanza la profesionalización del quehacer curador.

Y aquí finaliza lo poco que sabemos acerca de nuestros primeros antecesores médicos de Bilbao. La verdad es que todo ello lo hubiéramos podido resumir en unas pocas líneas que dijeran simplemente que en los siglos XIV y XV hubo médicos y cirujanos al servicio de la salud de la población bilbaína y que conocemos el nombre de alguno de ellos.

Enfermedades

Si poco es lo que sabemos acerca de las profesiones sanitarias, menor aún es nuestro conocimiento de las enfermedades endémicas o epidémicas que sin duda afectarían a la población bilbaína medieval. La terrible **peste** que asoló Europa a partir del año 1348 no parece que alcanzó a nuestra Villa, o por lo menos, no tenemos noticia de ello. Parece que las primeras epidemias de peste que afectaron a Bilbao fueron las de los años 1507 y 1530.

La **lepra** era una enfermedad relativamente común en los siglos XIV y XV, lo que dio lugar a que numerosos hospitales de nuestra geografía, entre ellos dos de los hospitales bilbaínos, fueran en principio leproserías colocadas bajo la advocación de San Lázaro o de la Magdalena. Las ordenanzas obligaban al asilamiento de las personas con lepra, los “gafos”.

El ***Ignis Sacer*** o ergotismo, conocido también como fuego de San Antonio o mal de San Marcelo, enfermedad causada por la ingestión de pan de centeno contaminado con derivados de ergotamina, producidos por un parásito que afecta a varias gramíneas y en especial al centeno, era otra plaga que causaba estragos en aquellos años y que dio también origen a hospitales específicos para este mal, los hospitales de San Antonio, donde la alimentación a base de pan de trigo realizaba el milagro de la curación o atenuación de los síntomas.



En Santurtzi, contemplando la Ría

Juan Gondra

JUAN Tomás Negueruela Ugarte vino a este mundo en el año 1938 y aunque parece que fue ayer cuando falleció, en pocos días se cumplirán quince años desde que una embolia pulmonar nos privó de su compañía y de su magisterio. Poco conocido entre el gran público, dejó sin embargo una huella profunda entre quienes trataron con él en la Facultad de Medicina o en el Hospital de Basurto. En estos tiempos en los que la Ingeniería ha dotado a la Medicina de nuevos y formidables medios de diagnóstico y de tratamiento, parece razonable traer al conocimiento público algunos retazos de su biografía.

Su formación como ingeniero y médico

La infancia de Negueruela se desarrolló en unos Getxo y Leioa todavía ricos en vida rural; hijo del alcalde de Leioa, residió en esta localidad hasta que toda la familia se trasladó a vivir a Bilbao. Estudió el bachiller en el getxotarra colegio de San Agustín, único centro de enseñanza secundaria local en aquellos años, que contaba con un buen profesorado (sus allegados recuerdan a los profesores Ezcuredia, Sádaba y Gómez Tejedor). Tras superar el Examen de Estado en la Universidad de Valladolid, influenciado por su afición a las matemáticas y la facilidad que tenía para ellas, se planteó iniciar estudios de Ingeniero de Caminos, pero la comodidad de no tener que desplazarse fuera de Bilbao le llevó a matricularse en la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao, en la que estudió entre los años 1958 y 1961 con excelente aprovechamiento.

Pero no se encontraba totalmente satisfecho. Su afición a la geometría le llevó a interesarse por la anatomía humana y sus autores clásicos, en los que el dibujo, la geometría y la mecánica habían sido cla-

ves para entender el cuerpo humano. Cursando su segundo curso de Ingeniería comenzó a estudiar textos de Anatomía y al acabar el tercero decidió trasladar su matrícula a Madrid para poder allí cursar la carrera de Medicina al tiempo que finalizaba la de ingeniero. Y la verdad es que se licenció en Medicina siendo ya ingeniero industrial y trabajando en la General Eléctrica como tal. En la Facultad de Medicina de Madrid tuvo muy buena relación con los profesores Clavero Núñez y Botella Llusá, con quienes hizo la tesis doctoral en el año 1974, y con el profesor Gómez Oliveros. Finalizada la carrera, se formó como especialista en la cátedra del famoso oncólogo Severino Pérez Moredro, superó las oposiciones para médico adjunto de la Ciudad Sani-

Una característica suya supera a todas las demás: Negueruela era, sobre todo, un hombre bueno

taria Francisco Franco (hoy Hospital Gregorio Marañón) y permaneció allí durante tres años; luego consiguió la jefatura del Servicio de Oncología, Radioterapia y Medicina Nuclear, cerrando así un largo ciclo de aprendizaje.

Según él mismo refería, eligió la Radiología como especialidad porque en ella concurrían sus dos formaciones académicas, la de ingeniero y la de médico, aunque también tuviera algo que ver con esta elección la amistad de su familia con los médicos Pedro Bilbao Encera y Jacinto Valero, gran internista el primero y jefe del Servicio de Radiología de Basurto el segundo, quienes se la aconsejaron.

Catedrático en Bilbao

Negueruela tenía una fuerte vocación docente; el que fuera un alum-

Juan Tomás Negueruela, un profesor bilbaino de Terapéutica Física

Donde se juntan el arte de curar y la tecnología industrial



En el Hospital de Basurto hacia 1980



Negueruela leyendo su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina

no al que le encantaba escuchar buenas clases, disfrutaba también de la docencia; pero no era un profesor teórico alejado de la práctica médica y gustaba también del contacto directo con el paciente, motivo por el que decidió establecer una consulta privada. Tal como él decía "... ejerzo la Medicina privada porque tengo la teoría de que un catedrático de Universidad tiene que demostrar en la práctica privada su valía ..."

Y no le resultó muy directo el camino para llegar a ser profesor en Bilbao. En aquellos años había cambiado el modelo clásico de acceso a las cátedras y las oposiciones se convocaban para la categoría de "Profesor agregado"; luego, en una segunda etapa, estos profesores agregados podían presentarse a otro concurso-oposición para acceder a la categoría de catedrático. En el año

1974 fue convocada la oposición para cubrir en la Facultad de Medicina de Bilbao la plaza de Profesor agregado de Terapéutica Física (con Radiología); Negueruela la preparó a conciencia y tras superarla, pasó a integrarse en el cuadro de profesores de la joven Facultad, a lo que se añadía la jefatura del Servicio de Radiología del Hospital de Basurto. Para acceder a la categoría de catedrático solo tuvo posibilidad de presentarse a la convocada por la Universidad de Sevilla para la Facultad de Cádiz porque la cátedra de Bilbao tardaba en ser dotada. Tuvo, pues, que incorporarse a aquella cátedra y permanecer una año en ella hasta que pudo conseguir el traslado al Colegio Universitario de Alava, primero, y el regreso a Bilbao, ya como catedrático, después.

Dejó una fuerte impronta entre quienes trabajaron con él, quienes todavía recuerdan su ironía y sus célebres frases, como esta referente a la cirugía, la radioterapia y la quimioterapia, que recuerda Antonio Villanueva: "Qué pensarán de nosotros en el futuro puesto que a las pobres víctimas de un cáncer primero las acuchillamos, luego las achicharramos y, por último, las envenenamos".

Siempre se sintió orgulloso de sus dos doctorados y en los actos académicos destacaba su bonete con dos colores: amarillo de Medicina y marrón de Ingeniería. Dejemos que sean sus propias palabras las que definan como las compaginaba:

"El sustrato, la matriz, el fundamento es de ingeniero. Pero de ingeniero clásico, de la Geometría, el Cálculo aplicado y la Mecánica clásica. La ingeniería para mí ha sido como saber solfeo para tocar el piano. El producto final, la Música, es la Medicina".

No fue un hombre de muchos amigos; pero sí de buenos amigos; uno de ellos, Iñaki Azkuna, a la sazón Consejero de Sanidad, lo expresaba así en una sentida necrológica publicada en la prensa local poco después de su muerte:

"... brillante y rápido en sus contestaciones, se emparejó con la ironía para cualquier conversación. Sus agudas observaciones y su continua reflexión sobre la vida no le impedían sin embargo restar trascendencia a muchas cuestiones. Desacralizaba. No se comprometía más que por la amistad, la cual cultivó constantemente. Era amigo de sus amigos ..."

Y ahora, pasado ya un tiempo desde que nos abandonó, después de haber hablado con familiares, amigos y colaboradores suyos, así como con varios compañeros de otros servicios hospitalarios y otros departamentos de la Facultad de Medicina, se ve claro que una característica suya supera a todas las demás: Negueruela era, sobre todo, un hombre bueno.

Los Oftalmólogos municipales

Juan Gondra, periódico *Bilbao*, número 160, mayo de 2002, pág. 34

Durante las últimas décadas del siglo XIX se inició en Europa y América un importante desarrollo de nuevas especialidades médicas, al mismo tiempo que otras ya antiguas adquirieron una mayor categoría científica.

Bilbao no fue pionera en este campo y tardó algunos años en incorporar las nuevas especialidades a su cuadro oficial de médicos, siendo los oftalmólogos los primeros especialistas que se incorporaron al Cuerpo Médico Municipal.

Consulta gratuita de enfermedades de los ojos

El 26 de enero de 1883 el alcalde bilbaíno trasladó al pleno municipal una propuesta del médico bilbaíno Aniceto de Achucarro y Mocochoa para hacerse cargo, sin contrapartida económica alguna, de una consulta gratuita para enfermos pobres; propuesta que el alcalde avaló y que, una vez aprobada, dio lugar a la apertura del consultorio municipal gratuito de enfermedades de los ojos ubicado en la planta baja del edificio que había dejado libre hacía poco la Casa de Misericordia al trasladarse a su nueva sede de San Mamés. Este edificio había sido antiguo colegio de los jesuitas y es en la actualidad sede del Museo Arqueológico y Etnográfico Vasco.

Al iniciar su andadura esta consulta tenía lugar los lunes, miércoles y viernes desde las dos y media hasta las cuatro de la tarde. Tenía como destinatarios los pobres de la Villa, con especial atención a los niños.

Este hecho, que hoy puede parecer poco trascendente, tenía en aquellos años una gran importancia por la elevada incidencia que tenían las enfermedades infecciosas de los ojos, sobre todo entre la población infantil. Muchas de las cegueras adquiridas tenían en ellas su origen y eran perfectamente evitables si se aplicaban los conocimientos médicos de la época. Poco después, otro oftalmólogo bilbaíno, Mariano Epalza, estableció también a una consulta gratuita, en su propio consultorio y sin patrocinio municipal, un día por semana.

Traslado de sede y dimisión de Achucarro

Entre los años 1883 y 1894 Aniceto de Achucarro continuó a cargo esta consulta; primero en su sede inicial y más tarde, a partir de 1893, en el nuevo hospital de Solokoetxe.

Este cargo no implicaba su pertenencia al escalafón del Cuerpo Médico Municipal ni tampoco la percepción de honorarios. Incluso parece que tuvo que prestar sus propios instrumentos de exploración hasta que el Hospital tuvo fondos para dotar este consultorio. La única inversión registrada en la creación de esta consulta la constituyen las 505,72 Ptas. que costaron las obras de acondicionamiento de la sala de consulta y su mobiliario, amén de un pequeño sobresueldo al portero de una escuela vecina que se prestó para atender a la recepción de este consultorio.

Cuando Aniceto decidió retirarse en 1894, el Hospital encargó la dirección de la consulta a José María Diego y Somonte, quien permaneció a cargo de ella hasta que, en el año 1899, cedió este puesto a Juan Cesáreo Castiella.

Separación de los médicos del Hospital

Para entonces había tenido lugar una segregación de los médicos del Hospital, quienes a partir del año 1897 dejaron de pertenecer al Cuerpo Médico Municipal y pasaron a depender exclusivamente de la Junta del Santo Hospital Civil.

El Consultorio Oftalmológico estuvo incluido entre los servicios segregados y tuvo una feliz continuidad en el servicio de Oftalmología del flamante hospital que la Villa iba a construir en Basurto; pero, como contrapartida, privó al Cuerpo Médico de esta especialidad, que tanto la necesitaba en su proyección a la salud escolar.

Salud Escolar pide un Oftalmólogo

La Inspección Médica Escolar de Bilbao, sobre todo a raíz de su refundación en el año 1919, solicitó reiteradas veces la creación de una plaza de oftalmólogo para dirigir la lucha contra las enfermedades de los ojos en la población escolar.

Incluso tuvo ocasión de realizar una breve experiencia cuando José M^a Olabarrieta, uno de los médicos supernumerarios que realizó una sustitución temporal a al médico escolar de la 1^a zona, aprovechó su condición de oftalmólogo para realizar un estudio piloto en el año 1922.

El segundo Achucarro

Por fin, en el año 1931, se consiguió dotar a la Inspección Médica Escolar de un cuadro de médicos especialistas entre los que se encontraba un oftalmólogo. Y el médico que ganó la oposición y obtuvo la plaza no fue otro que Severino de Achucarro, hijo de Aniceto y padre de otros dos bilbaínos afamados: el célebre pianista por un lado y Juan, a quien durante años hemos tenido el placer de conocer como concejal de este

Ayuntamiento. Su hermano Nicolás, el célebre “Dr. Achucarro” y su tío Severino, arquitecto del ensanche, completan el cupo de personas ilustres que esta familia ha aportado a la historia de Bilbao.

Seis años de Oftalmología escolar

Y aunque no llegaron a siete los años que permaneció Severino de Achucarro como oftalmólogo municipal, hasta que en el año 1938 fue expulsado del Cuerpo Médico por razones políticas, pudo sentar las bases de una asistencia muy eficaz.

La cifra de escolares atendidos en su consultorio nos sirve de referencia para valorar su labor: 219 escolares en el año 1931, para pasar a 570, 720, 732, 546, y 531 en los años sucesivos. De ellos, entre la mitad y los dos tercios sufrían defectos de refracción: hipermetropía, miopía y astigmatismo; el resto estaba repartido entre enfermedades infecciosas como conjuntivitis agudas y subagudas, blefaritis, queratitis, etc.. También eran motivo de asistencia algunos traumatismos oculares.

Estos números nos traen el recuerdo de una época no muy lejana en que muchos niños eran considerados como retrasados sólo por su miopía y, lo que es más grave, otros quedaban ciegos por causa de infecciones sin tratamiento. Tiempos que, gracias a Dios, ya hemos olvidado.

Los años de la Posguerra

La ausencia del depurado Achucarro fue cubierta por otro magnífico especialista, Angel Corcostegui Moliner, que se incorporó en 1942. Hasta entonces venía desempeñando esta función el oftalmólogo interino Manuel Nava Lasa.

Corcostegui era natural de Burgos, donde nació el 13 de noviembre de 1912; licenciado en Medicina por la Universidad de Salamanca, con calificación de sobresaliente, logró en 1935 el premio extraordinario de Licenciatura. Obtuvo la plaza de Oftalmólogo Municipal de Bilbao el 1 de agosto de 1942, por oposición, y continuó en ella hasta su fallecimiento el 25 de octubre de 1968. En 1950 obtuvo la beca del Dr. Castroviejo para ampliar estudios de Oftalmología en Nueva York.

Su celo y competencia llevaron a buen término las dos líneas de trabajo que había emprendido su predecesor Achucarro, logrando triunfar sobre las infecciones oculares y que todos los escolares con defectos de la agudeza visual fueran detectados, examinados y dotados de las gafas correctoras que precisaban.

En el año 1953 se incorporó un segundo oftalmólogo, Vicente Candina Aguirremota, que fue el último oftalmólogo municipal, pues esta plaza fue amortizada después de su jubilación en el año 1980. Para entonces, la Seguridad Social había llevado su asistencia a casi toda la población y fueron sus especialistas en Oftalmología quienes hicieron innecesaria esta plaza en el Cuerpo Médico Municipal.

Así se cerraba un ciclo al que le faltó muy poco para cumplir los cien años.



Angel Corcostegui (fotografía cedida por Gonzalo Corcostegui)



Juan Cesáreo Castiella (fotografía cedida por Juan Carlos Castiella)



Aniceto Achucarro junto a su mujer e hijos (el más joven es Severino).

Los inicios de la cirugía cardíaca en Bilbao

Y su pionero Carlos Otaduy Larrea

Juan Gondra

DURANTE los últimos años del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX la Cirugía, aliada con nuevas técnicas de anestesia, obtuvo unos avances espectaculares que le permitieron abordar con seguridad las cavidades abdominal y torácica e incluso el interior del cráneo; pero las intervenciones sobre el corazón continuaban siendo consideradas como algo imposible. Pero ya en los primeros años del pasado siglo, hubo algunas intervenciones que anunciaban lo que iba a ocurrir durante los cuarenta, cuando al finalizar la II Guerra Mundial, y quizás gracias a las experiencias habidas durante ella en el tratamiento quirúrgico de heridas en el corazón, varios cirujanos anglosajones abordaron de forma independiente el tratamiento quirúrgico de algunas malformaciones cardíacas y valvulopatías. El imposible comenzaba a ser vencido.

Primeras intervenciones

Los primeros éxitos tuvieron lugar en el tratamiento de malformaciones vasculares que no se pueden considerar como propiamente cardíacas, pero que familiarizaron a los cirujanos con el entorno del corazón. Por fin, en el año 1948, tras algunas intervenciones fallidas sobre pacientes en gravedad extrema que fallecieron, se obtuvieron por fin los primeros éxitos cuando en junio de 1948 Charles P. Bailey operó con éxito una estenosis mitral en Fidaldefia y 6 días más tarde hizo lo propio Dwight E. Harken en Boston.

El mayor problema con el que



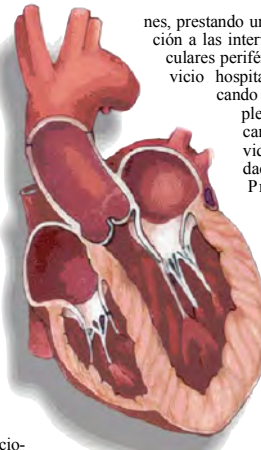
Médicos de Procardiacos, Carlos Otaduy está de pie, el quinto comenzando por la izquierda

No es de extrañar, pues, que comparadas con las actuales, aquellas primeras técnicas quirúrgicas nos parezcan hoy propias de una cirugía "heroica", y aquellos pioneros verdaderos gigantes de la cirugía.

Primeros pasos en Bilbao

A finales de los años cuarenta del pasado siglo, la Fundación Vizcaya Procardiacos lideraba la cardiología bilbaína y buscaba introducir la cirugía en su arsenal terapéutico, pues tenía entre su

clientela un nutrido grupo de pacientes que sin ella tenían un pronóstico fatal. Al mismo tiempo, el Hospital de Basurto estaba realizando un esfuerzo de modernización que incluía la creación de un servicio de cirugía cardiovascular. Ambas instituciones tuvieron que recurrir al único cirujano bilbaíno preparado para ello: Carlos Otaduy, quien dedicó sus esfuerzos a ambas institucio-



nes, prestando una mayor atención a las intervenciones vasculares periféricas en el servicio hospitalario y dedicando casi por completo a la cirugía cardíaca su actividad en la Fundación Vizcaya Procardiacos.

Sobre todo a partir del año 1953 en que entró en servicio la nueva sede de "Procardiacos" y Otaduy pudo disponer de quirófanos

Otaduy, a costa de sus vacaciones y su peculio, se formó como cirujano cardiovascular

apropiados. Entre el 8 de junio y el 12 de noviembre de 1954, realizó 10 intervenciones quirúrgicas (comisurotomías mitrales) sobre pacientes que sufrían estenosis mitral y estaban desahuciados; obteniendo en cuatro de ellos magníficos resultados y en otros tres resultados moderados o buenos; sólo uno de ellos falleció, pocos días después de la operación, por causa de una embolia. Realizó también alguna de las primeras intervenciones quirúrgicas sobre niños que sufrían cardiopatías congénitas.

A lo largo de los 11 años que transcurrieron hasta su fallecimiento, intervino en Pro-Cardiacos a más de un centenar de pacientes con unos resultados muy buenos, homologables a los obtenidos por hospitales de mucha mayor categoría; lo que combinaba con sus estancias en los quirófanos londinenses donde había realizado sus primeras intervenciones, para mantenerse al día sobre los avances de la cirugía cardíaca. Tuvo que abandonar el Hospital de Basurto a su pesar, pero eso le permitió concentrarse más en su trabajo quirúrgico en Procardiacos y en el ejercicio privado, en el que también obtuvo notables éxitos.

A comienzos de los años sesenta, cuando se planteaba nuevas metas y pretendía iniciar intervenciones con circulación extracorpórea, un triste accidente se llevó su vida y privó a la Villa de uno de sus más brillantes cirujanos.

A finales de los años cuarenta, la Fundación Vizcaya Procardiacos lideraba la cardiología bilbaína

se enfrentaban aquellos pioneros era el de conseguir detener el latido cardíaco durante un tiempo suficiente para poder corregir las lesiones causantes de la enfermedad y que, al mismo tiempo, permitiera una recuperación posterior sin efectos secundarios graves por causa de la interrupción del bombeo de sangre por el corazón. Para ello recurrieron en una primera etapa a la hipotermia; técnica que permitía reducir las necesidades de oxígeno del organismo, sobre todo del cerebro, y proporcionaba unos brevísimos minutos al cirujano para abrir el corazón y proceder a las manipulaciones quirúrgicas. Pero pronto se realizaron ensayos más ambiciosos en los que se utilizaban equipos mecánicos capaces de mantener una circulación "extracorpórea" que permitiera intervenciones más complejas y largas. Durante el último tercio del siglo, el progreso de estos equipos logró unos niveles de seguridad que hoy en día nos permiten contemplar como una intervención de rutina incluso al trasplante de corazón.

Carlos Otaduy Larrea



EL apellido Otaduy tiene su solar en la parroquia de Araotz, en Oñati, desde se extendió por el valle del Deba y pasó a la vecina Bizkaia, donde asentaron familias con este apellido en Eloorio y otras localidades vecinas. Los hermanos Otaduy Zaloña, Juan Bautista y Juan Antonio, naturales de Araotz se establecieron en Portugalete a comienzos del siglo XIX y fueron autores de una nutrida rama familiar de este apellido; rama vizcaína que no tiene relación de parentesco con la del Duranguesado, y a la cual perteneció Carlos Otaduy Larrea (Bilbao 1910-1965), uno de los cirujanos bilbaínos más brillante de la posguerra.

Su padre, Alberto Otaduy Arsuaga, fue abogado, concejal, primero, y secretario después

del Ayuntamiento de Bilbao hasta su fallecimiento en mayo de 1937. Carlos vivió con él durante años, hasta su matrimonio, en el último piso de las casas consistoriales. Completó los estudios de Medicina en la Uni-

versidad de Zaragoza, finalizando su licenciatura en noviembre de 1932. De regreso a Bilbao se formó como ginecólogo y cirujano en el Hospital de Basurto, abrió su propia consulta e ingresó en el Cuerpo Médico Municipal de Bilbao como Tocólogo. Cuando estalló la Guerra Civil estaba ya casado y con dos hijas, lo que no evitó que fuera movilizado.

Durante los duros años de la posguerra tomó una decisión difícil y valiente: dejar de atender a partos y formarse como cirujano cardiovascular. Para ello, lo primero que tuvo que afrontar fue el aprendizaje del idioma inglés, pues pensaba que la medicina anglosajona era el modelo en el que él quería formarse. Cuando consideró que podía defenderse en aquel

idioma, estableció contacto con los cirujanos ingleses que estaban revolucionando la cirugía cardíaca y consiguió que le permitieran acudir a Londres para aprender sus técnicas. En aquellos años era impensable conseguir beca alguna en Bilbao para este fin; incluso para poder ir a su costa tuvo Carlos que recurrir a unos familiares que residían en Gran Bretaña y acudían con frecuencia a España. Ellos le daban las libras necesarias para su subsistencia en Londres y él les pagaba en pesetas su estancia en la península. De no ser por ello, le habría sido muy difícil conseguir las divisas de forma oficial. Así fue como, a costa de sus vacaciones y su peculio, consiguió formarse el doctor Otaduy como cirujano cardiovascular.

Pedro Bilbao Encera

Un pionero de la Medicina Preventiva

Juan Gondra

RECIENTEMENTE ha sido reeditado un libro en homenaje a Pedro Bilbao, que contiene sus artículos científicos y de divulgación, que constituye un verdadero tesoro para los interesados en la prevención de la enfermedad y que hubiéramos deseado que hubiera sido publicado en vida de este gran galeno algeteño. Veamos el por qué de este deseo y la influencia que tuvo en los servicios municipales de sanidad de Bilbao.

Modelos de Medicina Preventiva

A partir del año 1982, el primer Ayuntamiento democrático se propuso reformar sus anticuados servicios de sanidad, hasta entonces orientados casi exclusivamente a la práctica de la medicina asistencial. Los dos médicos que formaban parte del Consistorio como concejales fueron los encargados de estudiar la forma de realizarlo, ayudados por los técnicos munici-

cio físico.

Pero al tratar de recoger las ideas del doctor Pedro Bilbao surgió una dificultad motivada porque su doctrina se hallaba dispersa en artículos presentados en congresos médicos, en escritos de divulgación aparecidos en la revista del Iguatorio Médico Quirúrgico y en los numerosos artículos y entrevistas con él publicadas en la prensa local. También el recuerdo de las conferencias organizadas por él como director de la Sección de Medicina Preventiva de la Academia de Ciencias Médicas. Años después, en 1997, la Comisión Ciudadana Pro-Pedro Bilbao formada en Getxo publicó la recopilación de sus artículos que ahora ha sido reeditada, pero en los años 80 no había nada parecido y ésta es la razón del deseo expresado al comienzo.

Pasados ya casi veinte años desde su fallecimiento, formulamos aquí el reconocimiento a su magisterio, en nombre de la sanidad municipal bilbaína.

Puso siempre especial énfasis en la prevención de las enfermedades a través de hábitos de vida saludables

pales y el resto de los ediles que formaban parte de la Comisión de Gobernación; Santi Brouard, asesinado pocos años más tarde, como presidente de aquella comisión, y Pedro López Merino, fallecido hace pocos años, como concejal delegado de Sanidad.

Pero no era fácil lo que se pretendía, pues las iniciativas similares en nuestro país eran escasas y dispersas.

Fue necesario mirar al exterior, sobre todo hacia Canadá que era en aquellos años un país adelantado en la materia merced a las iniciativas de Marc Lalonde, su ministro de Sanidad. Pero al hacerlo, una llamarada se encendió en aquellas mentes diciendo que no era imprescindible ir tan lejos, que bien cerca se encontraba un modelo sencillo y económico. Lo que se predicaba en los mejores foros de la prevención no era más que lo que desde hacía muchos años venía realizando un médico getxotarra, Pedro Bilbao Encera.

En efecto los pilares en que se basaba don Pedro, en palabras de su hijo: "la lucha encarnizada con el tabaco y el alcohol, así como la falta de ejercicio y la dieta... (los cuatro jinetes del apocalipsis)" coincidieron con los ejes del modelo desarrollado a partir del informe de Lalonde del año 1974 titulado *Nuevas Perspectivas de la Salud de los Canadienses*. Sobre todo en lo referente al fomento de hábitos saludables (alimentación, tabaco, Alcohol) y de la práctica del ejer-

Algunas actividades de la Sanidad Municipal de Bilbao influenciadas por Pedro Bilbao

Recogeremos aquí algunas de las líneas de trabajo que desarrolló la sanidad municipal en Bilbao siguiendo la estela marcada por Pedro Bilbao, consiguiendo con ellas extender a grupos importantes de la población lo que en este Doctor habían sido consejos dirigidos a



Estatua homenaje al doctor en Getxo. Foto Juan Luis Albaizar



Pedro Bilbao con enfermeras y otro médico del Hospital Artetxe

sus pacientes o recomendaciones generales.

Importancia del desayuno: a raíz de una encuesta sobre los hábitos de los escolares bilbaínos realizada por nuestro servicio de salud escolar, se comprobó que cerca

del 20% del alumnado no desayunaba o lo hacía muy mal, lo que dio pie a sucesivas campañas de promoción del desayuno desarrolladas entre 1986 y 1995, consiguiendo que este porcentaje se redujera a menos del 5%. Esta acti-



vidad se extendió pronto a las personas maduras, entre las cuales también se habían detectado hábitos inadecuados.

Consumo de pescado: aconsejado en las campañas municipales de promoción de salud desde los años ochenta y establecido en los comedores escolares y sociales, siguiendo lo que Pedro Bilbao defendió y aconsejó siempre a su infancia en el Puerto Viejo de Algorta, donde las anchoas, sardinas y chicharros eran habituales en la dieta.

Fomento de la práctica del ejercicio físico: Durante los años sesenta y setenta del pasado siglo llegaron a ser célebres en Getxo los llamados "galgos de Pedro Bilbao" recorriendo el muelle de Artiluce. En esta línea, Bilbao organizó grupos de personas mayores para la práctica del ejercicio físico a partir del año 1986, teniendo en la actualidad más de tres mil personas que lo practican en sus distintas modalidades.

Unidad de Nutrición Comunitaria: creada a mediados de los años ochenta del siglo pasado, pronto realizó estudios sobre los hábitos alimentarios de la población de Bilbao, los cuales permitieron "diagnosticar" los que podían ser considerados nocivos y realizar distintas actividades para corregir defectos y mejorar la dieta de la población de Bilbao. Esta unidad ha conseguido para la Villa numerosos premios y reconocimientos.

Aunque quizás haya sido más importante que en cada punto concreto, la influencia de la actitud en general de Pedro Bilbao ante la salud y la prevención de enfermedades, que ha impregnado todo nuestro trabajo. Confiamos en que, desde el cielo, el buen Doctor lo mire con una sonrisa de complacencia.

El doctor Pedro Bilbao Encera

NACIÓ en Getxo, en el Puerto Viejo de Algorta en 1909 y falleció en esa misma localidad cuando se acercaba a los 83 años de edad.

Realizó los estudios de Medicina en la Universidad de Valladolid, aunque durante los tres últimos cursos de la carrera como alumno libre, realizando prácticas en el Hospital de Basurto y asistiendo a las clases dadas por los médicos de aquel Hospital, dentro de una iniciativa promovida por el doctor Areilza que consiguió para Basurto el calificativo de hospital clínico, adscrito a aquella Universidad, y convocaba cada año plazas de alumnos internos. Una vez finalizados sus estudios, obtuvo plaza de médico interno en el mismo hospital y continuó en él hasta que fue depurado por sus ideas políticas, tras la Guerra Civil de 1936. A partir de entonces, se dedicó al ejercicio libre de la profesión estableciendo consulta en Ge-

txo. Con los años, abrió también consulta en Bilbao y en Madrid, ciudad esta última a la que acudía solamente en fines de semana; también ejerció como especialista en Endocrinología y Nutrición de la Seguridad Social, plaza que obtuvo en las primeras oposiciones convocadas por ésta. Fue también uno de los pioneros de las igualas y del Iguatorio Médico Quirúrgico.

Su magnífica preparación y su gran humanidad le hizo muy querido por sus pacientes y llegar a ser uno de los médicos más prestigiosos de Bizkaia, si no el más prestigioso.

Puso siempre especial énfasis en la prevención de las enfermedades a través de hábitos de vida saludables. Tras su muerte, recibió el homenaje de su pueblo natal, Getxo, que puso su nombre a una plaza del Puerto Viejo de Algorta, colocó una placa en su casa natal y le dedicó una estatua si-

tuada en la playa de Ereaga. La inscripción que en ellas figura, resume de forma magistral la vida e ideas de este gran médico getxotarra:

"El pueblo rinde homenaje a la memoria del doctor Pedro Bilbao Encera, como hombre público de Getxo, que nació en el Puerto Viejo de Algorta el 9 de octubre de 1909 y falleció en Algorta-Getxo el 19 de septiembre de 1992 con la misma humana sencillez en que vivió y nació, en reconocimiento a su gran labor en el campo de la medicina preventiva: porque se esforzó en enseñarnos a vivir sanamente y prevenir la enfermedad divulgando el principio hipocrático: *Vuestros alimentos son vuestras propias medicinas* y su propia y primera receta: *Andar dos horas al día por lugares libres*, para que su recuerdo y enseñanzas vivan en nosotros y futuras generaciones, el pueblo de Getxo, a 7 de mayo de 1995".

Juan Gondra

EL pasado 12 de marzo tuvo lugar en la sala de prensa del Ayuntamiento de Bilbao la lección inaugural del curso académico 2012 de la Real Academia de Medicina del País Vasco, leída por el profesor Manuel Vitoria Ortiz, que versó sobre *Miguel Unamuno y Jugo, la gimnasia y el deporte*; acto que nos trae a la memoria que esta Institución ha cumplido ya sus primeros cuarenta años, por lo que bien merece que nos detengamos en su historia, aunque ésta no alcance la raigambre de la otra academia bilbaina, la "Academia de Ciencias Médicas", más que centenaria y de la que ya hemos tenido ocasión de hablar con anterioridad.

Las primeras Reales Academias

Todas las Reales Academias comenzaron su andadura durante el reinado de Felipe V, cuando el siglo XVIII se acercaba a finiquitar su primera mitad. La de Medicina fue una de las primeras, junto a las otras tres clásicas: la Española, la de la Historia y la de San Fernando. Y que al igual que las otras tuvo su origen en tertulias de profesionales preocupados por el atraso cultural y científico de los Reinos Peninsulares, en una línea de pensamiento que plasmó en sus escritos con gran acierto el padre Feijóo, y que pretendía llevar al País a cotas comparables a las de otras cortes europeas. Los avatares sufridos a lo largo de su historia han sido recogidos por el venerable maestro guipuzcoano Luis S. Granjel, en un libro editado hace pocos años que lleva por título *Historia de la Real Academia Nacional de Medicina*.

Inició su andadura en 1971 fruto del esfuerzo colectivo de algunos notables médicos bilbainos

Pero desde hacía ya bastantes años había surgido en Sevilla una sociedad médica similar que había obtenido la aprobación del Rey Carlos II en mayo de 1700 y que había sido ratificada por Felipe V unos meses más tarde: la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla, por lo que parece razonable otorgarle a ella la primogenitura. Dejemos que sea la propia Real Academia quien se presente con los primeros párrafos de su página web:

"...una tertulia de médicos, cirujanos y farmacéuticos, reunidos periódicamente en la botica de la Oficina de Farmacia de D. José Ortega, en la calle de la Montera nº 19, donde, en las últimas horas de la tarde, conversaban informalmente acerca del adelantamiento y cultivo de las facultades médica, quirúrgica y farmacéutica. Una aventura que trasluce el afán de renovar la medicina madrileña y a la que pronto, el 12 de julio de 1733, se quiere dar carácter oficial con la denominación de Tertulia Literaria Médica Matritense.

Este modesto origen es sólo el núcleo de un mayor impulso que, un año más tarde, el 12 de agosto de 1734, da lugar, por modificación de sus primeros Estatutos, a su conversión en Academia Médica Matritense, aprobada por Real

La Real Academia de Medicina del País Vasco



Junta directiva de la Academia de Medicina en la lección inaugural del curso académico

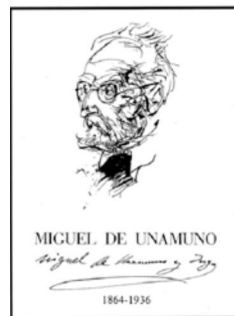
Decreto de Felipe V un mes después: la nueva institución se va a caracterizar, de una parte, por el apoyo real, que desde entonces no va a faltarle y que le permitirá utilizar el calificativo de Regia; de otra, por la ampliación del número de sus socios, de tal modo que sus actividades se amplían dentro de los campos de la historia natural, la química, la física y la botánica".

Durante el reinado de Carlos IV florecieron estas dos Academias y la de Barcelona que surgió poco después; pero Fernando VII las marginó o prohibió hasta que ya

cuando finalizaba su reinado, en el año 1831, no sólo las restableció, sino que aprobó la creación de sociedades similares en Zaragoza, Valencia, Santiago de Compostela, Valladolid, Cádiz, Granada y Palma de Mallorca. Ya en la segunda mitad del siglo XX, cuando se avecinaba el final de la dictadura, surgió una nueva etapa creadora que aproximó su distribución a lo que pronto iba a ser el mapa autonómico; se crean entonces las Reales Academias de Bilbao, Santa Cruz de Tenerife, Cantabria, Murcia y Asturias, completando las quince que existen en la actualidad.

Real Academia de Medicina del País Vasco

Inició su andadura en el año 1971 con el nombre de "Real Academia del Distrito de Bilbao" y fue el fruto del esfuerzo colectivo de



algunos notables médicos bilbainos junto con el de los primeros catedráticos de la Facultad de Medicina de Bilbao recién fundada; fue su primer presidente el oftalmólogo Ángel Castresana Guinea,

más tarde ocupó su puesto Juan Manuel Gandarias Bajón y, a su fallecimiento el pasado año, el actual presidente, Gustavo Ortiz Urdian.

En el mismo año de su fundación tuvo lugar la lectura del magnífico discurso de ingreso de Julián Guimón Rezola, *El doctor Areiza precursor de la Universidad de Bilbao*, que marcó un hito en el mundillo sanitario de la Villa. Pronto siguieron otros ingresos y la rutina de los cursos sucesivos, con sus lecciones inaugurales, sus trabajos de investigación y sus memorias anuales de actividades. Me voy a permitir citar alguno de aquellos discursos de ingreso, además del ya citado del Dr. Guimón: el leído en 1974 por mi maestro, Luis Manuel y Pimiés, *La Patología General del Cáncer de Hígado*; el del colaborador de nuestro servicio de Salud Escolar Santos Sanz en 1977, *La Pediatría como biografía del hombre*; y, por último, los más recientes de tres queridos compañeros de trabajo en el Ayuntamiento de Bilbao, Jesús Llona, Javier Aranceta y Francisco Dehesa, todos ellos relacionados con distintos aspectos de la alimentación. También el pronunciado en mayo de 2006 por el gran cardiólogo mexicano Demetrio Sodi Pallarés, quien a sus 89 años deleitó a la concurrencia con sus palabras.

Para finalizar, debemos reseñar que, junto a la lección inaugural se presentó la Memoria de los trabajos realizados durante el año por los académicos, a los que no queda sino agradecer su labor y desearles que estos cuarenta años de historia se vean multiplicados en el futuro.

Unamuno, la gimnasia y el deporte

ES difícil resumir la lección inaugural del curso 2012 de la Real Academia de Medicina del País Vasco, pues en ella se contienen datos muy numerosos que únicamente su lectura directa puede explicar. Solamente resaltarémos aquí algunos que pueden ser de interés general.

En primer lugar la propia figura de Don Miguel, niño y adolescente débil y enclenque cuyo físico no le permitió la práctica de los deportes usuales en aquella época; pero que decidió endurecerse mediante dos ejercicios físicos muy en boga en la sociedad bilbaina de entonces: los largos paseos por el monte o el campo y la gimnasia. Esta última había entrado en Bilbao de la mano de Paulino Charlen y el Colegio Vizcaya, luego llamado Instituto Vizcaino. Este colegio fue el primero de España en contar con un gimnasio y un profesor, el ya citado Charlen, a quien substituyó Felipe Serrate cuando Unamuno contaba con sólo dos años de edad. Pero durante la Guerra Carlista (1872-1876), este gimnasio fue desmantelado y Unamuno, alumno de aquel Instituto, tuvo que acudir al gimnasio que Felipe Serrate había montado en la calle Jardines. La segunda actividad, los largos paseos, la practicó durante toda su vida, tanto en Bilbao como en Salamanca o en sus lugares de destierro, Fuerteventura y Hendaia. Este

Rafael Moreno "Pichichi"



amor por el aire libre y la gimnasia tuvo su origen en su interés para prevenir la tuberculosis que le había golpeado de cerca al llevarse a su padre todavía joven y alguno de sus amigos de infancia.

La segunda faceta curiosa y llamativa de la lección se refirió a la relación familiar de Unamuno con el mundo del deporte, pues, aunque parece que no sentía ningún aprecio por el fútbol, fue pariente del mítico delantero del Athletic Club Rafael Moreno Aranzadi, 'Pichichi', cuya madre, María Dalmacia Aranzadi Unamuno, era prima carnal suya. También fue futbolista de cierto renombre su hijo Ramón, jugador del Salamanca, gravemente herido en el frente de Madrid pocas semanas después de la muerte de su padre.

Por último, resaltó un artículo escrito por Unamuno en su juventud, *Un partido de pelota*, leído en la Sociedad el Sitio en fecha que Unamuno no recordaba y publicado en la revista *Euskal-Erria* en 1889. Fue incluido en el libro *El Nervión* de 1893, pero resulta más accesible en *De mi País* edición de la colección Austral que también lo incluye.

En este artículo Unamuno se revela como un magnífico precursor del periodismo deportivo y un perfecto conocedor del juego de pelota. No parece probable que fuera él mismo pelotari, pero sí queda reflejado como un atento y versado espectador.

La sanidad municipal en Bilbao hasta su encrucijada durante los años de la "Transición"

Municipal health care up to the transition crossroads

Juan Gondra Rezola

Jefe Subárea de Salud Pública. Excmo. Ayuntamiento de Bilbao

RESUMEN

Se presenta una síntesis de la evolución de la sanidad bilbaína desde el punto de vista de los servicios municipales, resaltando la pérdida de la autonomía municipal a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y la situación de incertidumbre que ello supuso.

PALABRAS CLAVE: Salud Pública; Sanidad Municipal.

LABURPENA

Udal zerbitzuetatik ikusita Bilboko Osasunaren eboluzioari buruzko sintesi bat aurkezten da, XX. mendeko bigarren erdialdian zehar galdutako udal autonomia eta horrek eragin zuen ziurgabetasun egoera nabarmenduz.

ABSTRACT

In this paper the evolution of the Local Health organization in the municipality of Bilbao is summarized, with an emphasis in a decreased municipal autonomy over the second half of the 20th century and the uncertainty associated to it.

KEY WORDS: Public Health; Municipal health care.

Aunque acudimos durante algunos cursos al mismo colegio de enseñanza, separados por la diferencia en edad, no tuve ocasión de hablar con Javier Sáenz de Buruaga hasta muchos años después, allá por el año 1987, y el motivo de nuestra conversación vino a coincidir con el final elegido para esta intervención: la encrucijada en que se encontraba la sanidad municipal, tanto en Bilbao como en todo el Estado Español, durante los años de la "Transición". En efecto, en aquellos años, ante los desajustes derivados de una organización sanitaria que no había evolucionado durante varios decenios para dar respuesta a una sociedad que sí lo había hecho y cuyas necesidades de atención sanitaria habían cambiado notablemente, era común el sentimiento de que los municipios debían reformar sus caducos servicios; pero como se esperaba un cambio total en la legislación en materia de salud, no existía una senda clara para el discurrir de esta reforma y se mantenía una actitud expectante.

Debo decir que en un ambiente reactivo a la propia existencia de los servicios municipales de salud, Javier mostró su comprensión y su apoyo a alguna de las iniciativas que en aquellos años estábamos tratando de poner en marcha; curiosamente fue una de ellas, la "Unidad de Nutrición Comunitaria", la que dio pie a una fructífera colaboración entre la Viceconsejería que él dirigía y la sanidad municipal bilbaína.

Se tratará aquí de resumir la historia de los servicios de sanidad bilbaínos hasta aquellos años..

Antecedentes

Cuando en las primeras centurias del segundo milenio la sociedad europea iniciaba el proceso de creación de ciuda-

des, si se nos permite llamar ciudades a aquellos pequeños burgos, no existía un hábito de intervención de los poderes públicos en materia de sanidad, pues se solía considerar que la salud era un asunto que competía al individuo o, a lo más, a las instituciones religiosas de caridad; pero esta situación comenzó a cambiar cuando los municipios comenzaron a adoptar las primeras medidas de salud pública en la Europa Medieval

Suele aceptarse que la principal razón para este cambio fue el impacto causado por la terrible epidemia de peste que causó la muerte de la cuarta parte de la población europea en la década de 1430 (1). En cualquier caso, fueron las autoridades municipales las que a partir de entonces asumieron las competencias sanitarias y así lo continuaron haciendo hasta finales del siglo XIX en los países más avanzados o hasta bien entrado el siglo XX en el nuestro, cuando las instituciones supramunicipales desplazaron a los ayuntamientos para organizar la sanidad pública desde un nivel superior. Al referirnos a Bilbao tenemos presente que podemos considerar lo ocurrido aquí como algo no muy diferente a lo acontecido en otras ciudades europeas.

Evolución de la organización sanitaria en Bilbao

Las primeras referencias escritas que tenemos sobre una intervención de los regidores bilbaínos en materia de sanidad se refieren a la limpieza y saneamiento de los espacios públicos (2); años después aparecieron otras actuaciones referen-

(1) Una de las consecuencias positivas del miedo a la peste fue que la ciencia de la época recomendase que para luchar contra la peste había que luchar primero contra la suciedad. Tenemos un claro ejemplo en Pamplona, donde el miedo a la epidemia en el invierno 1596/97, reconociendo que las calles de Pamplona "... Estaban llenas de inmundicias" el Regimiento se decidió a limpiar las calles, plazas, puertas y endrecera, para lo cual utilizó durante una semana de 9 a 21 barrenderos, ayudados por 6 peones, y de 7 a 12 cabalgaduras para sacar de la ciudad la ingente cantidad de basuras que a través de los años se había acumulado en ella. (Archivo Municipal de Pamplona, Libranzas, libro de 1596 -1605, fol 15. Citado en José Joaquín Arazuri, "La peste en Pamplona en tiempos de Felipe II", Boletín de la institución Príncipe de Viana, año 35, núms 134-35, 1974, pág 183)

(2) Entre varias ordenanzas referentes al saneamiento y limpieza destacaremos las siguientes:

Ordenanza de 23 de julio de 1480: dice corre a cuenta de la Villa la instalación de redes de hierro en aquellos lugares de los caños de las melenas en los que hiciere falta. Ordena que las paredes contiguas sean de cal y canto, impermeables al agua, y prohíben bajo multa cualquier intervención que permita la salida del agua. (AHMB, signatura antigua, cajón 8, Reg 2, núm 2, folio 33)

El 28 de agosto de 1487 se establece una ordenanza que prohíbe arrojar aguas de mal olor de día y de noche; solo se podrán arrojar a partir de las diez de la noche, y no por la ventana sino por el portal (Id, folio 21)

El 29 de abril de 1496 se ordena que no se arrojen basuras a las cárcavas de la cerca, porque obstruyen el fluir del agua que arrastra las inmundicias de la Villa que por allí se vierten, quedando estas estancadas. (folio 76)

El 8 de enero de 1501 una ordenanza que prohíbe arrojar por los cantones basuras y aguas. Luego matiza "basura alguna, salvo las necesarias". También prohíbe "... poner criaturas algunas a faser suciedad" (folio 107) Otra ordenanza similar de 9 de julio de 1520 "... ninguno nin algunas personas, vesinos nin moradores desta dicha villa, de oy día en adelante, non sean osadas de echar de día nin de noche ninguna agua podrida nin de otra calidad que sea nin ninguna viscosidad nin basuras a las calles nin cantones desta dicha villa por ninguna parte, so pena dosientos maravedis a cada uno por cada vez..." (Folio 169-170)

Correspondencia:
Juan Gondra Rezola
Subárea Municipal de Salud Pública
Luis Briñas, 18; 4ª planta
48013 Bilbao

tes al quehacer médico que tuvieron su origen en la epidemia de peste del año 1507 (3):

...Bien sabedes como por parte del conçejo, justia, regidores, caballeros e escuderos e homes hijosdalgo de la villa de Viluao me fue fecha relacion quel anno pasado de mill e quinientos e siete annos avia abido grand pestilencia en la dicha villa e en sus comarcas, la qual avia durado mucho tiempo, e que por ello los vecinos de la dicha villa acordaron de la dexar e se yr fuera della e que la dicha villa avia quedado muy desanparada; e que como sea muy popilosa e poblada e de poco suelo, para la guarda de las haciendas que en ella quedan abian puesto muchas guardas en ella e puesto medicos e çurujanos e boticarios salariados que curasen los enfermos e diesen medezinas a los probes; e que abian asimismo puesto personas que enterrasen a los que muriesen; e porque dicha pestilencia se avia comenzado en un ospital questa junto con la dicha villa, en que avia mas de nobenta pobres

Pocos años después, en 1515, se aprobaron las primeras ordenanzas para regular el trabajo de los médicos (4); desde entonces hasta casi nuestros días, el Ayuntamiento bilbaíno gobernó en exclusiva el trabajo de médicos y cirujanos en la Villa, tanto el de los asalariados por el municipio como el de los médicos “suelos”, en ejercicio libre. También regía el hospital de los Santos Juanes, en Achuri, que quedó como único hospital de la Villa y en el año 1661 cesó en sus funciones de asilo de pobres y peregrinos para quedar dedicado exclusivamente a “hospital para la curación de enfermos” (5).

En lo que se refiere a la salud pública, sólo en tiempos de epidemia (peste de 1599) veremos intervenciones decididas. Esto y la normativa referente a saneamiento y limpieza, junto a algunas tímidas incursiones en la regulación de las actividades peligrosas serán todo el bagaje hasta que, a finales del siglo XVIII, se estableció por primera vez un reglamento para el gobierno del Hospital de los Santos Juanes, no sin una fuerte resistencia de los médicos titulares (6), y, ya en el siglo XIX, se fue desarrollando todo un complejo de ordenanzas municipales que iban a regir los distintos aspectos de la asistencia sanitaria y de la higiene urbana.

Estas normas enmarcaron toda una nueva reglamentación de la salud pública, cuya cronología podemos seguir utilizando como referencia la creación de las plazas de médicos convocadas para hacerse cargo de las nuevas funciones:

(3) AHMB, Sección Antigua, signatura 305/01/02, folios 32 vº - 33vº, reproducido en ENRIQUEZ FERNÁNDEZ, Javier y otros, *Colección Documental del Archivo Histórico de Bilbao (1501-1514)*, Donostia: Eusko Ikaskuntza, 2000; 1.009.

(4) En esta Ordenanza se regulaban las obligaciones de los médicos y el salario que debían de recibir de los particulares por su trabajo; pero no se asigna ningún estipendio proveniente de las arcas municipales. (ENRIQUEZ FERNÁNDEZ, Javier y otros. *Ordenanzas Municipales de Bilbao [1477-1520]*, Fuentes documentales medievales del País Vasco nº 70, Donostia: Eusko Ikaskuntza, 1996; 211-213).

(5) En el AHMB se conservan varios documentos donde se detalla esta transformación, que se vio coronada con la construcción de un nuevo hospital en el año 1685: Sección Antigua, signatura 0312/001/004, documento 17, ff 107 y sig; Id. signatura 206/002/004 Cuaderno que lleva por título *Fundación del Hospital de los Santos Juanes*; Id. Signatura 0206/002/007.

(6) En el expediente guardado en el AHMB, Sección Antigua, con signatura 0324/001/03, aparecen las quejas expuestas por los médicos titulares de Bilbao, quienes veían el nuevo reglamento como una intromisión en su libertad de ejercicio.

–Médico encargado de la higiene mortuoria, año 1854 (7);
–Médico encargado de la atención y prevención de las enfermedades de transmisión sexual, “Médico de Higiene Especial”, (1873) que vino motivada por el incremento del número de afectados de sífilis que caracteriza al siglo XIX en Europa (8).

–Médico Inspector de Escuelas (1888), dedicado a la Medicina Preventiva en el medio escolar (9).

–Médico Inspector de Higiene y Demografía (1897) (10). Además se procedió a la separación de las funciones de los médicos titulares, quienes hasta entonces venían atendiendo indistintamente a los enfermos del hospital y de la beneficencia (11); a partir del año 1877 los médicos de sala del hospital quedaron desligados de sus funciones extrahospitalarias y los restantes titulares se encargaron de la atención a los enfermos pobres. Esto permitió que el Ayuntamiento fuera añadiendo a sus labores asistenciales otras funciones como la inspección de locales, viviendas, escolares, nodrizas, etc.. Las casas de socorro municipales del Ensanche (1893) y del Distrito del Centro (1908) completaron el cuadro asistencial sostenido por el municipio.

Inspección de los alimentos

En ese mismo siglo XIX, tan rico en innovaciones, se incorporan dos nuevas profesiones al quehacer diario de la sanidad municipal: la Farmacia y la recién nacida Veterinaria.

El municipio no llegó a contratar a un farmacéutico titular, pero ya desde el año 1817 encontramos con frecuencia que, cuando existen denuncias de los inspectores del peso o de particulares, se acude a uno o a varios de los boticarios con oficina abierta en la Villa para que efectúen los análisis necesarios para comprobar la idoneidad de muestras de vino, leche u otros alimentos (12).

(7) En el Archivo Histórico Municipal de Bilbao se conservan varios documentos que hacen referencia a la creación de esta plaza. La primera propuesta fue realizada por el médico bilbaíno Agustín de Obieta, a la sazón teniente de alcalde de la Villa, pero no fue atendida hasta que su insistencia al volver a presentarla el 16 de febrero de 1853 (AHMB, Sección Primera, signatura 0234/012) consiguió que su idea fuera estudiada y alcanzar la aprobación por el pleno municipal un plan de actuación que incluía la creación de esta plaza y la construcción de un depósito de cadáveres en el cementerio de Mallona, pues hasta entonces se guardaban en la capilla del cementerio o en sitios peores. En el año 1854 se hizo pública la plaza de Médico Inspector de Cadáveres con un salario anual de 2.300 reales; fue nombrado Tiburcio Larrinaga quien siguió desempeñándola hasta el año 1871. (Id., Signatura 0084/073)

(8) AHMB, Sección Primera, signatura, 0033/021

(9) AHMB, signatura antigua, Cajón 4, reg. 252, núm. 3. Como no existían recursos económicos para dotar esta plaza se acumularon sus funciones a las del Inspector de Cadáveres.

(10) Esta última plaza se creó para complementar la Real Orden que obligaba a los grandes municipios a presentar mensualmente sus estadísticas demográficas y sanitarias; recibió también el encargo de atender a la Sala Cuna, el examen de las nodrizas y las funciones de Inspección Médica Escolar que venía atendiendo el Médico Inspector de cadáveres. El primero en ocupar esta plaza fue José María de Gorostiza y Onzoño. Ver GOROSTIZA ONZOÑO, José María de. *Contestación a los deseos manifestados por el Ilmo. Sr. Director General de Sanidad*, Bilbao, 1901 (AHMB, signatura antigua, Sección 5, legajo 141, nº 2).

(11) Acuerdo tomado en sesión pública del Ayuntamiento celebrada el día 8 de marzo de 1877.

(12) En 1817 se envían varias muestras de vino para su análisis a D. Juan de Arenaza y D. José Benigno de Zubeldia (AHMB, signatura antigua, cajón 2, registro 533, número 26) y en 1819 son 36 las barricas de vino enviadas al mismo Arenaza y a Ignacio López de la Calle (AHMB, signatura antigua, cajón 2, Reg. 536, Núm. 110). A lo largo del siglo siguen siendo muy frecuentes los expedientes sobre alimentos presumiblemente adulterados en los que intervienen los distintos farmacéuticos bilbaínos.

La Veterinaria entró en la organización municipal de la mano de la inspección de las carnes destinadas al consumo. Bilbao no había creado la plaza de “veedor de carnes”, tan común en otras localidades, pues confiaba en el buen criterio del encargado del matadero. Sin embargo, una denuncia del Subdelegado de Veterinaria del partido de Bilbao y Durango, en la que se daba cuenta de que en diversas visitas al matadero bilbaíno había encontrado deficiencias en la carne que iba a ser destinada al consumo, deficiencias que atribuía a la falta de preparación científica de los encargados del control de la calidad de la carne, dio lugar a la creación de una plaza de veterinario municipal, dedicado por completo al control de la calidad higiénica de los alimentos en general y de las carnes en particular (13).

A partir de entonces existirá un veterinario municipal, quien continuará con las funciones de inspección de carnes (examen de las reses antes de su sacrificio, de la propia higiene del matadero y de la calidad de las carnes destinadas al consumo); pero asumirá también nuevas competencias, como el examen de pescados y huevos, así como la inspección diaria de los alimentos ofertados en el mercado (14). En el año 1880 se incrementa a dos el número de profesionales y, a partir de la aprobación del Reglamento de Veterinaria en el año 1887, se crea el Cuerpo de Veterinarios Municipales.

El Laboratorio Municipal

Pero faltaba un laboratorio acreditado que diera mayor objetividad al control de la calidad higiénica de los alimentos y constituyera un soporte no sólo para su control sanitario, sino también de cara a la persecución del fraude, tan frecuente en las ciudades europeas industriales de los años finales del siglo XIX. Hubo que esperar hasta el año 1883 para que la Comisión Municipal de Policía presentara una propuesta para su creación (15). Pocos años antes había iniciado su andadura el Laboratorio Municipal de Madrid, fundado gracias al tesón del farmacéutico vascongado Fausto de Garagarza, decano de la Facultad de Farmacia madrileña y director de este laboratorio.

En el año 1886 inició su andadura este laboratorio que dedicó sus esfuerzos principalmente al control de las aguas de consumo y de los alimentos; pero también realizó otras actividades como las de laboratorio forense, la elaboración

de la vacuna antivariólica y de los sueros para el tratamiento antirrábico, etc.

La sanidad municipal alcanza su desarrollo más complejo

A lo largo del primer tercio del siglo XX, el consistorio bilbaíno trató de dar respuesta a las penosas condiciones sanitarias en que había llegado a vivir la población de la Villa como consecuencia de los cambios originados por el desarrollo industrial y minero; condiciones propiciadas por una alimentación deficitaria y la falta de los mínimos higiénicos en materia de abastecimiento de agua y saneamiento, además de un hacinamiento de la población que propiciaba la transmisión de enfermedades infecciosas. Y esta respuesta fue vertebrando una actividad sanitaria compleja que alcanzó su cima allá por los años de la Segunda República, cuando el Cuerpo Veterinario Municipal continuaba con el control de la higiene de las carnes en el matadero y con la inspección alimentaria en los mercados públicos y en las tiendas, pero había desarrollado nuevas actividades como las del servicio canino antirrábico; también el Laboratorio Municipal, instalado en el edificio de la calle San Vicente, inaugurado en el año 1901, había completado una buena dotación de personal e instrumental para servir como laboratorio de salud pública. Bilbao realizó un esfuerzo importante para adecuar la higiene urbana al nivel de los países desarrollados para lo que hubo de realizar importantes inversiones en materia de saneamiento, abastecimiento de agua y de alimentos (mercado de la Ribera y matadero de Matico), etc.

En el primer tercio del siglo XX, el Cuerpo Médico Municipal alcanzó un mayor desarrollo y complejidad, pues a los servicios asistenciales constituidos por los cuadros médicos del Hospital de Basurto, de las casas y cuartos de socorro y de la beneficencia municipal se fueron añadiendo otros con un carácter más preventivo:

–El servicio de “Higiene Especial”, dedicado a la prevención y tratamiento de las enfermedades venéreas, llegó a contar en su plantilla con cuatro médicos, un médico analista y dos practicantes, además de una comunidad religiosa que atendía a las mujeres ingresadas en el pequeño hospital de la plaza de la Cantera.

–El Instituto Municipal de Vacunación fue incorporando las nuevas vacunas que se fueron descubriendo a lo largo del siglo XX y alcanzó una mayor dimensión, llegando a contar con dos médicos y un practicante.

–Para combatir la terrible mortalidad infantil se fueron siguiendo los pasos de otras ciudades europeas con problemática similar a la de Bilbao y se crearon distintos servicios como el de Tología (1928) para atender los partos en el propio domicilio, atendido por dos tocólogos y dos matronas; la “Gota de Leche” (1906) destinada a proporcionar cuidados de puericultura y lactancia artificial a las familias necesitadas, y la Inspección Médica Escolar, que incidió en el mundo de la enseñanza primaria propiciando la práctica de la gimnasia, las cantinas y duchas escolares, las colonias de verano, etc., llegando a contar con una plantilla compuesta por un médico jefe, siete médicos de zona y otros siete especialistas.

(13) La primera intención de crear la plaza de inspector o veedor de carnes data del año 1831, cuando así lo solicitó Bernardo Ibáñez, maestro herrador y albéitar (AHMB, Sección Segunda, signatura 0523/011); pero no fue hasta diciembre del año 1854 que se procedió al nombramiento del primer titular, curiosamente el mismo José María Galo que como Subdelegado de Veterinaria había denunciado la carencia de inspección. (AHMB, Sección Segunda, signatura 0440/099)

(14) AHMB, Sección Primera, signatura 0237/018

(15) Es curioso que esta propuesta tuviera su origen en una iniciativa privada de un farmacéutico y un químico establecidos en Bilbao (los señores Dotesio y Celada), quienes propusieron al Ayuntamiento hacerse cargo de las funciones del laboratorio a cambio de un pago anual. La Comisión de Policía estimó que era más correcto crear un verdadero laboratorio municipal, tomó como modelo los de Madrid, Barcelona y París, laboratorios a los que se dirigió pidiendo datos que sirvieran para la planificación no sólo del nuevo laboratorio, sino de toda la inspección alimentaria. (AHMB, Sección Segunda, 0071/004)

Intervenciones de los poderes supramunicipales

Pero a la vez que se alcanzaba una cima, se iniciaba el declive de la sanidad municipal; declive propiciado por una intervención cada vez mayor de los poderes supramunicipales: a partir de los tímidos intentos del siglo XIX y de la Dirección General de Sanidad en los primeros años del siglo XX, los años de la dictadura del general Primo de Ribera, primero, y Franco después, fueron viendo como aparecía un conjunto de leyes que iban a despojar a los municipios de sus competencias sanitarias para transferirlas al gobierno central (16). Estas leyes aceptaban la existencia de un pequeño número de “Ayuntamientos exceptuados”, entre ellos Bilbao, autorizados a mantener sus propios cuerpos médicos, veterinarios y farmacéuticos.

La sanidad municipal bilbaína en los años de la “Transición”

Cuando en el año 1981 comenzaron a circular los primeros borradores de una futura Ley General de Sanidad, que no sería aprobada hasta el año 1986, Bilbao contaba todavía con unos nutridos cuerpos sanitarios que integraban una plantilla de doce veterinarios, cincuenta y tres médicos además de treinta A.T.S./D.U.E. y un farmacéutico. Se habían abandonado algunas de las actividades desarrolladas en el pasado y, aunque en varias ocasiones se había intentado reformar los vetustos servicios, no se habían iniciado nuevas actividades. El patronazgo del Ayuntamiento sobre el Hospital de Basurto estaba casi olvidado, se inició en aquellos años un tímido acercamiento al Departamento de Sanidad del Gobierno Vasco y se trató de desbloquear las tensas relaciones que se venían manteniendo con la antigua Dirección Provincial de Sanidad, a la sazón transferida al Gobierno

(16) Destacaremos de entre ellas las siguientes:

Ley Orgánica de Sanidad de 1855. En ella se recogían las funciones asistenciales con respecto a las familias pobres y las de asesoramiento científico de los médicos titulares a los ayuntamientos, así como las condiciones de contratación y las obligaciones de los distintos ayuntamientos al respecto.

Instrucción general de sanidad de 12 de enero de 1904. Define de nuevo la forma de constituir los “Partidos Sanitarios” (Médicos, Farmacéuticos y Veterinarios), confirma con pequeñas modificaciones las obligaciones de los médicos e introduce por primera vez la función inspectora sobre los servicios sanitarios municipales, y así se crearon las inspecciones generales, provinciales y municipales, sentando las bases de una posterior evolución en la que los funcionarios sanitarios locales se fueron integrando progresivamente en esferas administrativas más amplias.

Reglamento de Sanidad Municipal de 1925. En el que se recogían los aspectos sanitarios de la reforma estatutaria municipal de 1924, debida a Calvo Sotelo y se detallaban las obligaciones de los pequeños y grandes municipios, a la vez que creaba los planes nacionales de lucha contra los principales problemas de salud pública.

Ley de Bases de Coordinación Sanitaria de 11 de julio de 1934. Cuya aplicación a través del Decreto de 14 de junio de 1935, reguló las mancomunidades provinciales de municipios. Posteriores decretos fueron regulando la formación de un cuadro nacional de partidos sanitarios, cuyos funcionarios pasaban a percibir sus haberes con cargo a los Presupuestos Generales del Estado, en el caso de los partidos de 3ª, 4ª y 5ª categoría, quedando sólo a las arcas municipales las retribuciones de los médicos de los partidos de 1ª y de 2ª categoría. (decreto de 19 de septiembre de 1941)

Ley de Bases de Sanidad Nacional de 22 de Noviembre de 1944 y el **Reglamento de Personal de los Servicios Sanitarios Locales de 27 de Noviembre de 1953**, enmarcaron la normativa para la sanidad municipal durante los años de la dictadura, estableciendo por un lado las obligaciones de los municipios, pero asentando una ambigüedad por causa de la doble dependencia de los funcionarios sanitarios.

Autónomico. La desconexión con los servicios de la Seguridad Social era absoluta y los intentos de asociar sus recursos de asistencia de urgencia extrahospitalaria con nuestras casas de socorro fueron baldíos. Las presiones sociales que demandaban una mejor asistencia sobre todo en algunos aspectos mal atendidos por la Seguridad Social, tales como la contracepción e higiene materno-infantil, la salud mental, el tratamiento de drogodependientes, etc., habían dado lugar a que numerosos ayuntamientos españoles crearan servicios asistenciales para dar respuesta a esas demandas, pero no fue este el caso del de Bilbao, aunque la iniciativa popular en este sentido sí recibió alguna ayuda de las arcas municipales.

Actitud del primer ayuntamiento democrático

El primer Ayuntamiento elegido por voto popular después de los años de dictadura, estuvo presidido por Joseba Castañares y contaba en su Comisión de Gobernación con dos médicos, Pedro López Merino y Santi Brouard, quienes fueron encargados de estudiar las vías de salida para aquella situación, llegando a elaborar en febrero de 1983 unas directrices que, aprobadas por dicha Comisión, rigieron la evolución posterior de los servicios municipales de salud. En ellas se cuestionaban las actividades que en materia de medicina asistencial habían desarrollado algunos ayuntamientos, como planificación familiar, higiene mental, etc., y se consideraba que eran propias del futuro Servicio Vasco de Salud. Igualmente se consideraba competencia de ese Servicio la asistencia médico-farmacéutica a la beneficiencia y la actividad de las casas de socorro, por lo que había que prever la desaparición de esos servicios municipales en un plazo corto.

Se consideraba que el Ayuntamiento debía de concentrar sus esfuerzos en la protección del medio ambiente, incluyendo la higiene de los alimentos, y en los aspectos de prevención y promoción de la medicina comunitaria, con especial atención a los colectivos de riesgo.

Veinte años después

Vista aquella situación desde la atalaya proporcionada por años transcurridos, no cabe duda de que se ha culminado la integración de los servicios asistenciales a nivel supramunicipal, cristalizando en el Servicio Vasco de Salud “Osakidetza”; que han ganado sobremanera tanto la asistencia hospitalaria como la primaria y la de urgencia; pero el terreno propio de la sanidad municipal sigue estando mal definido, lo que da lugar a inseguridad y a roces con otras administraciones. Tal vez esto sea debido al carácter centralizador de la Ley General de Sanidad de 1986, reconocido en su mismo prólogo, y a la falta de desarrollo de los mecanismos de participación que aquella Ley establecía como correctores del efecto centralizador, tal vez a otras causas, pero el caso es que aquella incertidumbre de 1980 no ha desaparecido del todo.

Confiamos en que esta situación no dure otros veinte años.

Juan Gondra Rezola

ES muy probable que la medicina ejercida de forma itinerante fuese una práctica frecuente en las culturas de la antigüedad, constituyendo un puente entre el médico-hechicero de las culturas tribales y el médico como profesional acreditado que hoy conocemos. Incluso en la Grecia clásica, cuando la Medicina Hipocrática alcanzaba su madurez y el médico de la polis griega era un profesional estable, apreciado, seguro de sus conocimientos y presto a enseñarlos, compartía las labores de sanador con otro tipo de médico más rústico, artesano itinerante que llegaba a un lugar, se establecía donde podía y recorría puerta a puerta las casas en busca de sus clientes.

El cine americano ha mostrado a menudo una figura similar: la de un charlatán sobre un viejo carromato cargado de frascos de un elixir que cura numerosas enfermedades; salvando las diferencias, este personaje pudiera corresponder también al tipo de médico o curandero ambulante más frecuente en nuestro país en tiempos pasados, aunque hay un rasgo que no suele aparecer en las películas del viejo oeste americano más que muy rara vez: además de lanzar sus discursos para vender su medicina, muchos de estos curanderos itinerantes ejercían su profesión y atendían a los enfermos de aquellas enfermedades de las que ellos mismos se proclamaban sanadores. No era raro que cobraran solamente por sus maravillosas

Los cirujanos ambulantes eran muy despreciados

sas medicinas y atendieran a las consultas de forma "gratuita".

En lo que se refiere específicamente a Bilbao, considerando que disponía de atención médica de forma estable y que la mayor parte de las enfermedades que padecía su vecindario solía tener un carácter agudo, exigente de una pronta intervención del médico, quedaba muy acotado el campo de actuación que restaba para los ambulantes: las enfermedades crónicas tanto de la piel como de las articulaciones, los dolores crónicos, los trastornos de la dentadura y de la vista. También las enfermedades que llamaban "secretas" eran fuente de clientela para los charlatanes que prometían curas menos agresivas que los tratamientos mercuriales al uso y garantizaban el anonimato.

Descripción de Oyanarte

Si es leve el rastro que nos han dejado los médicos sedentarios de nuestro pasado, lo que nos ha llegado de estos itinerantes es aún más etéreo; alguna pincelada en la literatura, referencias de algún proceso judicial y poco más. La descripción más cercana a nuestro médico que hemos podido encontrar es la contenida en un curioso libro publicado en San Sebastián el año 1770 por el cirujano José de Oyanarte con el larguísimo título de *Exposición parafrástica del primero de los*

El último médico ambulante



Probable fotografía de Alfonso Maurin en Bilbao. Archivo Foral de Bizkaia (BSA-AFB)



Dentista a domicilio

Dentistas itinerantes

A finales del siglo XIX hubo otros odontólogos, médicos o cirujanos dentistas que ejercían de forma itinerante, pero no en la vía pública, sino en fondas u hoteles; así que no era raro encontrar en la prensa anuncios como este:

"Mr. Cantero, cirujano dentista de la casa Molés y Cantero de Bayona hace saber que ha llegado a esta capital, hospedándose en la fonda de Inglaterra, consul-

ta todos los días de 9 a 11 y de 1 a 4 de la tarde".

Sin embargo eran varios los cirujanos o médicos bilbaínos que se dedicaban a la Odontología y no parece que sus tarifas fueran desorbitadas así que habrá que pensar que o bien Maurin y Cantero ofertaba tarifas aún más reducidas o que tal vez funcionara esa motivación de anhelo de remedios extranjeros referidas por Oyanarte y Fejoo.

Alfonso Maurin

En el caso concreto de Bilbao casi no tenemos más información acerca de ellos que la que corresponde al último que recorrió la Villa ejerciendo su profesión de esta forma: Alfonso Maurin era natural de Burdeos, Francia, y poseía el título de licenciado en Medicina y Cirugía convenientemente legitimado para ejercer en España, tal como acreditó ante el Subdelegado de Medicina de Bilbao en el año 1894, cuando solicitó permiso al Ayuntamiento para anunciarse en la vía pública con su carruaje y efectuar en el mismo demostraciones de las actividades propias de su profesión, realizando pequeñas operaciones, así como anunciar las propiedades de un elixir dentífico y de su célebre "cadena eléctrica"; productos ambos para cuya venta solicitaba también autorización.

Maurin era hombre polifacético dotado de un espíritu inquieto, capaz de realizar actividades muy distintas. Así le vemos aparecer en la Villa en el año 1884, anunciando en la prensa local su gabinete, situado en la calle de

Las enfermedades "secretas" eran fuente de clientela para los charlatanes que garantizaban el anonimato

aforismos de Hipócrates y preceptos generales deducidos de él, para Médicos, Cirujanos, enfermos, asistentes y obstetras. Sobre el modo de portarse en sus respectivos empleos (y sigue todavía con otro largo subtítulo).

Oyanarte arremete contra la mala práctica de parteras, cirujanos o médicos, y tiene un apartado dedicado a los cirujanos ambulantes, la especie más despreciada del gremio en aquella época, en el que les llama *idiotas, empiricos, hipócritas, embusteros, oprobio de la Cirugía y ruina del género humano, de su salud e intereses.* Añade que no hay año que no caiga alguno de ellos en San Sebastián.

El año 65 se nos presentó uno de ellos, cubierto de los títulos y dictados siguientes: El señor Robati, caballero de la Espuela de Oro, Honorario por la Santidad de Benedicto XIII, Chimico y Botanista, Cirujano privilegiado de Luis XV, médico de la familia del señor Duque de Villars, Gobernador de la Provenza y de otros señores de la Corte de Francia.

Mal recuerdo guardaba Oyanarte de su paso por San Sebastián, *llevando por fruto de ellas muy buenos reales, sin que una persona hubiese experimentado el menor alivio de su mal.*

Aparece aquí un dato curioso, cuando dice que la mayor parte de ellos eran extranjeros y que la población anhelaba remedios exóticos. Esta misma observación fue realizada por fray Benito Fejoo en una de sus "Cartas eruditas y curiosas" dedicada a la charlatanería médica, donde los médicos ambulantes salían aún peor parados.

Parece que en esto no hemos cambiado gran cosa en los últimos doscientos años.

la Estación, nº 24, donde ejercía como médico "especialista en enfermedades del pecho, nerviosas, matriz, estómago y sífilíticas", siendo sus tarifas de ocho reales por consulta y 10 por visita domiciliaria. Al año siguiente diseñó una cama especial para los enfermos de cólera, dotada de un recipiente para recoger las deyecciones del enfermo y desinfectarlas antes de su retirada, procedió a la fabricación de un modelo y lo ofreció al Ayuntamiento para su utilización en los hospitales para coléricos que se estaban habilitando ante la amenaza de epidemia que se cernía sobre la Villa. Con motivo de esa misma epidemia, fue nombrado médico encargado del puesto de inspección sanitaria y fumigación instalado en Burceña por el Ayuntamiento bilbaíno donde su energía, dedicación y buen hacer dieron lugar a un artículo publicado en el Noticiero Bilbaíno del 31 de octubre de 1885, donde se alababa y ponderaba su labor, poniéndola como modelo a seguir por otras inspecciones.

Maurin no llegó a establecerse de forma permanente en Bilbao, tal vez porque su desbordante energía se acoplaba mejor con la vida errante del médico ambulante. Volviendo al permiso solicitado, diremos que, como buen conocedor de la Villa, detallaba con precisión las calles y plazas en las que pretendía estacionar su coche. El Ayuntamiento, en escrito fechado el 10 de noviembre de 1894, le concedió permiso para todas ellas, con excepción de la plaza del Ensanche y la Gran Vía, donde motivos de tráfico lo hacían desaconsejable porque su coche de caballos, estacionado, podía crear problemas a otros carruajes.

Fallece el doctor Usparitza

Nos deja una voz amiga

Juan Gondra

UNA breve nota de prensa de la Asociación de Ayuda en Carretera, la DYA dio cuenta el pasado 13 de enero del fallecimiento de su fundador, Juan Antonio Usparitza Lecumberri, a quien la población de Bizkaia recordará por sus intervenciones diarias en las radios locales, dando desde primeras horas un resumen de las actuaciones de sus ambulancias durante la noche anterior y añadiendo siempre interesantes consejos para prevenir los accidentes o denuncias acerca de puntos peligrosos que requieran corrección. Con su voz característica y su magnífica dicción fue siempre un modelo para todos los que hemos trabajado en prevención.

Los medios de comunicación nos dieron durante los días siguientes cuenta y detalle de su biografía¹⁾, así que trataré aquí de traer a la memoria algunos hechos en los que él intervino y de los que yo pude ser testigo.

Socorrismo en la Ría del Urdaibay

Aunque ya desde niño tuve ocasión de conocerle, durante mis veranos en Busturia, mi primera relación personal con él tuvo lugar a finales del mes de junio de 1966. En aquellos años no existía en Bizkaia ningún servicio de socorrismo en las playas y eran frecuentes los casos de ahogamiento causados por las olas y resacas de las playas de Laida y Laga, o por las traicioneras corrientes de la Ría. Pero los seis casos ocurridos durante el mes de junio de 1966 fueron algo nunca visto que causaba una honda preocupación. La población de la comarca pensaba que "había que hacer algo" pero nadie movía un dedo y fue el Dr. Usparitza el único que desarrolló una iniciativa que iba a tener éxito.

Comenzó reuniendo en la terraza del hotel "Paco" a los alcaldes de Gernika, Sukarrieta e Ibarraingelu con el vecindario que quiso colaborar con ellos la escasa cantidad de dinero necesaria para la adquisición del primer material de socorrismo y la adscripción de unos quince voluntarios, de entre 17 y 21 años, más o menos todos los veraneantes masculinos de esa edad, entre los que me encontraba yo. Nos impartió un curso acelerado de socorrismo y para el primer fin de semana de julio, estábamos prestando servicio en las playas de San Antonio, Sukarrieta, Laida y Laga. Aunque el servicio sólo se prestaba los sábados y domingos, no hubo aquel verano ningún caso más de persona ahogada.

Usparitza tenía en aquellos días muchas ocupaciones: por una parte, era un especialista en Ginecología y Obstetricia que debía atender a su clínica; por otro lado, estaba tratando de sacar adelante la DYA (Detente Y Ayuda), creada por él en aquellas fechas en colaboración con un reducido grupo de personas. Pero, a pesar de ello, sacó tiempo para estar cada fin de semana atento para acudir a necesi-



Tras su jubilación, redobló su entrega a la DYA y se convirtió en habitual de las mañanas radiofónicas



Acto de clausura del primer servicio de socorrismo. Año 1966

tro encuentro, escuchar nuestras opiniones y darnos su consejo. Fue el alma y el factórum de aquel primer servicio de socorrismo en la Ría de Mundaka.

A finales de septiembre, al finalizar la campaña, el alcalde de Gernika, el querido y llorado Augusto Unceta, nos dirigió un discurso de agradecimiento en la misma terraza del "Paco", en el que se daba ya por sentado que era necesario conseguir para los veranos siguientes un servicio de socorri-

mo más profesionalizado. Allí se habló ya de la "recién nacida" DYA como algo que podría cumplir un papel necesario, aunque ninguno imaginaba el gran desarrollo que iba a tener en unos pocos años.

El Cuarto de Socorro del Hospital de Basurto

Cuando llegué al Hospital como médico interno en el año 1969, volví a tener relación frecuente con Usparitza, pues todos los sá-

bados y domingos del año aparecía allí con su ambulancia de la DYA y permanecía durante horas, acudiendo a atender a los heridos en accidentes ocurridos en los alrededores de Bilbao. (Pero, ¿de dónde sacaba el tiempo este hombre?). Siempre dispuesto para ayudar en lo que le fuera demandado, aunque en aquellos años muchos médicos del Hospital no fueran conscientes de la importancia de la asistencia de urgencia en carretera y no le prestaran demasiada atención. Dos episodios definen muy bien su buena disposición.

El primero, en el verano de 1970, con ocasión de la catástrofe del tren de Plentzia, en la que hubo 33 muertos y casi dos centenares de heridos. Todavía no había sido creado un servicio de urgencias en el Hospital de Cruces y todos los heridos graves debieron de ser atendidos en el de Basurto. El Dr. Usparitza se multiplicó aquel día y contribuyó a suplir las carencias de las administraciones públicas en cuanto a ambulancias y policía de carreteras se refiere; dirigió por radio la actuación de los miembros de la DYA que actuaron como agentes de tráfico para facilitar la llegada de las ambulancias al Hospital, pues era un domingo de

agosto cuando los embotellamientos en la carretera de Plentzia solían ser legendarios; dirigió *in situ* el triaje y la actuación de las personas que acudieron al transporte de heridos, todas ellas voluntarias, pues no existían otros recursos; impulsó la llegada de voluntarios al Hospital de Basurto para colaborar en el transporte de heridos o donar sangre y acudió él mismo al Hospital cuando finalizó su actuación en Urduliz, lugar del accidente.

El segundo episodio tuvo lugar un año después, cuando un joven accidentado que había sufrido una rotura de bazo se desangraba y agonizaba cuando se acababan las reservas de sangre de su grupo. Usparitza montó en su ambulancia y salió como un rayo haciendo sonar la sirena, para regresar al de pocos minutos con la sangre que salvó la vida de aquel joven.

Un modelo de vejez activa

Mantuvo una buena forma física hasta su vejez. En el año 1981, cuando su madre cumplió 100 años, organizó un magnífico festivo en el que participaron alrededor de doscientas personas, la mayor parte familiares; tras una misa en la ermita de San Cristóbal acudieron todos a la campa vecina, donde Juan Antonio Usparitza bailó un magnífico *aurresku* en su honor (aunque la homenajeadora comenta que su padre lo hacía mejor).

Cuando le llegó la edad de la jubilación, cuando por fin pudo dormir tranquilo y no estar pendiente de un posible parto todo el día y todos los días, Usparitza no buscó el descanso, sino que redobló su entrega a la DYA y se convirtió en el compañero habitual de las mañanas radiofónicas con sus noticias de la DYA y sus consejos de tráfico. Cuando se acercaba a los noventa años sufrió una grave enfermedad y un largo tratamiento de quimioterapia; pero lo superó todo y continuó acudiendo a sus citas diarias con la DYA y con la radio hasta el último momento.

Estará ya en el cielo, donde es probable que descubra algo en lo que poder ayudar a otras personas, porque si no lo hiciera, dejaría de ser el cielo para él.

(1) Ver también el artículo publicado en este mismo periódico en el número de octubre de 2009: *El nacimiento de la DYA*

Breve reseña biográfica

JUAN Antonio Usparitza Lecumberri vino al mundo en la casa Ze-laiondo del barrio de San Cristóbal de la antiegllesia de Axpe de Busturia el 7 de mayo de 1919. Era el quinto hijo, el primer y único varón, de Juan José, capitán de la Marina Mercante, y de Filomena. Completó los estudios de Medicina en la Universidad de Valladolid entre 1939 y 1945 y, tras una breve etapa en el Hospital de Basurto, pasó a trabajar como ayudante del doctor Valbuena, famoso obstetra bilbaíno.

En 1954 fundó su propia clínica, la actual clínica Indautxu, donde atendió a una nutrida clientela; con la peculiaridad de que no contaba con la ayuda de otros ginecólogos con quienes turnar, por lo que se veía obligado a dormir todas las noches en la clínica y a no alejarse

nunca demasiado. Utilizó una emisora de radio para poder estar siempre en contacto con ella. A finales de los años ochenta traspasó su clínica y se jubiló de su trabajo como médico, pero continuó con su actividad en la DYA, a partir de entonces todavía mayor que en los años anteriores.

Recibió numerosos premios y condecoraciones, entre las que debemos mencionar la distinción concedida por el Ayuntamiento de Bilbao en el año 1988 por su gran labor humanitaria.

Casado con Purificación Martín Aguirre, nos deja al fallecer dos hijos además de varios nietos y biznietos. Nunca perdió su relación con Busturia ni con la extensa parentela que allí tenía, aunque se desplazó unos metros y fue a pasar los veranos a un bonito chalet en Sukarrieta.

Daniel Bacigalupe

SABEN quienes se dedican a la literatura de lo complicado que resulta emprender la escritura de una novela. Si el autor es primerizo, cuenta más de 70 años y además consigue publicarla, estamos sin duda ante un hecho fuera de lo común. Antonio Villanueva (Bilbao, 1933), médico digestólogo e historiador, lo ha conseguido con *Señores de Vizcaya, caballeros de Castilla* (Roca Editorial), en la que a través de las andanzas de Don Diego López de Haro –fundador de la Villa en 1300– y su hermano Lope Díaz de Haro, se refleja la convulsa historia del reino castellano en el siglo XIII.

Poco podía imaginar Villanueva que su incipiente interés por Don Diego a raíz del 700 aniversario de la Carta Puebla acabaría cristalizado en una novela: “Todo empieza por una curiosidad histórica que me lleva a indagar sobre este personaje más allá de lo que se conoce. A medida que voy investigando veo que estuvo casado con una hija del Alfonso X El Sabio, que su hermano hizo lo propio con la hermana de la reina María de Molina. Tanto Diego como Lope fueron grandes figuras de la política castellana, aunque llegaron a aliarse con Aragón e incluso con los musulmanes de Granada. Cuando compruebo que existe un contrato entre el rey de Granada y los caballeros que

El médico e historiador bilbaino Antonio Villanueva publica la novela ‘Señores de Vizcaya, caballeros de Castilla’

“Existe una carencia de estudio global de la Historia”



A sus 73 años, Villanueva es un debutante en el género

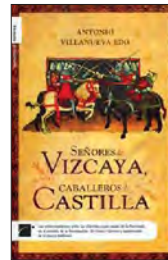
“Aquí hay un culebrón”, pensó el autor al comprobar los pactos de caballeros castellanos y Granada

abandonan el Reino de Castilla, me digo: aquí hay un culebrón, y me pongo a escribir la novela”. El autor nunca pensó en publicar su original, pero la insistencia de sus familiares y amigos para que lo remitiera a las editoriales acabó de animarle, con el buen resultado ya conocido.

Ficción verosímil

Aunque ya contaba con experiencia editorial –tiene escritos varios libros sobre historia y medicina en la capital vizcaína–, Villanueva abordaba un territorio inexplorado con esta novela. Su

mayor preocupación consistía en encuadrar la historia con la fantasía. “Traté de imaginar, apoyado en la documentación, cómo serían el Bilbao y la Vizcaya de hace seis siglos e intenté ser verosímil”, afirma. No faltan, sin embargo, las licencias. Por ejemplo, el autor especula con la posibilidad de que la Villa se fundara antes de 1300: “No soy el único que ha hablado de esto, otros historiadores sostienen esta teoría. La Carta Puebla de Don Diego López de Haro puede tratarse de una refundación. De ahí esa frase que aparece en ella: ‘Nuevamente



vengo a fundar’... Además, las exploraciones arqueológicas realizadas en la catedral de Santiago descubrieron que en el lugar se había levantado una iglesia románica, pequeña, pero lo suficientemente grande para atender a una población estable”. Siguiendo en el terreno de la fantasía, Villanueva nos presenta a Don Diego co-

mo un caballero ducho en el arte poético y a la reina María de Molina como mediadora en el conflicto entre éste, llamado El Intruso, y su sobrina, María Díaz de Haro, por la legitimidad del señorío.

Señores de Vizcaya, caballeros de Castilla sale al mercado en un momento especialmente dulce para un género que copa los primeros puestos en las listas de ventas. El autor bilbaino cree que esta circunstancia ha podido obrar en su favor para publicar, al tiempo que, como historiador, se pregunta por las razones que pueden explicar el éxito de la novela histórica. “Esto sucede cuando el estudio de la Historia está en baja, en un momento en que la formación de niños y adolescentes deja bastante que desear. Mi teoría es que esa carencia puede estar haciendo que el hombre que busca sus raíces históricas acabe indagando en este género”, señala.

Relaciones vizcaino-castellanas

En opinión de Antonio Villanueva, “existe una carencia de estudio global de la Historia”, favorecido por la política de educación de las autonomías. “Es legítimo que cada una quiera que se conozca el pasado de su pueblo, pero, por ejemplo, no se puede hablar de la historia del País Vasco y de Castilla sin pensar en qué relaciones han tenido entre sí. En mi novela hablo de algunas fundamentales como el comercio, cuando los barcos de las flotas castellanas se hacían con maderas y hierro de aquí y eran tripuladas por marinos vascos. Los señores de Vizcaya fueron primeros ministros, ministros de Hacienda y de la guerra en Castilla. Digámoslo, que no pasa nada. La Historia hay que verla con ojos documentales, aunque es difícil porque siempre surge el apasionamiento”.

De profesión, bilbaino

EL amor por su ciudad natal es un sentimiento que Antonio Villanueva no esconde; más bien alardea de ello: “Soy hijo de inmigrantes, pero bilbaino de toda la vida. Como dice el Alcalde, al que conozco desde su etapa de aprendizaje en el hospital de Cruces, la bilbainía es un profesión”. Ese cariño ha hecho que la Villa haya estado siempre presente en sus escritos, ya sea en estudios histórico-sanitarios como *Siete siglos de medicina en Bilbao y 75 aniversario del dispensario Ledo-Arteche* o en su último libro, *Señores de Vizcaya, caballeros de Castilla*. Ahora prepara una segunda novela en la que repite escenario, aunque sitúa la narración en un tiempo histórico más cercano, concretamente



D. Diego López de Haro

en 1834, cuando la epidemia de cólera que azotaba Europa prácticamente diezmo la población bilbaina. “Hablamos de una época muy interesante porque, además, es el primer año de la minoría de Isabel II, que da pie a la primera guerra carlista. Si investigas un poco, te das cuenta de que las víctimas de la epidemia se repartieron entre todas las clases sociales de la Villa. Se llegó a dedicar exclusivamente el hospital de los Santos Juanes a los coléricos y se trasladó a los otros enfermos a una casa particular de la calle Ronda”, explica Villanueva. Asimismo, prepara junto a Juan Gondra y Javier Aranceña la historia de los hospitales bilbainos desde 1404, cuando existía uno en Santo Domingo, hasta hoy.

Tiempo de esperanzas

Jon Múgica

FUE tan duro y salvaje aquel 2013 (que Satán tenga en su hoguera...), que 2014 ha comenzado con otro aire, como si de su mano naciese un nuevo tiempo de esperanzas. No es fácil dar con la tecla de la regeneración pero cualquier ilusión, incluso aquella que no tenga un suelo sólido, es mejor que las fatigas y desvelos del pasado año. Desde un Athletic Club de Bilbao que convive donde solía, entre los grandes, hasta nuevos negocios que se abren, celebraciones de efemérides, jóvenes que se lanzan a la conquista de un futuro que nadie sabe cómo será y adultos que han dejado huella en la ciudad. Aun siendo conscientes de que un cambio de hoja en el calendario no implica nada más que el paso del tiempo, a algo hay que aferrarse. No es posible vivir siempre con la espada de Damocles sobre la cabeza.

La historia encuadrada y los niños en primera página

Antonio Villanueva Edo llegó a la literatura cuando se jubiló como médico pero no llegó a la publicación de su cuarta novela, *El gran canceller*, por unas semanas. La presentación de la misma tuvo lugar en la biblioteca de Bidebarrieta en una emotiva ceremonia, donde se juntaron para hablar de sus libros y de su trayectoria vital y profesional, con César Coca como anfitrión. En la mesa se encontraban Blanca Rosa Roca, su editora; y los médicos Juan Gondra y Jacinto Bátiz y en el patio de butacas un buen número de viejos amigos y profesionales de la salud, incluida la teniente de alcalde de la Villa, Ibone Bengoe-txea. Su viuda y uno de sus hijos hablaron también de la documentación con la que preparaba sus relatos, de su afán por recorrer los lugares concretos donde transcurre la acción, de cómo empleó sus últimas fuerzas en escribir. La historia, hay que admitirlo, tiene un deje nostálgico. Para equilibrarla, vendrá bien recordar la alegría con la que miles de niños (sí, he dicho miles...) acudieron la fiesta de comienzos de año en el Palacio Euskalduna, organizada por el Colegio de Enfermería de Bizkaia que preside María José García Etxaniz. Unos días más tarde, el Salón El Carmen, en Indautxu, invocó a los corazones más insensibles. Los representantes de Ahisla (Asociación de Hispano Latinoamericanos), con Martha Lucía González, su presidenta, a la cabeza, y el Club de Leones de Bilbao –institución internacional que se dedica a favorecer a los más necesitados– con Marian López como representante, organizaron una entrega de regalos a trescientos niños de todo el mundo que residen en Bilbao. En el salón de actos se dieron cita cientos de pequeños originarios de países como Congo, Colombia, Grecia, Marruecos o China. Alberto Paternina (Melchor), Carlos Riveros (Gaspar) y Gustavo Kianzumba (Baltasar), acompañados por sus pajes, Juan Rojas, Miguel Ángel González y María Paula González Piñeros entregaron los regalos en un acto jaleado por el grupo de animación Plis Plas y Joaquín Cajigas, como animador titular de la mañana. En el acto estuvieron Anton Lamsfus, Ana Pajares, Ciro Alfonso Rojas, Marisa Guerrero, Begoña Urtxaga, Loli Menoyo, Arantza Guerrero y



Homenaje al recientemente fallecido Antonio Villanueva Edo



Inauguración de la nueva temporada del Cineclub FAS



El Teatro Arriaga se llenó para ver *El intérprete* de Asier Etxeandia

Jofred González, entre otra mucha gente solidaria. Ya ven lo que les dije: buenas nuevas frente las malas viejas (si es que se pueden decir así...) del pasado año.

A reirse que son dos días...

Reirse, reirse es el gran desafío que tenemos por delante. Reímos, si se quiere, por no llorar pero no dar el brazo a torcer ante la adversidad. ¿Reímos de qué?, preguntarán los más escépticos. ¿Con qué?, sería otra mejor pregunta. Por ejemplo con la inauguración de la nueva temporada del Cineclub FAS, que arrancó con las palabras de Txus Retuerto y la proyección, en concurso, del cortometraje titulado *Lo-co con ballesta* de Kepa Sojo. La diputada de Cultura, Josune Ariz-tondo, fue la encargada de dar por iniciado el curso cinematográfico poco antes de que se proyectase la primera película del ciclo, *La vida de Brian*, una de las obras maestras de los Monty Python y toda una leyenda en el país de las carcajadas. Entre quienes acudieron al estreno de la temporada se encontraban

Txaro Landa, presidenta del FAS; Juanjo Ortiz, Pilar Triguero, Manuel Paja, decano del Colegio de Arquitectos Vasco-Navarro; Mónica Aparicio, Toni Garzón, Itziar Zeberio, el poeta Carlos Launaz, Isabel Codón, Ana Hormaechea, Itxaso Elorduy, Juan Carlos Gómez Uranga, Olga Seco, Karmele Herranz y las "sirenititas" Maribel Salas, Gemma Martínez y Sol Maguna, amén de Alex y José Pedro Otaola, Igone y Matxalen Epelde, Enrique y Javier Hilario, Esther Alonso, Carmen Sáiz, Begoña Díaz, Jesús Encinas, Isabel Tejedor, Faustí Peñas, María Jesús Roiz, Gexan Etxabe o la doctora Marian Busturia entre otros. Otro tipo de risas, más nerviosas, alcanzaron a quienes se acercaron al hotel Carlton. No en vano, el matrimonio no es cosa de risas, por mucho que Agatha Christie aconsejase a sus amigas que se casasen con un arqueólogo: "cuanto más vieja te hagas, más encantadora te encontrará", decía la vieja dama con sorna. La cuarta edición de *Si Carlton Bodas* en el hotel invocó, entre bambalinas, a las

Cu

Al

dis

Isa

el

qu

Zi

So

Mi

tar

aci

Lu

Gr

ta

ja,

na

M

Hi

Ce

sa:

Sic

ció

mo

M

te

Al

ga

da

se

Cc

ka

me

pa

ca

sió

ed

caj

en

de

de

Eu

me

Ar

ki

Ho

Mi

aci

Né

Bi

tac

aco

no

Lil

dis

mi

Gr

Antonio Villanueva Edo

“Los médicos también escribimos historias”

El médico e historiador bilbaíno Antonio Villanueva Edo traslada a su tercera novela una de las mayores hazañas de la medicina española, la de una expedición protagonizada por cirujanos que se jugaron la vida para llevar a las Américas la vacuna de la viruela.

—**Conocemos muy poco de la historia de la medicina...**

—Es una historia especializada y por tanto sólo se enseña en las facultades de medicina, salvo algunas excepciones como puede ser la del descubrimiento de la penicilina. Sin embargo es curioso porque el primer instrumento con el que cuenta un médico para trabajar es la historia clínica. Los médicos también escribimos historias: cuénteme usted qué le pasa y desde cuándo le pasa.

—**La historia de la medicina se suele ligar a la experimentación en humanos y a la barbarie...**

—No siempre es así. La experimentación seguirá existiendo siempre, pero primero se trató de conocer la anatomía del cuerpo humano con la experimentación en cadáveres. Gracias a eso empezamos a ver cómo funciona el cuerpo y descubrimos muchas formas de curar. En la cura de la viruela hay un hecho que llama mucho la atención y que es el que me inspira a escribir esta novela. Un cirujano de un pueblo de Inglaterra se dio cuenta de que los vaqueros y las vaquerizas contraían una enfermedad y supo relacionarla con la ingesta de ciertas vesículas. Tuvo la perspicacia de relacionar ambos hechos y se le ocurrió inocular esta enfermedad a un niño. Pienso que esta decisión



“Los médicos también escribimos historias: cuénteme qué le pasa y desde cuándo”

—**“Los héroes olvidados de hoy son los médicos rurales que trabajan en varios pueblos en los que sólo viven 3 o 4 personas”**

tuvo que ser muy dura para él. Aun teniendo los permisos de los padres, imagino que estaría muy nervioso viendo qué iba a pasar. La experimentación en humanos siempre se ha hecho, pero hoy por suerte cada vez menos.

—**En la novela narra la aventura de la llamada Expedición Balmis, ¿por qué se inició esa expedición?**

—Hubo un momento en que hubo una gran epidemia en todos los países de la América española, estamos hablando de 1803, cuando los reyes de España son también reyes de los territorios de la América del Sur, de México y de las Filipinas. Hubo una gran epidemia y el rey Carlos IV se dio cuenta de que aquello no podía ser, que había que combatir esa mortalidad y en-

tonces ordenó al primer ministro, Manuel Godoy, que enviara una expedición para que llevara la vacuna a todas estas tierras. La única manera eficaz era usar portadores de la vacuna. Si se vacunaba a una persona que no hubiera pasado la viruela nunca, a los quince días se le formaba una ampolla. Esa ampolla era vaciada y el líquido de esa vesícula que se había formado se inyectaba en una segunda persona y se iba haciendo una cadena del uno al otro hasta que llegaba a su sitio, al sitio donde había que vacunar.

—**Y el sitio era América, ¿cómo fue ese viaje?**

—Se buscaron niños de entre tres y nueve años por una razón fundamental: se supone que los niños nunca habían tenido la viruela y además tampoco habían tenido contacto con enfermos.

Se buscaron niños que no tuvieran familia, que fueran huérfanos, porque se temía que muchos de ellos tuvieran problemas y así evitaban posibles reclamaciones. Se les prometió que estarían bajo la protección real y que tendrían acceso a un oficio. Se usaron estos niños para llevar la vacuna de Madrid a Galicia y después a otros niños para llevarlos a América, así hasta que la expedición se dividió en dos, llegando hasta Filipinas y hasta el sur de Chile. Aquél viaje fue una auténtica aventura.

—**¿La novela es una historia de viaje?**

—Es una historia de viaje y también se habla de los médicos y de una mujer que en aquél tiempo fue directora de la inclusa de Santiago de Compostela, que era la que cuidaba de los niños. Escribo sobre el comportamiento de todos ellos. Algunos no volvieron vivos.

—**Pero consiguieron extender la vacuna...**

—A ellos no les interesaba tanto vacunar como crear juntas de vacuna que continuaran con la la-

bor ahí donde pasaran ellos. Eso era lo importante. Había que buscar gente en cada uno de los pueblos que encontraban para que siguieran con la tarea. Se llegaron a vacunar a cerca de 300.000 personas durante los dos años que duró la expedición.

—**¿Tiene alguna vinculación Bizkaia con esta epopeya?**

—Siendo un método de vacunación seguro, tardó cien años más en que se hiciera obligatorio y algunos doctores como el doctor Areilza, un médico de principios del siglo XX y una de las grandes personalidades médicas del Bilbao de aquella época, apostó por ella. Trabajaba en la zona minera e hizo obligatoria la vacunación para los mineros y sus familiares. Curiosamente, la zona minera tenía la décima parte de mortalidad por viruela que el centro de Bilbao.

—**¿Por qué ha titulado la novela Los héroes olvidados?**

—Porque su trabajo exigía una dedicación profesional enorme, un sentido del deber enorme. Si tú lees los documentos que se generan te quedas maravillado porque, por ejemplo, el que dirige la expedición de América del Sur sufre unos accidentes gravísimos. Pierde un ojo, se rompe una muñeca, es tuberculoso, está debilitado por la fiebre y sigue la expedición hasta que ya no puede más. Los practicantes y los cirujanos fueron unos héroes y nunca recibieron lo que se les prometió. No siempre se agradecen las grandes cosas.

—**Le ha costado mucho escribirlo?**

—Había que buscar documentación y no siempre la podía encontrar en bibliotecas cercanas. Fue un año y medio de descubrimiento y otro entero de correcciones con la ayuda de mi mujer, que también es médico. Quedó mucha historia y poca novela así que había que hacer el esfuerzo de convertir la narración en una lectura amena.

—**Si tuviera que escribir el último capítulo de la historia de la Medicina, ¿dónde encontraría a los héroes olvidados de hoy?**

—Los héroes olvidados de hoy son los médicos rurales que trabajan en cuatro, cinco o seis pueblos en los que a veces sólo viven tres o cuatro personas y a las que tienen que ir a ver una vez a la semana y atenderles cuando sea necesario. A pesar de que tenemos unos servicios sanitarios mucho más importantes y mucho mejor montados que en el año 1803 el esfuerzo de las personas que trabajan es similar. No es lo mismo hacer un tratamiento médico en Bilbao con tres hospitales de referencia que hacerlo en una montaña de los Pirineos y no agradeceremos lo suficiente su trabajo.

María R. Aranguren